

De la posguerra mundial al siglo XXI

Reconstrucción y definición de un
nuevo orden en Asia oriental

David Martínez-Robles
Albert Sasot Mateus
Carles Brasó Broggi

PID_00197510



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0 España de Creative Commons. Podéis copiarlos, distribuirlos y transmitirlos públicamente siempre que citéis el autor y la fuente (FUOC. Fundación para la Universitat Oberta de Catalunya), no hagáis de ellos un uso comercial y ni obra derivada. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es>

Índice

Introducción	5
Objetivos	6
1. La China de Mao	7
1.1. Mao Zedong: la emergencia del gran líder de la República Popular	10
1.2. Los primeros años de la República Popular	13
1.2.1. La evolución de las relaciones con la Unión Soviética y la guerra de Corea	16
1.2.2. Flores y malas hierbas	19
1.3. El Gran Salto Adelante	21
1.4. La Revolución Cultural	24
1.5. El final del maoísmo	28
2. De la China de las reformas al siglo XXI	31
2.1. La era de las reformas	31
2.1.1. El gobierno de Hua Guofeng y la rehabilitación de Deng	31
2.1.2. La quinta modernización	34
2.1.3. Deng, nuevo timonel de China	35
2.1.4. Desafíos demográficos	37
2.1.5. Nueva economía, nuevas contradicciones	39
2.2. China en el mundo global	42
3. Japón bajo el dominio estadounidense, 1945-1952	46
3.1. El bienio idealista, 1945-1947	47
3.1.1. Democracia: la Constitución de 1947	48
3.1.2. Reforma agraria y legislación antizaibatsu	50
3.1.3. Transformar la sociedad: sindicatos, educación y emancipación femenina	51
3.2. El peso de la guerra fría, 1948-1952	53
3.2.1. Marcha atrás	53
3.2.2. El fin de la ocupación	54
4. Las décadas del milagro japonés, 1952-1973	56
4.1. La doctrina Yoshida	57
4.2. La evolución del sistema político de posguerra	58
4.2.1. La izquierda del espectro político	58
4.2.2. Los sectores ultranacionalistas	59
4.2.3. El Partido Liberal Democrático (PLD)	59

4.3.	El milagro económico japonés	62
4.3.1.	La trastienda del crecimiento	64
4.3.2.	Nacionalismo económico	65
4.4.	Una sociedad en transformación	66
4.4.1.	Evolución demográfica	66
4.4.2.	El crecimiento urbano	68
5.	Estancamiento y redefinición en Japón, 1973-2000.....	71
5.1.	De la crisis del petróleo a la recesión de los noventa	71
5.2.	La fortaleza del PLD	76
5.3.	Tendencias de una sociedad opulenta	78
5.4.	¿De la doctrina Yoshida al internacionalismo?	81
	Bibliografía.....	83

Introducción

El final de la Segunda Guerra Mundial no representó para China un periodo de paz inmediato. Se trató más bien de una breve espera antes de que se desatase un nuevo conflicto intestino entre los comunistas y el Kuomintang. La victoria final del Partido Comunista Chino marcará el escenario político chino del mundo contemporáneo: desde entonces y hasta nuestros días coexistirán dos entidades políticas aparentemente irreconciliables que se arrojan el nombre *China*, la República Popular China, por un lado, y la República de China en Taiwán, por otro. Mao Zedong emergerá de la guerra civil como el gran vencedor y liberador. Durante las tres décadas siguientes actuará como un dirigente casi omnímodo, capaz de hacer y deshacer a su antojo a través de campañas ideológicas que tendrán graves consecuencias económicas y sociales para el país. China quedará absolutamente transformada por un Mao que acabará incluso divinizado, hasta el punto de que la herencia de este periodo todavía es claramente perceptible en la China actual. Sólo tras la muerte del gran líder se iniciará un proceso de desmantelamiento general del orden maoísta para apostar por el desarrollo económico y construir de manera acelerada el escenario que actualmente conocemos en China. Un escenario brillante pero al mismo tiempo construido a partir de claroscuros y plagado de retos que las futuras generaciones de líderes deberán resolver para continuar por la senda que China intenta seguir en el siglo XXI para convertirse en una potencia del mundo globalizado.

Por lo que se refiere a Japón, a diferencia de lo que ocurrió en 1868, en 1945 no sólo estaba humillado, sino también postrado. Sobre el archipiélago se había desencadenado la peor tormenta de destrucción nunca vista por el hombre, que arrasó ciudades y fábricas y segó millones de vidas. Sin embargo, los fundamentos del pueblo nipón, su material humano, resistió. Treinta años después, su economía y su nivel de vida se encontraban entre los más avanzados del mundo y, a finales del segundo milenio, junto con Estados Unidos y Europa occidental, sustentaba la economía internacionalizada. A la desolación le siguió la opulencia, tras un proceso de reconstrucción en el que se trató de dejar atrás definitivamente los aspectos más sombríos del pasado. Los retos que encara hoy la sociedad japonesa aún guardan algunas de sus antiguas resonancias pero no difieren en demasía de los del resto de las sociedades avanzadas: la dialéctica permanente entre lo local y lo global, la disolución de las identidades, la sostenibilidad del modo de vida consumista, la supuesta preponderancia de los actores privados sobre el Estado, las crisis recurrentes del capitalismo financiero... Cabe preguntarse, sin embargo, sobre el papel que, como superpotencia económica, debe jugar Japón en el escenario internacional, sobre su capacidad de liderazgo en un ámbito regional en el que el despertar de China e India amenazan con relegar al archipiélago nipón a un papel secundario.

Objetivos

Los objetivos de este módulo son:

- 1.** Conocer los acontecimientos más destacados de la historia de China y Japón a partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta el siglo XXI.
- 2.** Comprender las transformaciones políticas, económicas y sociales que tienen lugar en Japón y China a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.
- 3.** Conocer las corrientes ideológicas que intervienen en la definición cultural, social y política de China y Japón a lo largo de la segunda mitad de siglo XX.
- 4.** Entender los orígenes de la situación política, económica y social contemporánea de China y Japón.
- 5.** Comprender el papel de China y Japón en la historia mundial del periodo estudiado en este módulo y su papel como actores globales en el siglo XXI.

1. La China de Mao

El final de la Segunda Guerra Mundial en Asia oriental supuso el retorno de las rivalidades partidistas que habían dominado la escena política en China antes de la invasión japonesa. Sólo dos días después de los bombardeos atómicos estadounidenses sobre Hiroshima y Nagasaki, el ejército soviético atacó y derrotó a las tropas japonesas que defendían Manchukuo. Finalizada oficialmente la guerra, el gobierno de Chiang Kai-shek intentó tomar el control de la región, pero los soviéticos se lo impidieron. Fue el primer paso para que, ya en 1946, las tropas del Partido Comunista Chino lograsen ocupar Manchuria. Pero en el resto de las regiones, Estados Unidos exigió que el ejército japonés se rindiese incondicionalmente al gobierno del Kuomintang, lo cual puso al ejército de Chiang Kai-shek en una situación de franca ventaja. En estas circunstancias, los dos bandos iniciaron las negociaciones, alentadas por Estados Unidos, para comenzar la reconstrucción del país: entre septiembre y octubre de 1945 Chiang Kai-shek y Mao Zedong se reunieron en Chongqing con ese objetivo. Pero la intransigencia de los dos rivales llevó a la ruptura de las conversaciones. A pesar de una tregua de algunos meses, durante la cual se produjeron enfrentamientos menores, a mediados de 1946 se retomó la guerra civil que había quedado interrumpida en 1937.

Las tropas de Chiang eran más numerosas y contaban con mejores recursos y equipamiento que las del bando comunista. El Kuomintang se encontraba por tanto en mejor disposición para conseguir la victoria. Sin embargo, sus fuerzas estaban dirigidas por oficiales poco comprometidos y en muchas ocasiones poco hábiles en cuestiones militares. Síntoma de ello es el muy elevado número de desertiones que minaban la capacidad de los ejércitos, fruto de la brutalidad con que estaban dirigidos, la falta de planificación y la corrupción que se extendía en todos los niveles del gobierno. El mismo Chiang Kai-shek fue pronto consciente de las problemáticas que aquejaban al gobierno y el ejército que personalmente dirigía. Ésta era su propia percepción en 1948:

"Para ser franco, jamás ha existido, en China o en el extranjero, un partido revolucionario tan decrepito y degenerado como el que hoy en día representamos nosotros; ni ha existido ninguno tan falto de espíritu, de disciplina, e incluso de pautas de lo que es correcto o incorrecto como el nuestro. ¡Hace mucho que un partido como éste debería haber sido destruido y borrado del mapa!"

(citado por Eastman [1984: 203])

En el ámbito económico, el Gobierno nacionalista no fue capaz de controlar la inflación, que se desbocó durante los años de la guerra civil. En las ciudades, las huelgas obreras se generalizaron y paralizaron la actividad industrial que había sobrevivido a la ocupación japonesa. Los principales representantes de la clase industrial, concentrados en las ciudades de la costa, empezaron a desviar sus ahorros a lugares más seguros, fundamentalmente hacia los ban-

cos de Hong Kong, para poder evitar que la inflación devaluara el valor de sus depósitos. El Gobierno nacionalista intentó controlar la fuga de capitales con medidas represivas que incentivaron todavía más la desafección, no solamente de las clases obreras, sino también de los propietarios, muchos de los cuales marcharon a Hong Kong que, a pesar de la incertidumbre, consiguió mantener el *statu quo*, y la colonia británica pudo continuar gobernando la ciudad de forma independiente, tal y como había hecho durante un siglo. Al mismo tiempo, el Gobierno nacionalista intentaba acaparar las grandes industrias que habían sido previamente ocupadas por los japoneses que, en lugar de devolverlas a los antiguos propietarios, quedaban requisadas por el Estado.

Los mayores recursos económicos y armamentísticos del Kuomintang –a los que hay que sumar la ayuda directa de los estadounidenses, poco dispuestos a que los comunistas ganaran posiciones– no fueron suficientes para contrarrestar la principal baza del Partido Comunista: el apoyo popular que recibía en las regiones que conquistaba. Su política de reforma de la tierra, que permitía a los millones de campesinos que poblaban el interior de China –económicamente agotados por la fuerte inflación y los impuestos– librarse del yugo de los grandes terratenientes, dotó de recursos humanos al bando comunista. Su ejército creció a medida que conquistaba nuevos territorios, y a pesar de que el Kuomintang consiguió apoderarse de la ciudad de Yan'an, capital comunista durante una década, el Partido Comunista Chino logró reequilibrar la balanza, afianzado en sus dominios del noreste. En 1948 se produjeron diversas campañas que acabaron favoreciendo al ejército rojo, a pesar de las cifras de bajas en ambos bandos, que se contaron por decenas de miles. Dos de estas campañas –incluida la que culminó en la toma de Beijing en enero de 1949– estuvieron dirigidas por el general Lin Biao, que se convertiría décadas después en una figura clave de la cúpula del Partido Comunista.

A comienzos de 1949 se inició la conquista de las provincias del sur, todavía bajo control del Kuomintang. Aunque Stalin recomendó a los dirigentes comunistas que intentasen nuevamente entablar negociaciones con Chiang Kai-shek para llegar a un acuerdo que pusiese fin a la guerra, la campaña no se detuvo. En abril, las tropas cruzaron el Yangzi y tomaron Nanjing, capital de los nacionalistas antes de la invasión japonesa en 1937. Un mes más tarde, el ejército rojo entró en Shanghai sin encontrar prácticamente resistencia. Previamente, Chiang Kai-shek retiró de la capital y de Shanghai el centro financiero de China, todas las reservas de oro del país e hizo destruir las principales fábricas para que no pudieran ser utilizadas por los comunistas. Finalmente, el primero de octubre de 1949, Mao Zedong proclamó la República Popular China en la plaza de Tiananmen, en Beijing.

A finales de aquel año, el gobierno del Kuomintang y su ejército –en total unos dos millones de seguidores de Chiang Kai-shek– se retiraron a la isla de Taiwán. El mismo Chiang proclamó en diciembre de ese año Taipei como capital provisional de la República de China, desde la que su gobierno prepararía la reconquista de todo el territorio chino. Estados Unidos impuso sanciones co-

merciales a la recién nacida República Popular de Mao, y mantuvo un apoyo poco simulado al gobierno de Chiang en Taipei. El último acontecimiento significativo dentro de la campaña de unificación del país bajo la égida de Mao Zedong fue la ocupación del Tíbet en octubre de 1950. Sólo Taiwán, bastión del Kuomintang, se mantuvo fuera de su control. Desde ese momento, y durante décadas, dos gobiernos distintos se postularon como los legítimos gobernantes de China, convirtiéndose en actores destacados de la guerra fría en Asia.

Proclamación de la República Popular de China en Beijing, octubre de 1949



Fuente: J. Spence (1991). *The Search For Modern China*. Nueva York: Norton.

La victoria de Mao en la China continental fue uno de los hechos más significativos de la Guerra Fría, puesto que tuvo unas consecuencias muy evidentes sobre los acontecimientos posteriores, sobre todo en la estrategia de Estados Unidos en Asia. Desde el país americano se percibió la victoria maoísta como una derrota enorme para sus intereses. "La pérdida de China" se convirtió en un tema común en la política americana, y desde las élites militares y conservadoras del país (muy vinculadas al apoyo tanto económico como militar que habían dado a Chiang Kai-shek) se proclamó que en adelante Estados Unidos intentaría evitar por todos los medios que se volviera a producir una nueva derrota como esta.

Esta posición explica en parte los esfuerzos y la dureza con la que Estados Unidos intervino en Asia, sobre todo en las regiones que limitaban con China: las guerras de Corea y Vietnam, los conflictos de Taiwán, el apoyo a las dictaduras conservadoras en Indonesia y Filipinas formaban parte de una sola estrategia: evitar que el comunismo se extendiera por la región siguiendo la teoría del dominó (si un país cae bajo la órbita comunista, se desencadenará un efecto en cadena que afectará a toda la región), una teoría que ya se puso en práctica durante la presidencia de Eisenhower.

Bibliografía

- Suzanne Pepper** (1999). *Civil war in China: the political struggle, 1945-1949*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Brown; Jeremy; Pickowicz** (ed.) (2007). *Dilemmas of victory. The early years of the People's Republic of China*. Harvard University Press.

1.1. Mao Zedong: la emergencia del gran líder de la República Popular

La figura de Mao Zedong es tan controvertida como fundamental a la hora de comprender la evolución de China hasta finales de los años 1970. El número de trabajos dedicados a su personalidad y a su obra es casi incontable. Las dimensiones políticas, sociales y culturales de sus decisiones al mando del Partido Comunista Chino son tan extraordinarias que han determinado la vida de varias generaciones de chinos y, más de tres décadas después de su muerte, todavía son palpables en la China actual. Por ello es necesario abordar con un mínimo de detalle el surgimiento de su figura dentro del movimiento comunista chino.

Mao Zedong nació en 1893 en el seno de una familia de campesinos enriquecidos de la provincia de Hunan. Su vida, no obstante, no fue la de un trabajador del campo. Sus padres consiguieron pagarle una educación que comenzó por el estudio de los textos clásicos de la literatura y el pensamiento confuciano. Siendo estudiante, participó en los levantamientos que se produjeron en la capital provincial, Changsha, durante la revolución de 1911, y formó parte durante medio año de un ejército formado por estudiantes. Poco después, Mao ingresa en una escuela de formación de maestros, en la que durante cinco años aprenderá geografía, historia, literatura, filosofía, etc., al mismo tiempo que entra en contacto por vez primera con algunas de las doctrinas, como el socialismo, que llegan a China durante ese periodo. Todavía como estudiante en Changsha, publica en 1917 su primer artículo en la revista *Nueva Juventud*, que dirigía Chen Duxiu, dedicado a la importancia de la educación física y que encabeza con la siguiente afirmación:

"La fortaleza de nuestra nación es tan precaria; no se ha impulsado el espíritu militar. La condición física de nuestra gente se deteriora día tras día... Si nuestros cuerpos no tienen fuerza, temblaremos al divisar a los soldados enemigos."

Citado en: P. Short (2003). *Mao* (Pág. 71). Barcelona: Crítica.

La importancia del artículo no radica sólo en el hecho de ser el primero que escribe o de que aparezca en la más importante de las revistas literarias del momento. Además, prefigura ya a sus 23 años algunas de las tendencias que el pensamiento de Mao acabará adoptando. En su afirmación "un largo periodo de paz, de paz absoluta sin desorden de ningún tipo, sería absolutamente insoportable" se anuncia, por ejemplo, su creencia en la revolución permanente; incluso parece describir los derroteros que seguirá su futura carrera política cuando afirma (Short, 2003, pág. 73): "Se dice que un hombre que desdeña la muerte vencerá sobre otros mil ... Porque nadie puede frenarlo ni eliminarlo, es el más fuerte y el más poderoso".

En 1918 Mao rechazó viajar a Francia como otros miles de estudiantes y, siguiendo a uno de los profesores de su escuela en Changsha, se instaló durante siete meses en Beijing. Allí se convirtió en ayudante de Li Dazhao, bibliotecario de la Universidad de Beijing y coeditor ya entonces de *Nueva Juventud*. En la

Bibliografía

Existen diversas biografías de Mao. Entre las más recientes y destacadas:

J. Spence (2001). *Mao*. Barcelona: Mondadori.

y sobre todo:

P. Short (2003). *Mao*. Barcelona: Crítica.

capital, Mao entró en contacto de manera directa con las nuevas ideas de reforma cultural que se estaban gestando entre los intelectuales chinos. Inicialmente, se sintió fascinado por el anarquismo y sus propuestas revolucionarias en materia educativa y política.

Cuando el 4 de mayo de 1919 estallaron las protestas en Beijing por la negativa del Tratado de Versalles a satisfacer las reivindicaciones de China, Mao Zedong se encontraba de nuevo en su provincia natal de Hunan, y desde allí participó en el boicot nacional contra la injerencia japonesa. La renuncia por la Unión Soviética en 1920 de los tratados desiguales que el imperio ruso había firmado con los Qing causó una honda impresión en Mao, impresión que marcó su giro hacia el comunismo. Las primeras traducciones chinas de la obra de Lenin o del *Manifiesto Comunista* aparecieron ese mismo año, coincidiendo con la fundación de la Asociación de Estudios del Marxismo en la Universidad de Beijing por parte de su mentor, Li Dazhao. A finales de 1920, Mao fue uno de los fundadores del primer grupo de estudios marxistas de Hunan. Esto le llevó a convertirse en uno de los delegados provinciales que asistieron al congreso inaugural del Partido Comunista de China, celebrado en julio de 1921 en Shanghai. A partir de entonces, Mao se dedicó a ampliar la base social del Partido Comunista en su provincia natal, organizando escuelas para adultos, promoviendo manifestaciones e incluso apoyando huelgas.

Mao no secundó inicialmente el frente unido con el Kuomintang ni participó en el Segundo Congreso del Partido Comunista Chino de 1922, en el que se admitió la necesidad de la alianza con el partido de Sun Yat-sen. Pero finalmente, al año siguiente, Mao se afilió al Kuomintang en un momento en el que, además, comenzaba a formar parte del grupo de líderes con capacidad de decisión en el Partido Comunista. En los años posteriores, ocupó diversos cargos dentro de la estructura provincial del Kuomintang, especialmente en Shanghai, desde los que vivió de cerca las tensiones que la forzada alianza del frente unido conllevaba. Al tiempo que se iba alejando paulatinamente de los planteamientos de los otros dirigentes comunistas, Mao no participó en el congreso comunista que se celebró en 1925, sino que prefirió retirarse a Changsha con su familia. Allí, mientras organizaba actividades clandestinas, comenzó a comprender el potencial revolucionario del campesinado que constituía la inmensa mayoría de la población de China. Huyendo de Hunan, se desplazó a Guangzhou, a la sede del Kuomintang, de cuyo Departamento de Propaganda fue nombrado director, a pesar de que entonces no ocupaba ningún cargo en el Partido Comunista. Fue entonces cuando comenzó a proponer una "ideología creada a partir de la situación china".

Tras la muerte de Sun Yat-sen y la irrupción de Chiang Kai-shek al frente del Kuomintang, Mao Zedong pasó a formar parte de la Expedición al Norte que acabaría por reunificar los territorios de China que se mantenían bajo el control de los grandes Señores de la guerra. Era el máximo experto que existía en la estructura del Kuomintang en todo lo relativo a las masas campesinas de China, y éstas se consideraban fundamentales para que la Expedición alcan-

zase su objetivo. En este contexto Mao elaboró en 1927 su estudio sobre la capacidad revolucionaria de los campesinos de Hunan, en el que identificó a los terratenientes como la auténtica fuerza de resistencia a la revolución. Los meses en Hunan marcaron el desarrollo de su doctrina y anunciaron la visión política que intentó poner en práctica en diversas ocasiones. En un texto premonitorio y casi amenazador de su informe de 1927 afirmó:

"Dentro de poco, centenares de millones de campesinos en las provincias del centro, el sur y el norte de China se levantarán como una tempestad, un huracán, con una fuerza tan impetuosa y violenta que nada, por poderoso que sea, los podrá contener. Romperán todas las trabas y se lanzarán por el camino de la liberación. [...] Todos los partidos y camaradas revolucionarios serán sometidos a prueba ante los campesinos y tendrán que decidir a qué lado colocarse."

Mao Zedong [Mao Tse-tung] (1974). *Escritos sociológicos y culturales* (pág. 25). Barcelona: Laia.

El informe del campesinado provocó que Mao mantuviera duros enfrentamientos con algunos dirigentes comunistas de máximo rango, como Chen Duxiu, los cuales consideraban las tesis de Mao extraordinariamente heterodoxas. Mao no ocupaba ningún cargo dentro de la estructura del Partido Comunista, y se mantenía alejado de las esferas de poder. Por ello, mientras se producía el ataque de Chiang Kai-shek a las bases comunistas de Shanghai en 1927, Mao Zedong se encontraba en Hankou, en la provincia de Hubei. Aún así, las acciones de Chiang Kai-shek en Shanghai fueron decisivas para Mao: la persecución de los comunistas que se inició en abril marcó un giro en el comunismo chino, que comenzó su aproximación al movimiento campesino, lo que puso a Mao en mejor disposición dentro del Partido Comunista.

Al hacerse evidente la inviabilidad del frente unido, Mao dirigió una revuelta campesina en Hunan, todavía en 1927, para tomar el control de la provincia. A pesar de acabar en fracaso, significó la primera insurrección armada organizada en el seno del Partido Comunista Chino. La derrota obligó a Mao a refugiarse con los supervivientes de su ejército en la región montañosa de Jinggangshan, en la provincia de Jiangxi, donde reorganizó sus fuerzas. El sur de Jiangxi se convirtió en la base de los seguidores de Mao y, en los años siguientes, acabaría siendo el principal núcleo del comunismo chino. A pesar de la condena que la cúpula del Partido Comunista impuso a las acciones de Mao, Zhu De y su ejército llegaron en 1928 a la región y se le unieron, formando la semilla del futuro Ejército Rojo.

En los años posteriores llegaron hasta Jinggangshan nuevos dirigentes comunistas, con lo que aumentó el prestigio de Mao. Finalmente, éste se convirtió en el presidente del Soviet de Jiangxi-Fujian, que duró de 1931 a 1934, cuando fue derrotado por las tropas de Chiang Kai-shek, en lo que fue el inicio de la Larga Marcha. A lo largo de estos años, los planteamientos, tácticas e ideas de Mao fueron fuertemente cuestionados y se produjeron intensas luchas de poder y enfrentamientos entre los diferentes líderes comunistas. Precisamente, en 1935, durante la Larga Marcha se produjo la última de estas luchas, de la que Mao emergió como virtual líder del Partido y del ejército comunista. Sin

embargo, y para equilibrar las fuerzas, Mao escogió a un comunista bregado en la lucha obrera urbana, Zhou Enlai, como colaborador más próximo. De esta manera, el radicalismo de Mao se compensaba con la ortodoxia y la moderación, características de Zhou. A pesar del protagonismo de Mao, Zhou Enlai tuvo un papel fundamental en la implantación del maoísmo y acompañó al líder desde la Larga Marcha hasta que murió, cuando el régimen ya agonizaba.

Tras la Larga Marcha, el periodo en el que el movimiento comunista se asentó en Yan'an, en la provincia de Shaanxi, significó la confirmación de Mao Zedong como máximo líder del comunismo chino: el mismo Komintern afirmó que "la cúpula del Partido Comunista Chino debe considerar a Mao Zedong como su centro" (Short, 2003, pág. 372). El segundo frente unido y la guerra de resistencia contra Japón le consolidaron como figura de máximo nivel no ya sólo en el escenario político chino, sino también en el internacional. Mao acabó con todos sus opositores dentro del Partido. Fue en este periodo cuando se acuñó la expresión "el pensamiento de Mao Zedong" para definir el ideario ideológico que se consideraba la piedra angular sobre la que se debía alzar el Partido, al tiempo que se compilaban las primeras *Obras escogidas* de Mao y se componía "El Este es rojo", el himno no oficial de la República Popular China que encumbraba a Mao como una figura de carácter casi mítico. Los primeros versos rezaban:

"¡El Este es rojo!
En China ha aparecido un Mao Zedong.
Él procura por el bienestar del pueblo.
¡Oh, es el gran salvador del pueblo!

El presidente Mao ama al pueblo,
es nuestro guía
para construir una nueva China.
¡Oh, él nos dirige hacia delante!"

El final de la Segunda Guerra Mundial sólo sirvió para ratificar el antagonismo político y personal entre Mao Zedong y Chiang Kai-shek. En 1946 se reanudó la guerra civil tras casi una década de interrupción, que culminó con la derrota definitiva en 1949 del Kuomintang y su retirada a Taiwán. Con la proclamación, en octubre de ese año, de la República Popular, todo estaba dispuesto para que Mao se convirtiera en el gran timonel del futuro de China.

1.2. Los primeros años de la República Popular

El final de la guerra civil se vivió con expectación. Se había puesto fin a décadas de guerra y división territorial, las injustas cláusulas de los tratados con los países occidentales habían quedado revocadas y China se disponía a penetrar en una nueva era. El Partido Comunista había dado muestras de su eficacia y contaba con el apoyo y la admiración de millones de chinos, que lo veían como la esperanza que había de poner fin a tantos años de tribulaciones.



Mao Zedong y Zhou Enlai en 1937
Fuente: P. Short (2003). *Mao* (Pág. 193).
Barcelona: Crítica.

Tras la instauración de la República Popular, se tomaron las primeras medidas: se anunció el final de los privilegios extranjeros y de sus propiedades en China, al tiempo que las posesiones y el capital del Kuomintang quedaban confiscados. Las grandes reformas no se hicieron esperar. Apuntaban al principal problema de China, la distribución de las tierras y la agricultura, así como a una institución fundamental, el matrimonio. Se había previsto un periodo inicial de algunos años de transición al sistema socialista, durante el cual seguiría existiendo la economía privada en las regiones urbanas. Incluso entre los primeros cargos del aparato estatal, incluidos algunos viceministros, había algunos que no pertenecían al Partido Comunista, como por ejemplo la respetada viuda de Sun Yat-sen, Song Qingling. Esta época culminó en 1954 con la primera Constitución de la República Popular, en la cual se establecía la creación del Congreso Nacional del Pueblo. Mao sería a partir de entonces presidente tanto de la República Popular China como del Partido Comunista Chino.

Los pasos iniciales del Partido Comunista debían estar encaminados a estabilizar la situación económica de China: frenar la inflación, aumentar la producción agrícola, reactivar las fábricas que habían quedado desmanteladas durante la guerra y mantener la ley y el orden. Incluso se promovió que los expertos y grandes comerciantes extranjeros que había en el país se mantuviesen en territorio chino y contribuyesen a la construcción de la nueva sociedad. No hay ni que decir que muchos extranjeros ya se habían ido de las antiguas concesiones: la guerra contra Japón y la posterior guerra civil dejaron las antiguas concesiones prácticamente desocupadas de extranjeros. Sin embargo, algunos miles de empresarios intentaron mantener sus industrias durante los años cincuenta, a pesar del peligro de expropiación. A finales de la década, sin embargo, las empresas occidentales desaparecieron de China.

La primera gran empresa que se intentó llevar a cabo fue una reforma agraria global y ambiciosa. Ésta era la base fundamental sobre la que se debía reconstruir el país. La reforma de hecho había comenzado unos años antes, tras la derrota japonesa, en algunas regiones del norte y, de manera paulatina, en los territorios que los comunistas fueron conquistando a lo largo de la guerra civil. Esta reforma se proponía la confiscación de las tierras de los terratenientes y su redistribución entre los campesinos. Es decir, suponía un enfrentamiento directo entre clases sociales con intereses muy distintos.

Durante la guerra, el Partido Comunista había reclutado a muchos campesinos sin tierra, bastantes de ellos analfabetos, para incrementar el número de efectivos del ejército rojo. Estos campesinos que ahora formaban parte de la élite revolucionaria volvían a los pueblos de origen y exigían el reparto de la tierra. Se formaban comités populares que juzgaban a los terratenientes y en muchos casos se efectuaban ejecuciones previas a la redistribución. En cambio, en las zonas urbanas, estos mismos dirigentes no tenían ninguna experiencia a la hora de administrar fábricas o conducir a las clases sociales urbanas, así que la reforma hacia el socialismo fue más lenta en las ciudades.

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 514-574). Nueva York: Norton.

M. Meisner (1999). *Mao's China and After: A History of the People's Republic* (pág. 55-190). Nueva York: Free Press.

B. Brugger (1981). *China: Liberation and Transformation, 1942-1962*. Londres: Croom Helm.

V. Shue (1980). *Peasant China in Transition: The Dynamics of Development Towards Socialism, 1949-1956*. Berkeley: University of California Press.

Desde el primer momento fue un proceso traumático que comportó altercados y disturbios, a pesar de que el objetivo del gobierno era mantener la estabilidad en el campo. Incluso en casos aislados, no sólo los grandes terratenientes fueron atacados; también los campesinos adinerados y de clase media resultaron afectados, aunque la mayoría pudo mantener inicialmente sus posesiones. Se trataba en cualquier caso de una reforma fundamental e ineludible: en 1950, el 30% de las tierras cultivables de China estaban en manos de sólo un 4% de la población (Bailey, 2002, pág. 168). Ahora bien, las tierras de las empresas no quedaron afectadas por las expropiaciones, en un intento de proteger el sector industrial privado, fundamental para la estabilización de la economía.

Las consecuencias de la reforma fueron inmediatas: el número de campesinos que poseían tierras se incrementó, al tiempo que las elites rurales perdieron toda su influencia social y política. Se estima que en las regiones del centro y el sur de China, un 40% de las tierras cultivables fueron requisadas y distribuidas y un 60% de la población resultó beneficiada (Spence, 1991, pág. 516).

También en 1950 se promulgó la ley del matrimonio, que debía poner fin a las prácticas tradicionales del concubinato y el matrimonio concertado y por la que se estableció una edad mínima para casarse, la libertad de elección de la pareja y el derecho al divorcio. Además, se concedió a miles de mujeres viudas, solteras o divorciadas el derecho de poseer tierras. Miles de mujeres intentaron divorciarse de unos maridos impuestos a través de matrimonios concertados, a pesar de que a menudo toparon con la oposición de los funcionarios locales, que mantenían vínculos directos con las familias que administraban, o fueron maltratadas por sus esposos y familiares. El propósito de la reforma no era tanto la igualdad entre géneros sino la desaparición del concubinato para establecer así unidades familiares estables y monógamas que asegurasen la estabilidad en el campo y estimularan la productividad. Por ello, a pesar de los nuevos derechos que se concedían a las mujeres, los hombres continuaron ejerciendo su autoridad dentro de la familia.

En las ciudades, el objetivo prioritario consistió en evitar los disturbios sociales y asegurar que las empresas, los comercios y las fábricas reabrieran y funcionaran con normalidad. Se lanzaron ambiciosas campañas contra la prostitución, el juego y el consumo y comercio de opio. Para ello, se crearon sistemas de registro y corresponsabilidad familiar que permitieron realizar un seguimiento más estrecho de la población y sus actividades, al tiempo que se ejecutaba públicamente a los traficantes de la droga. Mientras tanto, las prostitutas eran enviadas a centros de reeducación en los que se las adoctrinaba con el pensamiento de Mao. Incluso se crearon patrullas ciudadanas para presionar a las mujeres que llevaban vestidos, peinados o maquillajes demasiado provocativos. El contraste entre la vida en las grandes ciudades y lo que muchos de los cuadros de origen campesino del Partido Comunista conocían era dema-

siado grande para que aceptasen esas manifestaciones de la sociedad urbana del consumo, que fácilmente identificaban como un residuo del imperialismo occidental.

1.2.1. La evolución de las relaciones con la Unión Soviética y la guerra de Corea

Ya en diciembre de 1949, Mao visitó Moscú y en 1950 firmó una alianza con la Unión Soviética por la que ésta se comprometía a intervenir ante cualquier ataque que China pudiera recibir de un país extranjero. La Unión Soviética, además, concedió un importante crédito a bajo interés para que China pudiera adquirir maquinaria y bienes de equipo soviéticos que permitieran su reconstrucción económica y militar. A cambio, Stalin consiguió el reconocimiento de los derechos de la URSS en Manchuria, concedidos previamente por Chiang Kai-shek, y de la independencia de Mongolia, bajo influencia soviética. Aunque en 1954 la Unión Soviética renunció a esas concesiones, las negociaciones de 1950 representaron una humillación para Mao Zedong que marca el inicio de su desconfianza hacia el gigante soviético.

Las relaciones entre Mao y Stalin nunca fueron fluidas. Cuando Mao llegó a Moscú en diciembre de 1949, era la primera vez que viajaba al extranjero y comprobó cómo Stalin no lo trataba como a un igual tal y como él habría querido. Stalin no quiso ir más allá de un tratado de seguridad, en el cual la URSS se comprometía a ayudar a China en caso de un ataque extranjero. Pero no existía ninguna posición concreta, como una que estableciera cuáles eran las fronteras de China. En aquel momento, el Tíbet y Taiwán seguían fuera de la órbita comunista y, por lo tanto, la unificación de China, según la opinión de Mao, no era completa. En Taiwán, la llegada de las tropas nacionalistas comportó una etapa de represión y disturbios entre la población local y el ejército "exiliado". Chiang Kai-shek dominó la isla y se erigió como dictador, y Estados Unidos mantuvo la ficción de que su Gobierno representaba al total de los chinos, manteniendo el Gobierno en Taiwán como representante de la recientemente creada ONU.

Otro de los temas calientes de la Guerra Fría que se iba configurando en la región era la cuestión de Corea. Con la rendición japonesa, Corea (que había sido la primera colonia del Imperio japonés) corría el riesgo de caer bajo la ocupación soviética, puesto que el ejército de la URSS había penetrado rápidamente en la región vecina de Manchuria. Estados Unidos quiso evitar esta situación y decidió unilateralmente dividir el país en dos regiones separadas arbitrariamente por el conocido como "paralelo 38": una región al norte, controlada por la URSS y una región al sur dominada por el ejército norteamericano. Tres años después del fin de la guerra mundial, el Gobierno militar de Estados Unidos proclamó la República de Corea en el sur (proponiénd como jefe de Gobierno al político conservador que había vivido en Estados Unidos, Syngman Rhee), y unas semanas después los soviéticos crearon la República

Popular Democrática de Corea, en el norte (con el guerrillero Kim Il Sung al frente). Seguidamente, las dos potencias retiraron las tropas del territorio y manifestaron que no intervendrían en caso de conflicto.

En 1950 estalló la guerra de Corea, después de que las tropas de Corea del Norte invadieran Corea del Sur. Estados Unidos reaccionó y llevó la agresión a la ONU, pidiendo una respuesta; curiosamente, recibió la abstención de la URSS. Mientras tanto, el ejército americano reforzaba su presencia en el estrecho de Taiwán pensando que Mao aprovecharía el momento para invadir la isla. Las Naciones Unidas enviaron un ejército a la península coreana –formado mayoritariamente por soldados norteamericanos– y penetró en territorio norcoreano hasta acercarse a la frontera sincoreana. Como respuesta, China envió un ejército formado por lo que fue calificado de "voluntarios". Los chinos demostraron ser una fuerza poderosa y vencieron al ejército más potente del mundo en varias ocasiones, como en las batallas de Unsan o Yalu, a finales de 1950. Las tropas chinas, con más de 300.000 voluntarios, sobrepasaron el paralelo 38 hasta llegar a Seúl a principios de 1951. El hecho de que China ya hubiera firmado la alianza de defensa con la Unión Soviética fue, sin duda, un elemento disuasivo para que Estados Unidos no respondiera con un ataque a China, a pesar de que el general MacArthur amenazó en repetidas ocasiones con lanzar bombas nucleares sobre el territorio chino. Finalmente, la guerra se estabilizó y las fuerzas combatientes quedaron de nuevo paradas en el paralelo 38. A pesar de todo, la decisión de Mao de intervenir en el conflicto coreano no gustó a Moscú y, de hecho, durante la guerra, China apenas recibió ayuda soviética, y solo al final del conflicto.

La alianza también tuvo repercusiones en la implementación del Primer Plan Quinquenal. A pesar de las medidas iniciales de protección de las empresas privadas en las ciudades, en 1953 se inició el proceso para nacionalizarlas, que quedó completado en 1956. Esto coincidió con el impulso del primer gran proyecto económico del Gobierno de Mao. El Primer Plan Quinquenal (1953-1957) se centró en la industria pesada, siguiendo los consejos de la Unión Soviética, que se había convertido en la única aliada de la China de Mao después del embargo comercial que Estados Unidos decretó al poco tiempo de la proclamación de la República Popular y que se acentuó con la guerra de Corea. Rusia contribuyó a construir decenas de plantas industriales y envió a miles de expertos para ofrecer asesoramiento y ayuda. Además, miles de estudiantes chinos llegaron a Moscú para formarse, y la influencia soviética durante la década de 1950 fue constante. Incluso los libros de texto que se usaban en la enseñanza eran una simple traducción del ruso. No en vano, el Plan Quinquenal se basó en los criterios de desarrollo industrial soviéticos, que daban más importancia a la industria pesada y la planificación centralizada.

Ahora bien, a medida que avanzaba la década, especialmente después de la muerte de Stalin en 1953, Mao se sintió cada vez más insatisfecho con el modelo que imponía la URSS y sus intentos de controlar la política y las relaciones internacionales de China. Uno de los puntos de fricción lo constituían las

Bibliografía

Bruce Cummings (2010). *Korean war, a history*. Modern Library.

ambiciones de Mao por conseguir armamento atómico. La Unión Soviética se negó a compartir su tecnología nuclear y siempre se mostró ambigua ante los proyectos chinos de atacar Taiwán y vencer de modo definitivo al Kuomintang de Chiang Kai-shek. Taiwán firmó en 1954 un acuerdo de defensa con Estados Unidos, lo que convertía el conflicto entre Beijing y Taipei en uno de los máximos exponentes de la guerra fría en Asia, con los recelos y cautelas que ello despertaba en Moscú. Todo lo cual contribuyó a que los planteamientos de Mao estuviesen cada vez más lejos de los posicionamientos de la Unión Soviética.

Para financiar la industrialización del país, más allá de los créditos soviéticos, China no tenía otra alternativa que reducir algunas partidas de gastos del Estado –básicamente de la administración y especialmente el ejército, a pesar de la implicación en la guerra de Corea (ver tabla 1)– y basarse en el sector agrícola. Se esperaba que la reforma agraria tendría un efecto inmediato en forma de aumento de la producción y mejora de las condiciones de vida en el campo. Al mismo tiempo, se inició un proceso de colectivización gradual que en último término debía conducir a la creación de cooperativas de productores agrícolas y la eliminación de la propiedad privada de las tierras. Las previsiones indicaban que, para 1957, un tercio de las familias campesinas se habrían integrado en estas cooperativas y trabajarían la tierra colectivamente. Pero, a pesar del innegable aumento de la producción, no se alcanzaron las cifras esperadas, en parte como consecuencia de los fuertes impuestos estatales y de la división de las tierras en fincas de reducidas dimensiones. Muchos campesinos pobres no tuvieron más remedio que vender sus tierras para poder hacer frente a las fuertes deudas que habían contraído, lo que llevó a Mao a hablar de la aparición de una nueva clase de "campesinos ricos".

Tabla 1. Evolución del presupuesto gubernamental, 1950-1957

Partida	1950	1952	1957
Reconstrucción económica	25,5%	45,5%	51,5%
Gastos sociales, cultura y educación	11,1%	13,6%	16,0%
Defensa	41,5%	26,0%	19,0%
Aparato administrativo	19,3%	10,3%	7,8%
Otros	2,6%	4,7%	5,8%

Fuente: J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 545). Nueva York: Norton.

De hecho, a mediados de la década de 1950 comienzan a aparecer discrepancias entre Mao y algunos miembros de la cúpula del Partido, como el vicepresidente Liu Shaoqi (1898-1969), quien opinaba que la agricultura dependía del desarrollo de la industria y la mecanización del campo. La posición de Mao era mucho más utópica: consideraba que el proceso de colectivización provocaría un entusiasmo masivo en el pueblo que no podía tener otra consecuencia que un importante aumento de la producción agrícola. Finalmente, entre 1955 y

1956, las campañas impulsadas por el Partido en el campo consiguieron que el proceso cobrase un nuevo impulso, y en 1957 la gran mayoría de las familias se habían integrado en cooperativas agrícolas. De manera general, se consiguió acabar con la propiedad privada de las tierras, aunque se permitió la posesión de pequeñas parcelas privadas para el uso doméstico.

1.2.2. Flores y malas hierbas

Desde el inicio de la República Popular, Mao desplegó diversas campañas estatales de carácter ideológico. La primera de ellas, de 1951, destinada a combatir a los contrarrevolucionarios dentro y fuera del Partido, fue conocida como la Campaña de los Tres Antis –corrupción, despilfarro y burocratismo–. Al año siguiente se lanzó la Campaña de los Cinco Antis, dirigida contra los industriales, propietarios rurales y comerciantes que representaban vestigios del capitalismo en China. Como resultado de estas campañas se produjeron persecuciones, sesiones de crítica, humillaciones públicas y encarcelamientos. Quedaba claro que el Partido Comunista no iba a permitir ninguna forma de capitalismo ni de iniciativa privada. Además, las campañas anunciaron algunas de las tácticas que el gobierno de Mao iba a emplear en posteriores movimientos. En 1953 y 1954 se produjeron las primeras grandes purgas que afectaron a dirigentes de máximo rango dentro del Partido. Y en 1956 Mao ideó una nueva campaña cuyo objetivo último apuntaba a los sectores del Partido que no compartían sus puntos de vista:

"Actualmente hay ciertas personas que actúan como burócratas ociosos, y tratan sin escrúpulos al pueblo, ahora que tienen al país en sus manos. Esta gente cuenta con la oposición de las masas, que desean lanzar piedras contra ellos y golpearles con sus azadones. [...] Debemos estar vigilantes y no permitir que se desarrolle un estilo de trabajo burocrático. No debemos contribuir a formar una democracia disociada del pueblo. [...] Creo que lo mejor es destituir a este tipo de personas, tienen que ser depuestas."

Citado en: P. Short (2003). *Mao* (Pág. 462). Barcelona: Crítica.

La Campaña de las Cien Flores (1956-1957) fue un proyecto personal de Mao que no contó con un apoyo unánime del Partido. Para combatir el burocratismo, el excesivo grado de complejidad del Partido y su alejamiento del pueblo, Mao instó a los intelectuales a que criticaran abiertamente al mismo Partido para permitir que éste volviera a la senda correcta. Se debía lograr que "cien flores florezcan y cien escuelas de pensamiento compitan". Sólo así se podía conseguir la rectificación y revitalización del Partido. Algunos de los máximos dirigentes comunistas no estaban de acuerdo con esta campaña, temerosos de las críticas abiertas a su actuación que pudiesen emerger, objetivo de Mao a la hora de idear la campaña, a pesar de que ni él mismo estaba seguro de los resultados del "florecimiento y la competencia".

Los intelectuales se mostraron cautos inicialmente, pero en el verano de 1956 empezaron a aparecer críticas en la prensa. Acusaban al Partido de haberse alejado de las masas, de haberse convertido en una elite burocrática y una

aristocracia que vivía en el lujo, de menospreciar y maltratar a los intelectuales. Mao ordenó que no se persiguieran las críticas vertidas contra el Partido, a pesar de considerar que algunas eran erróneas.

El poco entusiasmo del Partido por la iniciativa de Mao tiene sus orígenes en el contexto internacional. Las circunstancias en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin amenazaban la supremacía de Mao en China y habían erosionado su imagen. En 1956, Khrushchev condenó el culto a la personalidad de Stalin, lo cual podía ser leído por los compañeros de Mao en clave china. Además, ese mismo año se había eliminado la referencia al "pensamiento de Mao Zedong" en la nueva constitución del Partido. Parecía que la posición de Mao en el Partido se debilitaba. Uno de los que se mostraron contrarios a la Campaña de las Cien Flores fue Deng Xiaoping (1904-1997) –nombrado secretario general del Partido–, con lo que se unía a Liu Shaoqi en la oposición a Mao. Pero la campaña finalmente se hizo realidad y, a inicios de 1957, después de unos meses de vacilaciones, Mao consiguió darle un nuevo impulso.

La cautela inicial de los intelectuales quedó vencida con la falta de reacción del Partido ante sus críticas. En las paredes de las universidades de Beijing se colgaron carteles de grandes caracteres (*dazibao*) en los que se acusaba a los líderes del Partido de ser unos burócratas arrogantes, hasta el punto de que algunos criticaron incluso el unipartidismo y la validez del socialismo. La sinceridad de los intelectuales sorprendió a Mao, que consideraba que éstos simpatizaban en general con las tesis del socialismo y el marxismo. De las "cien flores", se pasó a hablar de las "malas hierbas venenosas". La campaña tomó un giro completamente diferente. Mao personalmente condenó las críticas que no reforzaban al Partido y el sistema, y denunció a los intelectuales en una campaña antiderechista de consecuencias funestas para ellos. Muchos –más de medio millón entre intelectuales y pequeños cuadros del Partido– fueron enviados a reeducarse en centros de trabajo o exiliados al campo para aprender de los campesinos la conciencia de clase. Incluso se establecieron cuotas de derechistas que había que represaliar dentro de cada unidad. La campaña fracasó y representó el divorcio definitivo de los intelectuales y el Partido. Pero le sirvió a Mao para decidir un cambio de dirección: era necesario abandonar el modelo de desarrollo soviético para dirigirse a la mayor fuente de recursos de China, el campo.

Bibliografía

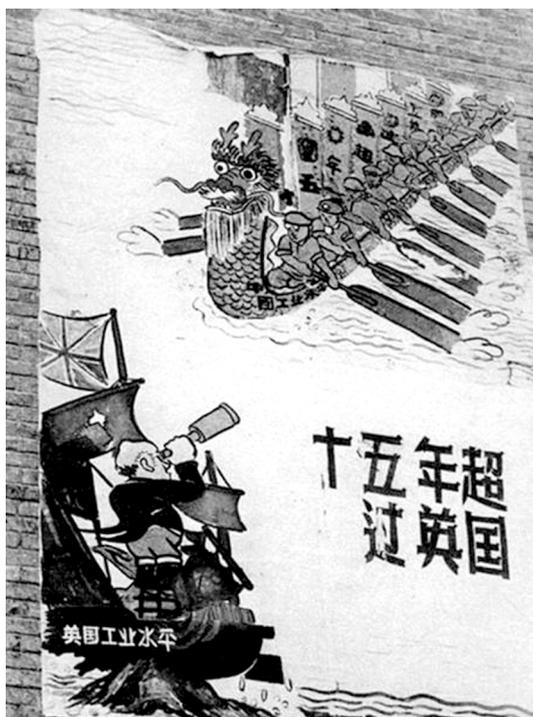
Julia C. Strauss (2002). "Paternalist terror: The campaign to suppress counter-revolutionaries and regime consolidation in the People's Republic of China, 1950-1953". *Comparative studies in Society and History* (vol. 44, núm. 1, enero, pág. 80-105).

1.3. El Gran Salto Adelante

La reacción de Mao al fracaso de las Cien Flores fue una nueva campaña con un marcado tinte ideológico, aunque en esta ocasión con una clara dimensión práctica. El Gran Salto Adelante, en 1958, tenía que permitir un rápido desarrollo económico y la superación en pocos años de los niveles de producción industrial de Occidente y el mundo capitalista en general. Además, era la plasmación de la utopía maoísta de crear una forma específicamente china de socialismo, con el mundo de los campesinos como base. Mao tenía una confianza absoluta en que una transformación social, económica e ideológica radical daría como resultado una sociedad comunista y un rápido crecimiento industrial.

Ya en 1957 el vicepresidente Liu Shaoqi había predicho que China superaría a Gran Bretaña en la producción de acero, hierro y otros productos industriales. Mao añadió a esas previsiones un llamamiento a la movilización de las masas. Esperaba que con el Gran Salto Adelante se reduciría la distancia entre el campo y la ciudad mediante el desarrollo de pequeñas industrias rurales. Además, consideraba que el Gran Salto Adelante reforzaría la autoconfianza y confirmaría la independencia de China respecto de la Unión Soviética. El proyecto, además, implicaba un proceso de descentralización, ya que las empresas debían permanecer bajo control provincial y local. Pero esta descentralización permitió al Partido controlar más estrechamente la economía, ya que sus comités provinciales tenían un papel de supervisión y coordinación muy importante.

"En quince años superaremos a Gran Bretaña"



Fuente: H. Cartier-Bresson (1964), *China as photographed by Henri Cartier-Bresson*. Nueva York: Bantam.

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

D. Bachman (1991). *Bureaucracy, Economy and Leadership in China: The Institutional Origins of the Great Leap Forward*. Cambridge: Cambridge University Press.

J. L. Domenach (1995). *The Origins of the Great Leap Forward: The Case of One Chinese Province*. Boulder: Westview Press.

D. Yang (1996). *Calamity and Reform in China: State, Rural Society and Institutional Change Since the Great Famine*. Stanford: Stanford University Press.

Para Mao, en esta campaña la ideología debía ocupar, como mínimo, un lugar de tanto privilegio como los conocimientos técnicos. Los cuadros del Partido que lo dirigían y supervisaban debían ser "tan rojos como expertos". La política debía mandar sobre los conocimientos. Por ello, afirmaba, era necesario un mayor control del Partido.

El máximo exponente del Gran Salto Adelante fue la comuna. En noviembre de 1958, el 99% de las familias rurales estaba integrado en comunas. Éstas tenían una función política, social y económica. Además de avanzar en la industrialización del campo, se encargaban de la organización de los centros de salud y de las escuelas. Como los hospitales y médicos modernos se concentraban en las ciudades, se promovió la figura de los "médicos descalzos" –jóvenes que contaban con una formación paramédica básica– en las zonas rurales más remotas. Además, se quería eliminar las distinciones entre los trabajadores manuales y los intelectuales, de manera que se crearon escuelas que combinaban el estudio y el trabajo. Miles de estudiantes fueron destinados al campo para convivir y trabajar con los campesinos. Los diarios y medios de comunicación publicitaron las visitas de los grandes líderes a las zonas rurales, con fotografías que los retrataban conversando con los campesinos en las que se mostraban entusiasmados por el trabajo manual.

Sin embargo, más allá de estos planteamientos bienintencionados, los métodos empleados fueron muy poco eficientes. A finales de 1958 el Gran Salto Adelante había comenzado a generar problemas graves. A pesar de que en general las actitudes de los líderes habían intentado ser moderadas, los objetivos del Gran Salto Adelante eran extraordinariamente ambiciosos, y el frenesí entusiasta que estalló entre los administradores de las comunas para llegar a la utopía comunista tuvo repercusiones negativas para los campesinos. Se los obligaba a comer en comedores comunes para intentar reducir la importancia de la familia como unidad organizativa y estimular a las mujeres a formar parte del proceso productivo. Las propiedades privadas fueron requisadas. En la campaña de producción de acero doméstico se confiscaron incluso los utensilios de cocina para emplearlos en la fundición. Además, el transporte no era lo suficientemente eficiente y en ocasiones los productos agrícolas se perdían a causa de la prioridad que se daba al transporte del metal y los productos industriales.

Los cuadros locales competían entre sí a la hora de establecer cuotas de producción, que resultaban totalmente irreales. En agosto de 1958 se estableció una cuota nacional de 10 millones de toneladas de acero, que representaban el doble de la producción de 1957. Mao predijo que en 1960 China sería el tercer país productor de acero del mundo. Lo cual produjo una mayor oleada de cuotas irreales de producción. Ello tuvo como resultado más privaciones para los campesinos, ya que los impuestos obligatorios sobre el cereal estaban

basados en cuotas inalcanzables. En diciembre de 1958 se dio marcha atrás a muchas de las previsiones y se proclamó la necesidad de moderar la aplicación de las reformas.

En 1959 y 1960 se produjeron sequías en el norte e inundaciones en el sur. Las hambrunas resultantes, que afectaron básicamente a las zonas rurales, produjeron unos 30 millones de muertos entre 1959 y 1961, en lo que se conoce como los "Tres Años Negros". Además, la producción agrícola se redujo de manera muy perceptible, de modo que el gobierno se vio obligado a importar grandes cantidades de cereales de Canadá y Australia. Algunos dedos comenzaron a señalar a Mao por el fracaso. Ya a mediados de 1959, el mariscal Peng Dehuai (1898-1974) había criticado duramente las locuras del Gran Salto Adelante. Mao le acusó entonces de ir en contra de la estrategia del Gran Salto y de romper la unidad del Partido Comunista Chino, forzando de este modo su destitución.

También desde la URSS se criticó el Gran Salto Adelante, en lo que significó el principio de la ruptura definitiva entre China y la Unión Soviética. Las muestras de rechazo mutuo eran evidentes desde hacía tiempo. Beijing insistía públicamente en la posición de igualdad entre los diferentes partidos comunistas del mundo, desafiando el liderazgo de Moscú. Khrushchev, por su parte, se negaba a apoyar incondicionalmente a Beijing en su disputa con Estados Unidos sobre Taiwán, y consideraba la amenaza de Mao de bombardear Jinmen –una pequeña isla a pocos kilómetros de la costa china que estaba controlada por el ejército del Kuomintang– como una política arriesgada e improductiva. La Unión Soviética finalmente acabó retirando en 1960 a todos sus consejeros de China y varios cientos de proyectos en los que estaban implicados esos consejeros quedaron abandonados. En 1963 la ruptura fue oficial. El Partido Comunista Chino declaró que adoptaría su propio camino en cuestiones internacionales.

En 1960 se puso fin oficialmente al Gran Salto Adelante, y durante los años siguientes se procedió a anular las políticas y objetivos de la campaña para dar paso a políticas más pragmáticas impulsadas por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. Se limitaron las funciones de las comunas y la producción en las zonas rurales se estructuró a partir de una unidad de organización más natural y manejable como las aldeas. Se volvió a conceder la prioridad en el proceso de industrialización a las regiones urbanas, y la ideología dejó paso a la recuperación económica: era más importante ser un buen experto que un buen rojo. En este contexto, en 1962, Deng Xiaoping pronunció su célebre máxima de que "no importa si el gato es negro o blanco; si caza ratones, es un buen gato". Todo parecía volver a su cauce, y Mao quedaba aparentemente en un segundo plano dentro del Partido. En 1959 incluso había renunciado a la presidencia de la República Popular China, ocupada desde entonces por Liu Shaoqi, aunque conservaba la presidencia del Partido.

1.4. La Revolución Cultural

Pero Mao no aceptó convertirse en una pieza secundaria. Ante el nuevo giro que tomaba la política económica del país, Mao decidió mostrar en diversas declaraciones públicas su temor a la restauración de las clases reaccionarias y los elementos burgueses. Y a finales de 1962 realizó un llamamiento a la "lucha de clases contra el revisionismo", es decir, contra la aparición de elementos burgueses dentro del Partido. A pesar del fracaso del Gran Salto Adelante y de su pérdida de influencia, Mao pretendía recuperar su preeminencia y acabar con las tendencias revisionistas que ponían las cuestiones pragmáticas por delante de la ideología.

Uno de los primeros pasos para recuperar su posición lo encabezó en 1964 Lin Biao (1907-1971), que en 1958 había sustituido a Peng Dehuai como máximo dirigente del Ejército Popular de Liberación: Lin Biao lanzó una campaña para que el pueblo aprendiese del Ejército, que se convertía así en un modelo a seguir por su actitud y su código moral. Después de la guerra de Corea, en la que China sufrió cerca de un millón de bajas, el Gobierno comunista se convenció de la necesidad de desarrollar un ejército profesional. Así, en 1955 se instauró el servicio militar obligatorio y se establecieron unas jerarquías estables en el cuerpo militar, con graduaciones y rangos claramente definidos. Desde entonces, el ejército había asumido una posición cada vez más importante en la retórica de la República Popular. Fue en esta campaña cuando se compiló el libro de *Citas del Presidente Mao*, popularmente conocido como *Pequeño Libro Rojo*, formado por breves sentencias de Mao, que años después se convertiría en una de las más expresivas manifestaciones de la simbología maoísta.

Pero los pasos definitivos para su regreso los daría Mao en el ámbito de la cultura. En 1961 y 1962 habían aparecido artículos críticos que llegaban a ridiculizar el Gran Salto Adelante e incluso cuestionaban la necesidad de una continua lucha de clases. Mao sugirió entonces una rectificación en el mundo de la cultura, pero los otros dirigentes del Partido no apoyaron su iniciativa. Éste es el origen del ataque directo contra el Partido que Mao lanzó con la Gran Revolución Cultural Proletaria, con la que consiguió recuperar el cetro del Partido y alcanzar niveles de adoración a su personalidad hasta entonces inimaginables.

Los orígenes de la Revolución Cultural se encuentran en un artículo de Yao Wenyan en el que se criticaba una obra de teatro, *Hai Rui destituido del cargo*, escrita por un historiador vinculado al círculo político del entonces presidente Liu Shaoqi. La obra se había estrenado en 1961 y el mismo Mao había dado entonces su aprobación. Pero, aún así, el artículo de Yao Wenyan indicaba que aquella obra de teatro era un ataque a Mao y a su decisión de destituir hacía años a Peng Dehuai como máximo dirigente del ejército, e instaba a la realización de una campaña de rectificación generalizada.

Bibliografía

Para ampliar los contenidos de este subapartado, ved:

R. Macfarquhar; M. Schoenhals (2009). *La revolución cultural china*. Barcelona: Crítica.

J. Yan; G. Gao (1996). *Turbulent decade: a history of the cultural revolution*. Honolulu: Hawaii University Press.

J. W. Esherick; P. G. Pickowicz; A. G. Walder (eds.) (2006). *The Chinese Cultural Revolution as History*. Stanford: Stanford University Press.

Poco después aparecieron nuevos ataques a intelectuales del Partido críticos con las políticas de Mao. Éste consiguió algunas destituciones e introdujo en la jerarquía a algunos de sus colaboradores fieles, como su esposa Jiang Qing, al tiempo que la posición de Liu Shaoqi quedaba erosionada. A través de sus aliados, Mao estimuló la lucha contra la autoridad burocrática. Así, en mayo de 1966, estudiantes de la Universidad de Beijing denunciaron a los directores de la universidad en proclamas escritas en grandes carteles. Poco después se anunció que los exámenes de acceso a la universidad se aplazaban durante medio año. Los estudiantes empezaron a tomar las calles y a criticar con virulencia a sus profesores, a los intelectuales, al gobierno y al Partido. Se crearon grupos de guardias rojos (*Hong weibing*), formados por estudiantes que se declaraban fieles seguidores del pensamiento de Mao.

Mao se mostró favorable a todo el proceso. Veía en los jóvenes estudiantes a unos participantes fundamentales de la lucha de clases y unos dignos sucesores revolucionarios. Pero mientras se sucedían todos estos acontecimientos, Mao permanecía alejado de la capital, moviendo los hilos desde la distancia. Después de un simbólico baño en las aguas del río Yangzi, en cuya corriente recorrió varios kilómetros como muestra de su fuerza y su resolución, a pesar de sus más de 70 años, Mao regresó a Beijing para tomar personalmente las riendas del movimiento y criticó abiertamente a Liu Shaoqi y Deng Xiaoping por sus intentos de acallar las voces de los estudiantes. En ese momento estableció las bases que debían regir la Revolución Cultural: ésta debía acabar con los seguidores del camino capitalista dentro del Partido. Mao estaba apuntando directamente contra los planificadores de carácter más pragmático que le habían criticado y habían dirigido el país en los años anteriores.

Fruto de las luchas que se desencadenaron, el mismo 1966 Liu Shaoqi y Deng Xiaoping fueron destituidos de sus cargos. Dos años más tarde, Liu fue formalmente expulsado del Partido, sólo un año antes de morir como consecuencia directa de los estragos de la Revolución Cultural. El fiel escudero de Mao en los años anteriores, el general Lin Biao, emergió como el segundo líder de China. Él mismo había recopilado en el *Pequeño Libro Rojo* una cita que era ahora la inspiración de miles de jóvenes:

"El mundo es vuestro, igual que nuestro, aunque en último término es vuestro. Vosotros, los jóvenes, llenos de vigor y vitalidad, estáis en la flor de la vida, como el sol a las ocho o las nueve de la mañana. Nuestra esperanza está depositada en vosotros. El mundo os pertenece. El futuro de China os pertenece."

Mao Zedong (1966). *Quotations from Chairman Mao Tse-tung* (pág. 288). Beijing: Foreign Languages Press.

Los guardias rojos organizaron concentraciones multitudinarias en la plaza de Tiananmen para ver con sus propios ojos a aquel presidente que había depositado su confianza y sus esperanzas en ellos. Mao aparecía convenientemente

con los primeros rayos del sol, como el nuevo astro que iba a guiar a China hacia su futuro. Desde todo el país acudían estudiantes para ver personalmente al resurgido presidente:

"Para la mayoría de los que estuvieron en la plaza en cualquiera de las ocho concentraciones, se trató simplemente de un día inolvidable. En noviembre, cuando los últimos encuentros tuvieron lugar, más de 200.000 personas acudían en trenes sobresaturados hacia Pekín todos los días; había días en que llegaban a un máximo de 290.000 [...]. Incluso después del último encuentro, llegaron 50.000 personas más esperando ver a Mao y otras 60.000 esperaban entregar peticiones para llevar hasta sus lugares de origen el progreso de la Revolución Cultural. Hubo un momento en que no había menos de 3 millones de visitantes temporales en Pekín, que se añadían a su población permanente de 7,7 millones de personas."

R. Macfarquhar; M. Schoenhals (2009). *La revolución cultural china* (pág. 165). Barcelona: Crítica.

Tras el cierre de las universidades, los guardias rojos, que creían fanáticamente en el pensamiento de Mao, viajaron por todo el país para "bombardear" las sedes locales y regionales del Partido. Los trenes se llenaban de jóvenes que no necesitaban de billete para viajar, en lo que algunos especialistas, como Macfarquhar y Schoenhals (2009, pág. 166-174), han denominado "turismo revolucionario", y al llegar a su destino interferían traumáticamente en todas las unidades de la administración. Todo acabó en una situación de anarquía y violencia. Los funcionarios eran humillados públicamente, los profesores, intelectuales y escritores fueron atacados, sus bibliotecas y residencias destruidas. Se atacó cualquier signo del pasado o símbolo de la cultura tradicional y occidental. Aficiones tan cotidianas como pescar, coleccionar sellos, cultivar flores o criar aves domésticas se condenaron como "diversiones pequeño-burguesas".

Se produjeron frecuentes disputas entre los diferentes grupos de guardias rojos. Las mujeres pudieron participar activamente en el movimiento, a pesar de que sufrieron un proceso de androginización: se tildaba de burguesa cualquier forma manifiesta de feminidad –peinados, vestidos, maquillaje, etc.–, e incluso se produjeron acosos y abusos sexuales indiscriminados. Años después del fin de la Revolución Cultural emergieron múltiples testimonios de las atrocidades cometidas. Según explicó un profesor:

"Cada pocos días, varios profesores eran conducidos al campo de atletismo y azotados en público. Algunos maestros fueron enterrados en vida. En el tejado de aquel edificio de allá, se obligó a cuatro profesores a sentarse sobre un fardo de explosivos y [los forzaron] a encenderlos ellos mismos. [Se produjo] un ruido extraordinario, y no se veía a ninguno de ellos –sólo piernas y brazos en los árboles y [esparcidos] sobre el tejado."

Citado en: P. Short (2003). *Mao* (Pág. 547). Barcelona: Crítica.

En 1967 la situación llegó a tal punto que incluso hizo dudar a Mao de la viabilidad de su proyecto. Toda la estructura del Partido en Shanghai –fiel a Mao e instigadora de buena parte de los acontecimientos que desataron la Revolución Cultural– quedó desmantelada y sustituida por una organización obrera revolucionaria que proclamó la Comuna de Shanghai. Mao temió que se hubiera llegado demasiado lejos y criticó abiertamente esta comuna como

una simple forma de anarquía. Se produjeron ataques al Ejército Popular de Liberación y, entre otros incidentes, la embajada británica en Beijing fue tomada por una turba que la incendió. Mao finalmente mandó al Ejército que restaurara el orden.

La represión de los guardias rojos que siguió fue sangrienta: miles de personas murieron en los enfrentamientos. Otros miles de guardias rojos fueron enviados al campo para aprender de los campesinos. Muchos cuadros e intelectuales siguieron el mismo destino con la consigna de estudiar el pensamiento de Mao Zedong y aprender a través del trabajo manual. El protagonismo que había asumido el Ejército –fiel seguidor de Mao en los momentos de dificultad– quedó refrendado con la designación oficial de Lin Biao como sucesor de Mao en la dirección del Partido y de la República Popular.

Cuando el movimiento de masas de los guardias rojos llegó a su fin, la glorificación de Mao alcanzó su máximo. Los matrimonios se juraban fidelidad delante de su retrato, había salas de lealtad en las aldeas para rendirle culto, y en las casas existían santuarios domésticos; antes de las comidas se hacían reverencias al líder, y sus *Obras selectas* figuraban en todos los hogares. Se instauró una serie de rituales maoístas que penetró en todos los aspectos de la vida de los chinos, desde el momento de levantarse hasta el de acostarse. También en los lugares de trabajo se reproducían estas ceremonias:

"Las tiendas abren sus puertas unos quince minutos antes del inicio de la jornada laboral, y el personal emprende las actividades de las 'tres lealtades' juntamente con los clientes. Juntos, personal y clientela saludan al presidente Mao, cantan 'El Este es rojo', desean con respeto una larga, larga vida al presidente Mao, y al vicepresidente Lin una excelente salud, y conjuntamente estudian las *Instrucciones supremas* y el 'Prefacio a la nueva edición' [de Lin Biao] de las *Citas del Presidente Mao*."

Citado en: R. Macfarquhar; M. Schoenhals (2009). *La revolución cultural china* (pág. 377). Barcelona: Crítica.

Pero más allá de las repercusiones sociales e ideológicas, las consecuencias de los primeros años de la Revolución Cultural se hicieron sentir en la economía de manera dramática. En 1967, la producción industrial y agrícola cayó cerca de un 10% respecto al año anterior, descenso más acentuado en las ciudades, donde los estragos de los disturbios provocados por los estudiantes y obreros asumieron mayores dimensiones. Incluso el tráfico de mercancías por ferrocarril quedó gravemente afectado –el descenso fue del 25%– por los viajes gratuitos de los guardias rojos y su toma de algunos nudos ferroviarios estratégicos. En el campo, la anarquía afectó a la recolección de las cosechas y el transporte del grano, el abastecimiento de productos y materias fundamentales, e incluso estimuló la proliferación del bandidaje. En 1968, el descenso en la producción no fue tan drástico, pero resultó un año igualmente desastroso para la economía china, y los racionamientos que habían sido habituales desde el inicio de la República Popular llegaron a afectar a productos tan cotidianos como el arroz o el aceite. A pesar de que el gobierno seguía afirmando que la Revolución Cultural estaba siendo un éxito, los problemas generalizados eran

evidentes. En algunas provincias incluso se optó por volver a los sistemas de agricultura familiar, dejando de lado la producción colectiva que había sido el estandarte de Mao en materia de ideología económica.

1.5. El final del maoísmo

Pasada la fiebre inicial de la Revolución Cultural, a partir de 1969 se inicia la reconstrucción de la administración y la estructura del Partido. Se procedió a abrir nuevamente las universidades y las escuelas (a pesar de que no ocurrió lo mismo con los exámenes de acceso; éste dependía de las recomendaciones de los candidatos que realizaban las unidades de trabajo basándose en criterios políticos). Dos hechos significativos y muy relacionados marcan el inicio de la década de 1970: el alejamiento de Mao y Lin Biao y el acercamiento del primero a Estados Unidos, ante el que Lin se mostraba receloso.

En 1971, el secretario de Estado estadounidense, Henry Kissinger, visitó oficialmente China. El mismo año, la Asamblea General de las Naciones Unidas admitió a China como estado miembro, en detrimento de Taiwán. En febrero de 1972, tras la desaparición de Lin Biao, Richard Nixon visitó China en un gesto al mundo de los reequilibrios geopolíticos que se estaban produciendo en Asia oriental. Estados Unidos reconoció que Taiwán era parte integrante e indivisible de China y decidió retirar sus fuerzas de la isla que hasta entonces había sido un elemento fundamental de su estrategia en el Pacífico asiático.

Lin Biao murió en 1971 de manera inesperada en circunstancias poco transparentes, cuando el avión en el que huía después de que su propio hijo hubiese planeado atacar a Mao se estrelló en territorio de Mongolia. La caída de Lin Biao llevó a la población a un escepticismo fundamentado hacia la cúpula del Partido Comunista: después de una campaña de glorificación de Lin Biao, ahora tenían que aceptar que el supuesto sucesor de Mao era en realidad un traidor. De hecho, el pueblo chino ya se había acostumbrado a cambiar repentinamente de actitud hacia sus líderes: Liu Xiaoyi, Peng Dehuai y Deng Xiaoping ya habían pasado de ser líderes a ser vilipendiados por la propaganda oficial. El pueblo respondía a los llamamientos de crítica masiva pero cada vez lo hacía con menos convencimiento.

De hecho, entre 1971 y 1976 se produjo una lucha constante por el poder entre los radicales que Mao había encumbrado, cuya base era la ciudad de Shanghai, y los representantes del ala pragmática dentro del Partido. Los radicales estaban encabezados por la esposa de Mao, Jiang Qing, cabeza visible de la llamada Banda de los Cuatro, que desde los primeros compases de la Revolución Cultural había actuado como ejecutora de los planes de su marido. Por su parte, el primer ministro Zhou Enlai (1898-1976), siempre partidario de las políticas de tipo pragmático a pesar de que nunca desafió directamente a Mao Zedong, consiguió recuperar de las purgas de la Revolución Cultural a Deng Xiaoping, nombrado viceprimer ministro y miembro del Comité Permanente del Politburó en 1973 y 1975, respectivamente. El énfasis de Zhou en la re-

Bibliografía

Para ampliar este subapartado, vea:

R. Macfarquhar; M. Schoenhals (2009). *La revolución cultural china* (pág. 459-645). Barcelona: Crítica.

J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 609-659). Nueva York: Norton.

R. MacFarquhar (1991). "The Succession of Mao and the End of Maoism". A: MacFarquhar i Fairbank (eds.). *Cambridge History of China. The People's Republic* (vol. 15, pág. 305-341). Cambridge: Cambridge University Press.

cuperación económica a través de las denominadas Cuatro Modernizaciones (que se referían a la agricultura, la industria, la defensa y la ciencia y la tecnología), la recuperación de los exámenes de acceso a la universidad, o la puesta en marcha de una estrategia exportadora de materias primas y de importación de tecnología occidental, fueron percibidos por Jiang Qing y la Banda de los Cuatro como una traición al presidente.

En 1974 era evidente que se avecinaban cambios: Zhou Enlai tenía cáncer, Mao Zedong padecía parkinson y se mantenía cada vez más alejado de la vida política activa; el viejo camarada de armas de Mao, Zhu De, había superado ya los ochenta años. Los miembros de la Banda de los Cuatro seguían sin embargo fieles a sus ideas radicales: defendían el mantenimiento de las comunas nacidas con el Gran Salto Adelante, insistían en la necesidad de un buen origen de clase (es decir, haber nacido en familias campesinas pobres o de trabajadores industriales) para ser admitido en las escuelas; continuaban afirmando la necesidad de desplazar a los jóvenes educados en las ciudades hasta el campo; incluso seguían impulsando la figura de los médicos descalzos –en 1974 alcanzaron la cifra de un millón–; desconfiaban de las tendencias aperturistas de China en el escenario internacional; y, por encima de todo, insistían en la necesidad del control político de las artes y la literatura, cuyo único fin debía consistir en enseñar y ensalzar la pureza revolucionaria.

Zhou Enlai, Deng Xiaoping y otros planificadores de marcado talante pragmático seguían una dirección contraria, reclamando la necesidad de la modernización global de China, para lo cual contaban incluso con la colaboración de expertos extranjeros. A pesar de haber caído en desgracia en 1966, Deng mantenía un importante grupo de apoyo dentro del Partido Comunista. La habilidad de Deng para contrarrestar las políticas de la Banda de los Cuatro lo convirtió en su principal enemigo. En 1974 declaró que la "autoconfianza" en las capacidades de China que proclamaban los Cuatro –excusa para no tener que recurrir a la cooperación con Estados Unidos–, no implicaba necesariamente una "autorreclusión". Los radicales, por su parte, atacaban con campañas que criticaban los esfuerzos modernizadores que un siglo atrás habían encabezado Li Hongzhang y Zhang Zhidong, subterfugio indisimulado para atacar a Zhou y Deng, respectivamente.

En este contexto surge la figura de Hua Guofeng (1921-2008), que había apoyado el desarrollo en Hunan del Gran Salto Adelante y posteriormente de la Revolución Cultural, y después de investigar los supuestos intentos de asesinato de Mao por parte de Lin Biao fue promovido a ministro de Seguridad Pública en 1975. Hua apoyaba las comunas como modelo de desarrollo económico, tal como hacía la Banda de los Cuatro, pero con medidas eficientes de modernización, no sólo mecanización, que tenían que permitir un aumento exponencial de la producción agrícola del país. En otras palabras, Hua apoyó las Cuatro Modernizaciones que ya habían descrito Zhou Enlai y Deng Xiaoping, aunque reelaboradas bajo la retórica maoísta. A finales de 1975 las ideas

de Hua habían alcanzado todas las provincias, y cerca de un millón de funcionarios del Partido fueron enviados al campo para aprender los nuevos métodos que proponía.

El 8 de enero de 1976 Zhou Enlai falleció después de una larga enfermedad. Mao no expresó ningún pesar ni asistió a los funerales de Estado. El país entero entró en un estado de duelo colectivo como muestra de estima a Zhou por la imagen de estabilidad y orden que había proyectado en los momentos más difíciles. Deng Xiaoping leyó en el funeral un panegírico de apoyo y adhesión total a la figura de Zhou y todo lo que éste había representado. Poco después, en febrero, Hua Guofeng fue nombrado primer ministro en sustitución de Zhou. En estas circunstancias, tras la muerte de su principal valedor, la campaña de los radicales contra Deng tardó poco en intensificarse.

El 4 de abril de 1976, en la festividad china de los difuntos (*Qingmingjie*) miles de personas acudieron espontáneamente a rendir tributo a Zhou ante el memorial a los mártires de la revolución de la plaza de Tiananmen. Los primeros enfrentamientos y arrestos no se hicieron esperar. En otras ciudades se realizaron homenajes similares. Aún así, a pesar de que las manifestaciones populares dejaban clara la posición del pueblo chino, Deng Xiaoping fue destituido de todos sus cargos tres días después y Hua Guofeng se convirtió en vicepresidente del Partido Comunista Chino. Aparentemente, los radicales habían vencido en la pugna contra los pragmáticos.

En esos mismos meses murió el mariscal Zhu De, y poco después, en julio de 1976, se produjo el terremoto de Tangshan (Hebei), que causó 250.000 muertes en la región. El desastre, que fue percibido popularmente como una señal de los cambios que se avecinaban, se giró en contra de Jiang Qing y la Banda de los Cuatro, que intentaron usarlo políticamente a su favor. Finalmente, el 9 de septiembre de 1976, muere Mao Zedong. Más de 300.000 personas asistieron a su funeral para rendirle homenaje, pero el sentimiento popular estuvo muy lejos de la sinceridad mostrada meses atrás con motivo del fallecimiento de Zhou Enlai.

Sin dar señales que los pusiesen en alerta, Hua Guofeng ordenó a inicios del mes de octubre el arresto de la Banda de los Cuatro. Hua contó con el apoyo del comandante militar de Beijing, Wang Dongxing, hombre fiel a Mao y encargado de la seguridad del presidente desde hacía décadas. La Banda fue acusada de organizar complots diversos, intentar formar un ejército propio, proponer medidas ineficaces y erróneas, incitar a las masas a destruirse a sí mismas, conseguir interrumpir la producción industrial, humillar a los veteranos del Partido sin motivos razonables, sabotear con sus acciones el comercio exterior, etc. Hua se convirtió inmediatamente después en el presidente del Comité Central del Partido Comunista Chino y de la Comisión Militar, cargos que sumó a su presidencia de la República Popular. De este modo, reunía en su persona el control del Partido, del Ejército y del Estado.

2. De la China de las reformas al siglo XXI

Tras la muerte de Mao y los disturbios políticos que se suceden, China entra en una nueva era de reconstrucción política, económica y social. Deng Xiaoping se convierte en el principal actor de este periodo, alejándose del pasado más inmediato y sentando las bases que marcan, por un lado, el imparable ascenso económico del país hacia el siglo XXI y, por otro, los titubeos frente a las necesidades de reforma política. El mismo Deng pondrá fin al doloroso recuerdo de las agresiones occidentales del pasado cuando lidere las negociaciones para la retrocesión de Hong Kong a China. Aunque morirá meses antes de que ésta sea efectiva, sus sucesores continuarán con su línea política de crecimiento económico, apertura al contexto internacional y freno a las reformas políticas.

2.1. La era de las reformas

La ascensión de Deng Xiaoping como líder de China no fue inmediata ni sencilla. La situación dentro del Partido se caracterizaba por su compleja inestabilidad, la tarea de reconstrucción que esperaba a los dirigentes chinos era ardua y limitados los medios con que contaban. Aún así, cuando Deng se convirtió en el nuevo timonel del Partido y del gobierno chino, se inició un proceso de transformación global en lo económico que se alejó de los devaneos ideológicos de la era de Mao Zedong y fijó las bases de la posición actual de China en el mundo global contemporáneo.

2.1.1. El gobierno de Hua Guofeng y la rehabilitación de Deng

Durante los acontecimientos que marcan el ascenso de Hua Guofeng, Deng Xiaoping había abandonado Beijing y se había refugiado en la provincia de Guangdong, donde contaba con la protección del gobernador militar de la región. El apoyo de éste y otros altos cargos del Partido y la presión popular provocaron que, en julio de 1977, Hua Guofeng se viese obligado a aceptar que Deng fuese reelegido viceprimer ministro y regresase al Politburó y a la Comisión Militar. Durante los dos años siguientes, entre 1977 y 1978, la política china mantendrá una evolución ambigua, fruto de los diferentes planteamientos de Hua y Deng. Se mantendrán las comunas y se perseguirá la economía rural privada, pero se desarrollará el sistema de aeropuertos, se mejorarán las infraestructuras portuarias, se invertirá en oleoductos, se realizarán pruebas nucleares, se lanzarán satélites, se impulsarán los intercambios comerciales con Estados Unidos, etc. No fue hasta finales de 1978, concretamente en la reunión del Comité Central del Partido Comunista, cuando se oficializó la política de las cuatro modernizaciones, a la vez que se permitió a las familias realizar actividades complementarias a las fijadas por la planificación estatal.

Bibliografía

Para ampliar este subapartado, ved:

J. Gardner (1982). *Chinese Politics and the Succession to Mao*. Londres: Macmillan.

R. Baum (1994). *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*. Princeton: Princeton University Press.

H. Harding (1981). *China's Second Revolution: Reform After Mao*. Washington: Brookings Institution.

Significativamente, se trata de un momento de intensa y decisiva actividad en el ámbito de las relaciones internacionales. China decide apoyar enérgicamente al gobierno de Pol Pot en Camboya, a pesar de las atrocidades que estaba cometiendo. Las tensiones con la Unión Soviética cobran nueva intensidad con la intervención de ésta en el conflicto de Vietnam. Lo que contrasta con la ratificación de las relaciones con los Estados Unidos, después de que la administración Carter decidiera normalizar de manera definitiva los vínculos diplomáticos con China, estancados desde 1972 por la implicación de Nixon en el asunto Watergate. A ello hay que sumar acuerdos económicos con Francia, Gran Bretaña y Japón. Se trata, pues, de un periodo en el que el gobierno chino toma una dirección claramente participativa en el escenario internacional, al contrario de lo que los radicales habían pretendido en los años anteriores.

Por lo que se refiere a los asuntos internos, se ponen en marcha ambiciosos planes de modernización en todos los ámbitos, comenzando por el más básico, la educación, que había representado uno de los campos de batalla más importantes de las campañas de Mao. Se desarrolla un proyecto para la formación de 800.000 investigadores en temas prioritarios de tecnología; se implementan políticas para abrir 88 universidades, en las que el acceso está regulado por exámenes rigurosos, y decenas de escuelas técnicas; en 1978 se envían 480 estudiantes al extranjero; y se rehabilita a los científicos que habían sido desplazados al campo. De manera similar, se conmutan las condenas de todos los presos encarcelados erróneamente desde 1957 por supuestos crímenes de rechistas. Y, como símbolo del cambio de régimen producido, aparece en Beijing una pancarta en la que se denuncia que Mao Zedong había apoyado a la Banda de los Cuatro y permitido los ataques a Deng.

Una de las decisiones más fundamentales para asegurar la viabilidad del proceso de modernización consistió en la creación de las Zonas Económicas Especiales. Se trata de pequeñas zonas urbanas en las que se intenta incentivar la inversión de compañías extranjeras, ofreciendo a cambio unas condiciones ventajosas para los inversores. En julio de 1979 se crearon las cuatro primeras en las provincias de Guangdong y Fujian –las zonas de Zhuhai, Shenzhen, Shantou y Xiamen–. Además de las ventajas que representaba invertir en un país en vías de desarrollo, el gobierno chino prometía a las compañías extranjeras la edificación de plantas industriales, la formación de trabajadores cualificados con salarios bajos, una importante reducción de tasas e impuestos, además de incentivos financieros.

Aún así, la respuesta inicial fue tímida, en parte debido a la falta de preparación de los trabajadores, la lentitud de la burocracia china y la baja calidad de los resultados, a pesar de la fuerte inversión que realizó el gobierno chino. Además, en esas zonas de economía mixta aparecieron importantes problemas sociales, algunos de los cuales se convertirían en exponentes de la nueva sociedad que se estaba gestando: mercado negro, corrupción, prostitución, bandas criminales, etc. A pesar de todo, en la década posterior las Zonas Económicas Especiales se convertirían en uno de los motores fundamentales del desarrollo

Bibliografía

Sobre las reformas económicas, podéis consultar las obras siguientes:

Barry Naughton (2007). *The Chinese economy. Transitions and growth*. The MIT Press.

Ezra F. Vogel (2011). *Deng Xiaoping and the transformation of China*. Harvard Belknap Press.

económico de China. De todos modos, el establecimiento de las regiones económicas especiales estaba condicionado al desarrollo de industrias dirigidas hacia la exportación de productos. En las zonas económicas especiales se permitía la importación de bienes de equipamiento y de bienes de producción, que servían para fabricar productos acabados que después se exportaban: al principio estos bienes tenían poco valor añadido y necesitaban poca inversión tecnológica, como por ejemplo el textil, pero poco a poco se fue desarrollando una industria electrónica que dependía mucho de las inversiones asiáticas. En estas zonas, China copió el modelo de desarrollo que tanto éxito había tenido tanto en la economía japonesa como en los llamados tigres asiáticos: Hong Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur.

En el campo se impulsaron las llamadas "actividades complementarias", que habían sido objeto de ataque por parte de los radicales de izquierdas en los últimos años y que, a partir de entonces, permitieron a los campesinos diversificar sus actividades económicas y completar sus ingresos más allá de la explotación agrícola. Para alivio de los campesinos, el gobierno aumentó los precios que pagaba por el cereal que formaba parte de la cuota de producción, al tiempo que rebajó los precios de los insecticidas, la maquinaria agrícola, los fertilizantes, etc. Pero lejos de repercutir estos costes en el consumidor urbano, se previeron subsidios a los precios de los alimentos para asegurar un aumento proporcionado.

Los campesinos podían tener libremente pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas y la producción de bienes de alimentación se multiplicó. En los años ochenta emergieron pequeños mercados locales que vendían estos excedentes, lo que permitió mejorar el nivel de vida de la población. Poco a poco, estos productos producidos privadamente se fueron distribuyendo por la ciudad, donde convivían los mercados oficiales (con precios fijados por el Estado) con mercados privados (al principio prácticamente clandestinos), en los cuales había mucha más oferta de productos, a pesar de que los precios eran más caros. Deng Xiaoping permitió esta situación y durante un tiempo en China había dos tipos de precios que convivían, en lo que se denominó mecanismo de doble carril.

Una de las cuestiones más importantes a resolver hacía referencia a la lectura que se debía hacer del pasado reciente del Partido y a la valoración de la figura de Mao. Se procuró realizar una síntesis que, a pesar de ser ambivalente, permitía considerar al presidente como la figura más fundamental dentro de la historia del Partido, al tiempo que se podía criticar una parte de su obra. Se afirmó que las Cuatro Modernizaciones que Deng Xiaoping y Zhou Enlai habían defendido como base para la reconstrucción de China estaban ya implícitas en el pensamiento de Mao. Pero se admitió que el presidente no había estado libre de "errores y faltas". El objetivo último era integrar las ideas del maoísmo con la práctica concreta de la modernización, al tiempo que se podía

dar marcha atrás a algunas de las decisiones tomadas por Mao. Por ejemplo, en enero de 1979 se eliminaron las discriminaciones de clase a los hijos de terratenientes o campesinos ricos.

Gracias a su mayor influencia dentro del Partido, el peso de Deng en la dirección del gobierno era más decisivo que el de Hua Guofeng, a pesar de que éste ocupaba todavía los cargos de máximo rango. Muestra de ello, Deng viajó en 1979 a Estados Unidos, donde se entrevistó con el presidente Carter y diversos congresistas, y posteriormente visitó las sedes de la NASA en Houston, de Coca-Cola en Atlanta o de Boeing en Boston; y en su viaje de regreso realizó una escala en Tokio, donde se entrevistó con el primer ministro Masayoshi Ohira. Tras ocupar la portada de la revista *Time*, Deng Xiaoping se había erigido como el gran líder de la China postmaoísta en el panorama nacional e internacional.

2.1.2. La quinta modernización

A finales de 1978, en diversos muros de Beijing comenzaron a aparecer artículos manuscritos que reclamaban de manera abierta las libertades democráticas. En el nuevo clima de aperturismo que se estaba forjando, tan alejado de las sendas seguidas durante el periodo de Mao, parecía posible e incluso razonable el nacimiento de nuevas formas de expresión para los intelectuales. Tras casi tres décadas en las que no había sido posible pronunciar una sola palabra contra la ortodoxia ideológica que marcaba el Partido si no se quería pasar a formar parte de las cuotas de exiliados al campo o los centros de trabajo, los jóvenes intelectuales comenzaron a expresarse con más libertad.

Aquel mismo año, los periódicos controlados por el Estado habían empezado a publicar textos sobre los horrores de la Revolución Cultural, lo que posteriormente sería conocido como "literatura de las cicatrices"; se volvieron a publicar algunas obras que habían estado prohibidas durante las décadas anteriores; se organizaron congresos sobre religiones, tema que pocos años antes había sido considerado tabú; aparecieron nuevas revistas y boletines publicados por particulares en los que colaboraban los jóvenes intelectuales más destacados del momento. Pero la forma de expresión más inmediata y popular eran los carteles que se adherían en las paredes. Entre los lugares escogidos para hacer públicos sus pensamientos, destacó un muro de grandes dimensiones situado junto a la pared oeste de la Ciudad Prohibida que acabaría siendo conocido como el "muro de la democracia".

Muchos de los breves ensayos o poemas que aparecían en los muros eran simples panegíricos a Deng Xiaoping, popularmente considerado por muchos como el dirigente que había conducido a China y su pueblo hacia una nueva era. También existían críticas más o menos directas o veladas a Mao Zedong. Entre todos los escritos que aparecieron a finales de 1978, destaca una pancarta titulada *La quinta modernización*, escrita por un joven llamado Wang Jingsheng. La modernización a que aludía el título, y que no se encontraba entre las que

Bibliografía

Sobre este subapartado, ved:
A. J. Nathan (1986). *Chinese Democracy*. Berkeley: University of California Press.

Zhou Enlai y Deng Xiaoping habían impulsado, era la democracia, que debía sustituir a la "autocracia" del Partido que asfixiaba a los obreros y campesinos de toda China.

El mismo mes de diciembre en que aparece el texto de Wei Jingsheng, empiezan a producirse manifestaciones en las calles para reclamar libertad, democracia y respeto por los derechos humanos. Lo que inicialmente es un movimiento poco significativo de unos pocos activistas, a inicios de 1979 se convierte en un movimiento de masas que arrastra a miles de jóvenes, trabajadores e incluso obreros llegados de fuera de Beijing para reclamar el derecho a una vivienda digna, que se acabasen los problemas del hambre y la miseria que todavía se sufrían en muchas regiones, seguridad y estabilidad laboral, etc. Es posible que Deng hubiese alentado el movimiento en sus momentos iniciales, ya que desde un inicio había sido muy crítico con la posición de Hua Guofeng, pero a mediados de enero las manifestaciones habían ido demasiado lejos y el Partido decidió actuar con celeridad. En las semanas posteriores se sucedieron los arrestos de escritores y editores sospechosos de haber participado en los acontecimientos o de haberlos instigado. El mismo Wei Jingsheng fue detenido y juzgado sumariamente, acusado incluso de espionaje. Deng Xiaoping condenó públicamente los excesos del movimiento que inicialmente lo había señalado como el liberador del pueblo chino. Finalmente se clausuraron todos los periódicos que habían aparecido durante los meses anteriores y se arrancaron todos los carteles de los muros.

Quedaba claro que no había lugar para una quinta modernización en el nuevo programa político del Partido Comunista Chino.

2.1.3. Deng, nuevo timonel de China

Aunque Hua Guofeng ocupó hasta 1980 los cargos de más alta jerarquía dentro del Partido, el Estado y el Ejército, Deng mantenía unos vínculos más sólidos con los máximos dirigentes de las instituciones fundamentales del país y los intelectuales. Teniendo en cuenta las circunstancias que le habían permitido llegar al poder, Hua era considerado el sucesor de Mao. Pero después de la detención de la Banda de los Cuatro y el derribo del ala radical del Partido y de los últimos residuos de la Revolución Cultural, ese honor era interpretado de un modo dual. En 1976 había defendido que era necesario seguir ciegamente las palabras de Mao para asegurar la continuidad de su legado.

Sin embargo, desde entonces la situación política dentro del Partido había evolucionado enormemente, se había criticado directamente las acciones y decisiones de Mao, de modo que la postura de Hua era vista con más recelo que admiración. Por su parte, en una muestra de habilidad y estrategia que eran características de su persona, Deng hizo suyo el lema maoísta de "buscar la verdad en los hechos". La práctica, la acción, las decisiones que se podían

Bibliografía

Sobre este subapartado, ved:

J. Gardner (1982). *Chinese Politics and the Succession to Mao*. Londres: Macmillan.

R. Baum (1994). *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*. Princeton: Princeton University Press.

H. Harding (1981). *China's Second Revolution: Reform After Mao*. Washington: Brookings Institution.

aplicar de manera inmediata, eran el único principio que debía armar la reconstrucción de China. Esta actitud le confirió a Deng una imagen pública de político pragmático, alejado de radicalismos ideológicos.

Deng consiguió impulsar el ascenso al poder de Hu Yaobang (1915-1989), pragmático defensor de la necesidad de la modernización científica y tecnológica del país que además era recibido con agrado en los círculos intelectuales. En 1980 Hu Yaobang se convirtió en miembro del Comité Permanente del Politburó y fue nombrado secretario general del Partido. Junto a él ascendió Zhao Ziyang (1919-2005), conocido por sus políticas muy pragmáticas y eficientes que permitieron la recuperación agrícola en regiones devastadas; ese mismo año pasó a formar parte del Comité Permanente y poco después fue nombrado primer ministro, en sustitución de Hua Guofeng. De este modo, en 1980 Deng ya había pasado a controlar *de facto* todos los órganos de dirección de la República Popular, ya fuese directamente con sus propias manos, ya a través de sus protegidos. El último de los cargos que ostentó Hua Guofeng fue el de presidente de la Comisión Militar; pero las relaciones de Deng dentro del ejército le aseguraron el control real del estamento castrense.

Arrinconado Hua, entre 1980 y 1981 Deng puso en marcha una de las tareas más delicadas para el Partido Comunista: llevar a cabo una revisión y evaluación oficial del legado de Mao Zedong. Como conclusión de este proceso, se criticaron los excesos izquierdistas del fundador de la República Popular: se estimó que Mao había actuado correctamente en un 70% de sus decisiones; los errores que constituían el 30% restante habían llegado fundamentalmente al final de su vida, especialmente con los disturbios de la Revolución Cultural. No obstante, el dictamen final establecía que, a pesar de esos errores, el valor del pensamiento de Mao y su papel en la revolución y el liderazgo del país eran innegables: la única vía para salvar a China era el socialismo.

Con la evaluación del legado del Partido, se inició la rehabilitación de los líderes que habían sido perseguidos durante algunas de las campañas maoístas. Entre ellos, Liu Shaoqi –fallecido durante la Revolución Cultural–, considerado de manera oficial un traidor al Estado y al Partido. En el mismo contexto, en 1980 se iniciaron los juicios a la Banda de los Cuatro. Sus miembros fueron acusados de causar la muerte de 35.000 personas durante la Revolución Cultural y de haber mantenido vínculos con el Kuomintang en los inicios de la revolución. Jiang Qing y Zhang Chunqiao fueron condenados a muerte (aunque nunca ejecutados), Wang Hongwen a cadena perpetua y Yao Wenyuan a 18 años de cárcel. Con la evaluación de la obra de Mao, la relegación de Hua Guofeng y la condena de la Banda de los Cuatro, Deng había conseguido acabar con cualquier vestigio de izquierdismo radical y dejado clara la línea política por la que iba a apostar.



Deng Xiaoping
Fuente: Jonathan Spence;
Anping Chin (1996), *The
Chinese Century. A Photographic
History*, Londres: Harper &
Collins.

2.1.4. Desafíos demográficos

Uno de los primeros retos a los que el gobierno de Deng tuvo que enfrentarse para conseguir que los cambios económicos planificados llegasen a buen puerto consistía en controlar el fuerte crecimiento que experimentaba la población de China. El diagnóstico lo presentó el censo estatal que se finalizó en julio de 1982: había en China un total de 1.008 millones de habitantes, entre los cuales destacaban los 160 millones de mujeres de entre 10 y 24 años, con el peligro de *babyboom* que este grupo representaba. Era necesario llevar a cabo actuaciones inmediatas.

El problema demográfico no era desconocido, y ya desde la primera década posterior a la fundación de la República Popular se había hecho explícito. En 1953 se aprobaron leyes de control y aborto. Poco después, en 1956, Zhou Enlai volvió a insistir en la necesidad de controlar el índice de nacimientos. Pero los intentos iniciales quedaron frustrados por el posicionamiento personal de Mao Zedong y las campañas antiizquierdas de 1957: los defensores de las medidas de control demográfico fueron en su mayoría purgados y durante el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural no existió ninguna iniciativa similar.

En 1980 se inician las primeras medidas, con la promulgación de una nueva ley del matrimonio. Las campañas de educación familiar que se llevan a cabo por todo el país impulsan que el primero –e idealmente último– hijo se tenga a partir de los 25 años. Se refuerzan los métodos de control, imponiendo la implantación del DIU en las mujeres que ya tengan un hijo y la esterilización del marido o la mujer después del nacimiento del segundo. Se fijan cuotas de esterilización por provincias y en muchos casos se obliga al aborto en casos de gestación adelantada. Los padres con un solo hijo se benefician de contratos privilegiados para el uso de las tierras agrícolas con la condición de no tener un segundo hijo. Resultado de estas campañas –conocidas popularmente como "política del hijo único"–, en septiembre de 1981, 16 millones de mujeres habían sufrido una ligadura de trompas y se había practicado la vasectomía a 4 millones de hombres (Spence, 1996, pág. 686).

El problema demográfico no se limitaba sólo al volumen de la población. El aumento de productividad del país no podía esconder la acuciante falta de tierras de uso agrícola, como lo demuestra la cantidad de tierra disponible per cápita (tabla 2), en parte consecuencia de los desastres del Gran Salto Adelante –deforestación, contaminación, malos proyectos de irrigación– que habían puesto en peligro superficies importantes de tierras agrícolas, y también del crecimiento del país –ferrocarriles, vivienda, carreteras, etc., que sólo podían ampliarse a costa de las tierras expropiadas–. A pesar del aumento de productividad, se había llegado a una acentuada escasez de tierras. Otro de los grandes problemas causados por la demografía afectaba a las ciudades: la inversión

Bibliografía

Para ampliar las cuestiones demográficas, ved:

J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 682-694). Nueva York: Norton.

T. White (1994). "The Origins of China's Birth Planning Policy". A: C. Gilmarin; G. Hershatter; L. Rofel; T. White (eds.). *Engendering China: Women, Culture and the State*. Cambridge: Harvard University Press.

S. Wong (1984). "Consequences of China's New Population Policy". *China Quarterly* (núm. 98, pág. 221-240).

pública en industria había descuidado la vivienda, y a la muerte de Mao las familias urbanas vivían amontonadas en pequeñas habitaciones, que en la mayoría de los casos se encontraban en un estado deplorable.

Tabla 2. Tierras agrícolas per cápita en China y Estados Unidos (1978-79) (en millones de hectáreas)

País	Superficie total	Superficie agrícola	Superficie per cápita (m ²)
China	960	99	1.010
EE. UU.	930	186	8.090

Fuente: adaptado de J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 687). Nueva York: Norton.

El crecimiento económico experimentado había implicado notables mejoras en el sistema sanitario. Ello contribuyó a la aparición de un problema vinculado a las sociedades en desarrollo: la edad creciente de la población, con una esperanza de vida que aumentaba considerablemente en las regiones urbanas (tabla 3).

Tabla 3. Esperanza de vida, 1957-1981

Año	Hombres		Mujeres	
	Zonas urbanas	Zonas rurales	Zonas urbanas	Zonas rurales
1957	63,5	59	63	59,7
1981	69	65,5	72	68,5

Fuente: adaptado de J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 688). Nueva York: Norton.

Precisamente, el desequilibrio entre el mundo rural y el urbano se convertirá en uno de los retos de mayores dimensiones que Deng Xiaoping y sus sucesores no conseguirán resolver. Para evitar un trasvase incontrolado de población de las regiones agrícolas –con un menor desarrollo económico y deficientes infraestructuras sanitarias, sociales y educativas–, se introdujeron y mejoraron las medidas legales de control y registro de la población (el conocido *hukou*).

Pero aún así, las urbes, especialmente las de la costa, concentraban el mayor crecimiento del país, acentuando las disparidades económicas con respecto a las regiones rurales del interior y marcando el inicio de un proceso de urbanización de la población que es uno de los máximos exponentes de la China del siglo XXI: del 17,4% de población urbana en 1976 se pasó al 20,2% en 1981 y al 23,5% en 1983 (Spence, 1991, pág. 689).

El último gran reto al que debían responder los gobernantes chinos era el de la estructura y el nivel de formación de la fuerza de trabajo. La vida laboral comenzaba, por término medio, a una edad muy temprana y también finalizaba antes que en la mayoría de los países industrializados. Era necesaria una reforma que acabase con dicha tendencia, ya que ésta impedía la formación

de los trabajadores jóvenes y generaba un volumen importante de población dependiente en edad todavía productiva. En 1982, sólo el 38% de los trabajadores chinos tenía entre 35 y 60 años, franja en la que se suponen los mayores niveles de experiencia y competencia. De hecho, el mercado laboral chino se caracterizaba por su bajo nivel educativo: según el censo de 1982, el 28% de los trabajadores eran analfabetos y el 34% habían abandonado los estudios tras la educación primaria. Por lo que se refiere a la población campesina, el 74% no había ido más allá de la primaria. Pero el problema del bajo nivel de cualificación de los trabajadores afectaba también al Partido: un 27% de sus cuadros y de los miembros del sistema administrativo estaba en la misma situación, y sólo el 5,8% poseía educación universitaria (Spence, 1991, pág. 689-690).

Las medidas llevadas a cabo por el gobierno de Deng Xiaoping conllevaron mejoras notables en la educación, que redundaron a lo largo de la década siguiente en la mejor formación y capacitación de la población laboral china. Sin embargo, las raíces de la problemática demográfica de China han persistido hasta nuestros días. El problema de la superpoblación no ha quedado resuelto con las políticas de control de población, y aunque la política del hijo único ha contribuido a que este problema no se haya acentuado aún más, al mismo tiempo ha tenido efectos perniciosos, como por ejemplo un fuerte desequilibrio en la ratio de sexos o el preocupante envejecimiento de la población que apunta a un aumento alarmante de la población dependiente en un futuro inmediato. Al tiempo que los desequilibrios socioeconómicos entre el mundo rural y urbano se han acentuado, muy a pesar de los esfuerzos de las autoridades centrales del Partido.

2.1.5. Nueva economía, nuevas contradicciones

Entre 1978 y 1982 Deng concentró sus esfuerzos en que China pudiera modernizarse a nivel económico y tecnológico, además de asegurarse de que en el terreno diplomático participase con garantías como actor cada vez más destacado en el contexto internacional. Pero a partir de entonces se encontró en la difícil situación de seguir contentando tanto a los que se habían visto beneficiados por las reformas como a los que, en el seno del Partido, reclamaban cautela. Muestra de ello, la política de los años posteriores no sigue una línea clara y progresiva, y se caracteriza por los avances bruscos en unos aspectos y las pausas e incluso retrocesos espectaculares en otros.

En el campo, a lo largo de la década de 1980 se acabó con los últimos vestigios de la economía comunal. No se trataba únicamente de que la familia volviese a ser la unidad básica de producción y se diversificasen las actividades rurales. Además se permitieron los arrendamientos de las tierras, primero con contratos de quince años, y a partir de 1987 de cincuenta, tras los cuales se permitía transmitir las tierras a los descendientes, en un sistema disimulado de herencia en un país donde no existía la propiedad privada. Incluso la maquinaria de las antiguas comunas pasó a engrosar el mercado de alquileres que proliferó

Bibliografía

Sobre los contenidos de este subapartado, ved:

R. Baum (1994). *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*. Princeton: Princeton University Press.

G. White (1993). *Riding the tiger: The Politics of Economic Reform in postMao China*. Basingstoke: Macmillan.

J. Spence (1991). *The Search For Modern China* (pág. 675-697). Nueva York: Norton.

J. Wasserstrom; X. Liu (1995). "Student Associations and Mass Movements". A: D. Davis; R. Kraus; B. Naughton; E. Perry (eds.). *Urban Spaces in Contemporary China*. Cambridge: Cambridge University Press.

esos años. La consiguiente mejora generalizada de la renta entre las familias rurales conllevó, no obstante, una intensificación de las desigualdades en las regiones menos favorecidas por las reformas.

De manera paralela, se suprimió el control estatal de los precios de buena parte de los productos de consumo diario y de la gestión de las empresas públicas, lo que afectó a los salarios, la inversión o la distribución de beneficios. El objetivo prioritario de estas reformas era la rentabilidad del sector público, no únicamente mantener intacto el "cuenco de arroz de hierro" –es decir, la estabilidad laboral y económica de sus trabajadores–. Al mismo tiempo, desde el inicio de la década, el número de empresas privadas se multiplicó. Entre las nuevas empresas que se crean a lo largo de la década de 1980 –desde pequeños negocios familiares a grandes fábricas– sólo una reducida minoría son de titularidad pública. Muy significativo es el aumento del empleo de mujeres en el servicio doméstico, sector que hasta entonces había sido considerado inconcebible en un país que había hecho de la lucha de clases uno de sus estandartes.

También el Ejército fue objeto de una profunda remodelación. Su implicación en algunos acontecimientos recientes –fundamentalmente durante la Revolución Cultural– exigía una reforma de su estructura, sus mecanismos de actuación y sus funciones. La vieja idea de Mao Zedong de una respuesta popular en forma de guerrillas ante una invasión extranjera era ya insostenible. El Ejército debía mantenerse al margen de las discusiones ideológicas y ser un cuerpo independiente, profesionalizado y moderno. La formación de los oficiales se encomendó a modernas academias militares, a la vez que su acceso y ascenso en el cuerpo se desligó por completo de su origen. Además, objetivo prioritario para Deng, los militares desaparecieron paulatinamente de las jerarquías más altas del Partido, con el fin de evitar que se repitieran algunos episodios del pasado. Finalmente, la milicia que tanto había promovido Mao desapareció como tal, quedando relegada a fuerza de reserva (Joffe, 1987, pág. 124-133).

Algunos de los esfuerzos reformadores tuvieron consecuencias inesperadas. A pesar de la mejora del sistema educativo, a lo largo de la década de 1980 se produjo un descenso en el número de estudiantes escolarizados en las escuelas primarias. Las reformas económicas en el campo y la necesidad de las familias de mejorar su nivel de vida habían estimulado la proliferación del trabajo infantil y el abandono escolar. Pero las principales contradicciones de las reformas estaban por llegar. La proliferación del consumo, especialmente en las zonas urbanas, generó cautelas y dudas en el seno del Partido. Deng había intentado alejar a éste de la estructura administrativa y la toma de decisiones del gobierno y promovió el reclutamiento de cuadros jóvenes mejor formados que, con el paso de los años, debían sustituir a la vieja retaguardia burocratizada. Además, las campañas contra la corrupción impulsaron la amonestación y expulsión de miles de miembros del Partido Comunista. En su intento

de rejuvenecer el gobierno, Deng Xiaoping fijó límites a los mandatos de los principales órganos del Estado, y en 1987 él mismo se retiró del Comité Permanente del Politburó, aunque retuvo la presidencia de la Comisión Militar.

A pesar de los esfuerzos de Deng Xiaoping, entre las filas del Partido existían opositores de peso a las reformas –o más bien a las consecuencias ideológicas que éstas podían tener–. Para satisfacer a estos sectores más conservadores y conseguir acallar su voz, se llevaron a cabo diversas campañas de rectificación: la de los "cinco énfasis" para mejorar la conducta social, la llevada a cabo contra la liberalización burguesa, la que se dirigía contra la contaminación espiritual, etc. No tuvieron ni el alcance ni las pretensiones de las antiguas campañas ideológicas del periodo maoísta, y su tiempo de vigencia fue breve, pero aún así marcan momentos de retroceso en el avance en las reformas y en la liberalización de la sociedad china. Además, generaron tensiones entre algunos sectores del Partido. Pero fueron los intelectuales y estudiantes los que hicieron explícitas sus protestas ante el carácter regresivo de estas campañas. Ello se traducirá en un malestar especialmente palpable en las ciudades. Ya desde 1985 se suceden pequeñas manifestaciones populares, huelgas, disturbios en los campus universitarios, protestas obreras y de representantes de etnias minoritarias, etc. El alto coste de la vida, los sueldos bajos, los bajos presupuestos educativos o los despidos en las empresas públicas se convierten en un tema reiterado de las protestas. Y a ello hay que sumar los altos niveles de corrupción que se perciben y que agudizan todos estos conflictos.

Las problemáticas sociales irresueltas se mezclan al mismo tiempo con la falta de reformas políticas: en las manifestaciones –las mayores no promovidas por el Partido desde la instauración de la República Popular– se exigen mayores libertades, especialmente de participación política y de prensa. Finalmente, este inestable polvorín social estalló con motivo de la muerte de Hu Yaobang en abril de 1989. Hu, hasta hacía sólo dos años secretario general del Partido Comunista Chino, había sido forzado a abandonar ese cargo precisamente al considerarse que había sido demasiado permisivo durante una ola de protestas estudiantiles que había tenido lugar entre 1986 y 1987.

Al conocerse su fallecimiento, miles de estudiantes se congregaron en la plaza de Tiananmen para rendirle tributo y protestar por el trato que había recibido por parte del Partido. La cercanía del cuatro de mayo y la fuerza simbólica que esta fecha tenía para los estudiantes –cuyas protestas y reclamaciones habían sido desoídas por los dirigentes del Partido– contribuyeron a que el movimiento tomase mayor envergadura. Las asociaciones obreras, con proclamas contra la corrupción y el desempleo, se unieron a los estudiantes, no sólo en Beijing sino en otras grandes ciudades como Shanghai o Nanjing. El movimiento fue aprovechado por otros sectores de la población china para hacer explícita su situación: por ejemplo, en el Tíbet se sucedieron las protestas por la presencia colonizadora de chinos han en la región.

De hecho, la heterogeneidad es una de las características más destacadas del movimiento de protesta de Tiananmen de 1989: se aunaron manifestantes que consideraban que las reformas habían sido insuficientes –los estudiantes– con otros que veían en las reformas el origen de sus males –los obreros–. A pesar de la imagen que en ocasiones se ha querido dar del movimiento como una acción más o menos coherente en favor de la democracia, la realidad fue muy distinta, ya que incluso entre los mismos estudiantes las reclamaciones eran muy dispares, e incluso el término *democracia* era interpretado de manera muy diferente dependiendo de los grupos a los que pertenecían.

Las protestas de Tiananmen tomaron un protagonismo mediático internacional insólito, en gran parte por la coincidencia con la visita del líder soviético Mikhail Gorbachov a Beijing. Muchos de los estudiantes hicieron suyos algunos de los principios de la *glasnost* reformista que Gorbachov había liderado en la Unión Soviética, al tiempo que cientos de reporteros de todo el mundo cubrían la doble noticia de lo que sucedía en Beijing. Pero la presión añadida que ello representaba no sirvió para que el gobierno chino diese su brazo a torcer. Las diferentes reuniones llevadas a cabo entre los representantes estudiantiles y los dirigentes del Partido sólo sirvieron para agudizar las distancias entre ambas partes.

Finalmente, el 20 de abril el Politburó votó a favor de declarar la ley marcial. En la madrugada del 3 al 4 de julio se produjo la llegada masiva del ejército a la plaza para desalojar a los manifestantes. Las cifras oficiales del gobierno chino hablan de 300 muertos como consecuencia de la represión, aunque las fuentes occidentales coinciden en señalar que hubo varios miles de fallecidos entre los manifestantes y, sobre todo, los ciudadanos que murieron aplastados por los tanques en las calles de Beijing. En los días siguientes se produjeron miles de arrestos, y aunque una minoría pudo huir a otros países, la mayoría de los intelectuales disidentes –incluso los que no habían participado en las manifestaciones– acabaron condenados como "rebeldes contrarrevolucionarios".

2.2. China en el mundo global

Las consecuencias políticas de las protestas de Tiananmen fueron inmediatas. El entonces secretario general del Partido, Zhao Ziyang, antiguo aliado de Deng, fue destituido de su cargo por haber declarado inicialmente que las protestas de los estudiantes eran razonables. Su sustituto fue Jiang Zemin (1926-), un político bastante discreto que, sin embargo, había evitado que hubiera muertos en las manifestaciones de estudiantes en Shanghai cuando era el alcalde. Meses después, Jiang sucedió a Deng Xiaoping como presidente de la Comisión Militar del Partido, ostentando dos de los tres máximos títulos que existían en China. Finalmente, en 1993 asumiría la presidencia de la República Popular, con lo que se convertía en el primer dirigente desde Mao Zedong en detentar los tres cargos de manera simultánea.

Bibliografía

- Sobre este subapartado, ved:
- M. Ollé** (2007). *Made in China: El despertar social, político y cultural de la China contemporánea*. Barcelona: Destino.
- J. Nathan** (2004). *Los nuevos dirigentes de China*. Barcelona: Ediciones del Bronce.
- B. Gilley** (1998). *Tiger on the Brink: Jiang Zemin and China's New Elite*. Berkeley: University of California Press.

La reacción internacional ante lo sucedido en Tiananmen se tradujo en embargos y sanciones económicas, aunque sus efectos quedaron rápidamente difuminados y las relaciones comerciales internacionales pronto fueron restablecidas. La fractura entre los intelectuales y el Partido fue más difícil de restaurar. De hecho, los intelectuales no formaban parte de los proyectos inmediatos de Jiang Zemin, ya que éstos se limitaban al restablecimiento del ritmo de crecimiento económico.

Cuando Deng Xiaoping murió en 1997, Jiang heredó un país en crecimiento pero mermado por problemáticas de grandes dimensiones: la corrupción era una constante en todos los niveles del aparato administrativo, en algunas ciudades las cifras de desempleo eran desorbitadas, fruto del cierre obligado de empresas estatales, la emigración interna no regulada alcanzaba un volumen cada vez más problemático y las diferencias entre el mundo rural y el urbano se habían radicalizado. Además, como consecuencia del fuerte ritmo de crecimiento de las dos décadas anteriores, comenzaron a emerger problemas medioambientales difíciles de resolver que amenazaban el posterior desarrollo económico del país.

Jiang Zemin fue más allá en las reformas que había iniciado Deng y aceleró el ritmo. Si con Deng Xiaoping la introducción de la economía de mercado había sido gradual y en connivencia con las empresas públicas, Jiang Zemin y su principal valedor, el economista Zhu Rongji, llevaron a cabo reformas profundas que se implantaron sin debate político ni discusión. Con él se produjo una recentralización de las finanzas y una aceleración de la privatización de aquellas empresas públicas que eran menos rentables. Las zonas económicas especiales se multiplicaron y el comercio exterior chino experimentó un crecimiento que fue acompañado de un fuerte desequilibrio, puesto que China exportaba mucho más de lo que importaba, sobre todo por su relación con los países más desarrollados. Los problemas de vivienda se solucionaron en las ciudades con la anarquía constructora ligada a los permisos públicos y a la emergencia de una clase capitalista muy vinculada a las prerrogativas de los Gobiernos locales. Jiang Zemin permitió que muchos empresarios privados entraran en el Partido Comunista y pasaran a formar parte de los órganos de decisión de los Gobiernos locales. El crecimiento de la ciudad de Shanghai durante aquel periodo es un claro símbolo de aquel frenesí de desarrollo acelerado que, a grandes rasgos, todavía perdura en la China de hoy. A la vez, el crecimiento acelerado de la economía y del comercio exterior facilitó la emergencia de una clase media que cada vez se haría más importante, sobre todo en las ciudades de la costa, y de una clase alta que cada vez asumía con menos complejos el consumo ostentoso de bienes de lujo occidentales. En contraste, los obreros de la construcción que venían de las zonas rurales a completar las faraónicas construcciones vivían en condiciones miserables, hecho que ofrecía una imagen de fuertes desigualdades en las ciudades chinas, que todavía se vive actualmente y que está muy lejos del igualitarismo de Mao.

Ante semejantes dificultades económicas, las reformas políticas quedaron fuera de la agenda de Jiang Zemin. La gestión económica de su gobierno consiguió mantener e incluso ampliar el ritmo de crecimiento del país, a pesar de las dificultades a que tuvo que enfrentarse: a lo largo de su mandato, la economía china creció a un ritmo imparable de más del 8% anual. Ello significó la mejora en el nivel de vida de centenares de millones de chinos, lo que al mismo tiempo ahuyentó de manera paulatina el fantasma de la necesidad de reformas políticas que habían alimentado las protestas de Tiananmen de 1989. Éstas son de hecho las últimas acciones masivas que se han llevado a cabo hasta la fecha contra el gobierno para reclamar la democratización del país.

En el escenario internacional, Jiang continuó cultivando las relaciones con las principales potencias, a pesar de algunos momentos de tensión. En 1997, cuatro meses después de la muerte de Deng Xiaoping, Hong Kong regresó a la soberanía china en un proceso que se desarrolló con plena normalidad, desoyendo las voces más críticas que profetizaban graves problemas sociales y políticos en la ex colonia británica. En el mismo 1997, Jiang visitó Estados Unidos, gesto que el presidente Bill Clinton le devolvió dos años después entrevistándose con él en Beijing. En 1999 se produjo el bombardeo por la OTAN de la embajada china en Belgrado, a lo que Jiang reaccionó con indignación – dirigida básicamente a sus conciudadanos chinos, que habían salido a las calles para manifestarse ante la embajada y varias empresas estadounidenses–, a pesar de que no se tradujo en ninguna medida concreta. Un nuevo incidente se produjo en 2001, cuando un avión de reconocimiento estadounidense fue retenido en la isla de Hainan tras colisionar con un avión del ejército chino. El incidente finalizó con una disculpa escrita firmada por el nuevo presidente de Estados Unidos, George Bush, en el que fue el primer incidente internacional de su mandato.

Ese mismo año China alcanzó un objetivo que había perseguido durante años: el Comité Olímpico Internacional concedió a la ciudad de Beijing la organización de los Juegos del 2008. Un gesto que representaba el pleno reconocimiento del papel que China desempeñaba en el contexto internacional. Y que ponía fin de manera definitiva a las relaciones tormentosas que desde el siglo XIX había mantenido con los países occidentales. El acceso a la Organización Mundial de Comercio ese mismo año confirmaba la posición de China en el mundo globalizado y refrendaba las perspectivas de crecimiento del país.

Entre 2002 y 2004, Jiang Zemin fue retirándose gradualmente a un segundo plano de la vida política china para ceder sus cargos a Hu Jintao (1942-), que inició su andadura como presidente de la República Popular en 2003. Desde el inicio de su mandato, Hu se esforzó por intentar que el crecimiento económico de China no entrase en contradicción con las necesidades sociales del país. No obstante, los momentos más celebrados internacionalmente de su mandato

–con la inclusión del derecho a la propiedad privada en la Constitución en 2004 o la celebración de los Juegos Olímpicos de 2008– no han impedido que sigan sin resolverse algunos de los problemas internos del país.

En la segunda década del siglo XXI, China deberá enfrentarse a retos de dimensiones dispares que amenazan la estabilidad interna del país y el imparable crecimiento económico de las últimas décadas: las grandes dimensiones y el envejecimiento de su población, las altas tasas de desempleo, la crisis del sector público, la fragilidad del sector financiero, la disparidad social y económica entre las regiones rurales del interior y las regiones urbanas, las tensiones interétnicas, los graves problemas medioambientales, la carestía energética, la falta de recursos hídricos, la normalización de las relaciones con Taiwán, etc. Además del desafío que hasta ahora ha quedado relegado de la agenda de todos los gobernantes chinos y que podría comenzar a ser considerado por la próxima generación de dirigentes: la reforma política.

3. Japón bajo el dominio estadounidense, 1945-1952

En otoño de 1945 el pueblo japonés encaró una durísima prueba. Traumatizado y hambriento, contemplaba pasivamente la llegada de los bárbaros del oeste, que tras derrotar a las fuerzas imperiales, pasaban a tomar las riendas del país (tabla 4).

Tabla 4. Tasa de daños provocados por la guerra sobre la riqueza en 1941

Bien	Tasa de daños (en %)
Edificios	24,5
Maquinaria industrial	34,2
Barcos	80,6
Red eléctrica y gas	10,8
Ferrocarriles	9,8
Telégrafos, teléfonos y suministro de agua	15,8

Fuente: adaptado de Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 506). Cambridge: Cambridge University Press.

Se iniciaba un periodo de siete años que iba cambiar, esta vez de un modo más radical, la faz de Japón: se abría una nueva era de oportunidades. Pero esta vez no moverían los hilos austeros y circunspectos samuráis sino un no menos orgulloso general estadounidense. Bajo su férula se legisló en favor de las clases populares, en pos de convertir a los súbditos en verdaderos ciudadanos, y se persiguió a la antigua elite que había reducido la mitad de Asia a escombros. Sin embargo, pronto volvería hacer su aparición el realismo y, tras el comienzo de la guerra fría, el inicial entusiasmo reformista se enfrió y se forjaron nuevas alianzas. A pesar de ello, la impronta estadounidense fue profunda y marcaría el ritmo de la vida política, económica y social durante los años posteriores. La respuesta de la sociedad nipona a tales cambios fue más pragmática que ideológica: había que aceptarlos del mismo modo que había que lidiar con la presencia de las tropas extranjeras, tratando de sacar lo mejor de una mala situación sin empecinarse en luchar contra fuerzas que estaban más allá de su control.

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este apartado, ved:

G.D. Allinson (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.

P. Bayley (1996). *Postwar Japan, 1945 to present*. Oxford: Blackwell.

J. Gravereau (1993). *Le Japon au XXème siècle*. París: Éditions du Seuil.

3.1. El bienio idealista, 1945-1947

Los dos primeros años de ocupación fueron ricos en cambios: empujados por el idealismo de posguerra, los estadounidenses impulsaron un programa de reformas que pretendía provocar una revolución democrática en las islas. No fue ajeno a este proceso la carismática personalidad del SCAP (comandante supremo de las fuerzas aliadas), el general Douglas MacArthur. Tras la rendición, su capacidad para trabajar con los distintos gobiernos japoneses modeló una nueva realidad política económica y social sin que se produjeran enconzonazos demasiado fuertes. Maniobrando con habilidad, de un modo indirecto, supervisando las directivas que él, a su vez, recibía de Washington. Porque pese a que la ocupación estaba nominalmente dirigida por la Comisión del Lejano Oriente y el Consejo Aliado en Tokio –que incluían a la URSS, China y países de la Commonwealth– en realidad se trató de un asunto estadounidense. Como plenamente estadounidense era la filosofía que rigió el programa de reformas: lo que había sido bueno para los estadounidenses también lo sería para los japoneses, por lo que se inició un intenso proceso de transferencia de valores e instituciones que veía en la democracia el baluarte más seguro ante nuevas tentaciones militaristas. El propio MacArthur escribía

"La génesis de la Guerra yace en la lujuria despótica por el poder [...] Jamás se ha originado en la acción voluntaria de personas libres – jamás un pueblo libre se asociará voluntariamente con el propósito que el camino de la paz, el bienestar y la felicidad queden subyugados por el flagelo de la guerra."

Citado por: K. Pyle (1996). *The Making of Modern Japan* (pág. 214). Lexington: Heath.

Así pues, la receta era simple y respondía a los dictados ya emitidos en la declaración de Postdam: desmilitarización, democratización, descentralización. Había que recuperar tendencias que ya habían surgido en la sociedad japonesa y darles un entorno adecuado para que prosperasen. Y había que aprovechar el momento de desamparo ideológico que atravesaba el país, el desencanto con que se valoraba la actuación de los dirigentes belicistas y el clima ultranacionalista de preguerra. Gracias a esta coyuntura los dos primeros años se desplegó una actividad reformista frenética: se desmovilizaron las fuerzas armadas y se desmantelaron las industrias militares; se descentralizó la policía y la educación; y se abolieron las organizaciones nacionales y el shinto estatal. Y se inició una operación de "limpieza" por la que todas las personas que hubiesen asumido responsabilidades políticas o militares durante el periodo prebélico o participado en la contienda en posiciones de responsabilidad quedaban excluidas del nuevo orden político. Se trataba de desbrozar el terreno en el que había de crecer la democracia. Unas 200.000 personas entre políticos, ejecutivos, empresarios, militantes nacionalistas y oficiales fueron purgados. Con una notoria excepción: la burocracia civil, indispensable para que el país no quedase paralizado.

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

J. W. Dower (1999). *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*. Nueva York: W. W. Norton.

T. Cohen (1987). *Remaking Japan: The American occupation as New Deal*. Nueva York: The Free Press.

R. Finn (1992). *Winners in Peace: MacArthur, Yoshida, and Postwar Japan*. Berkeley: University of California Press.

H. B. Bix (2001). *Hirohito and the Making of Modern Japan*. Nueva York: Harper Collins.

"De todas las principales instituciones políticas de preguerra, solo la burocracia sobrevivió a la Ocupación con pocos cambios visibles. De hecho su influencia política se incrementó más que decreció durante el periodo."

H. Fukui (1988). "Postwar politics, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 184). Cambridge: Cambridge University Press.

La actuación más drástica en este sentido fue la llevada a cabo por el polémico Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente que entre mayo de 1946 y noviembre de 1948 encausó por crímenes de guerra a 28 altos cargos militares, políticos y diplomáticos. Siete, entre los que se encontraba Tōjō Hideki, fueron condenados a muerte y 16 más a penas de cadena perpetua. Por otra parte, varios centenares de oficiales de baja graduación y suboficiales fueron ejecutados, acusados de cometer atrocidades, y algunos miles cumplieron penas de prisión. Más allá de estas acciones extremas, la desmilitarización resultó un proceso penoso. De los 5 millones de soldados japoneses, la mitad se encontraban en ultramar, junto con unos tres millones de civiles que hubieron de ser repatriados y, en muchos casos, encararon a su llegada un entorno social hostil.

Además, la retirada del ejército trajo un nuevo problema a la hora de definir las fronteras del nuevo Japón: la URSS ocupó las islas Sajalin y las Kuriles el mismo mes de agosto de 1945. Las fronteras entre Japón y Taiwán tampoco quedaban muy definidas y se puede decir que esta situación se ha mantenido sin grandes cambios hasta la actualidad.

3.1.1. Democracia: la Constitución de 1947

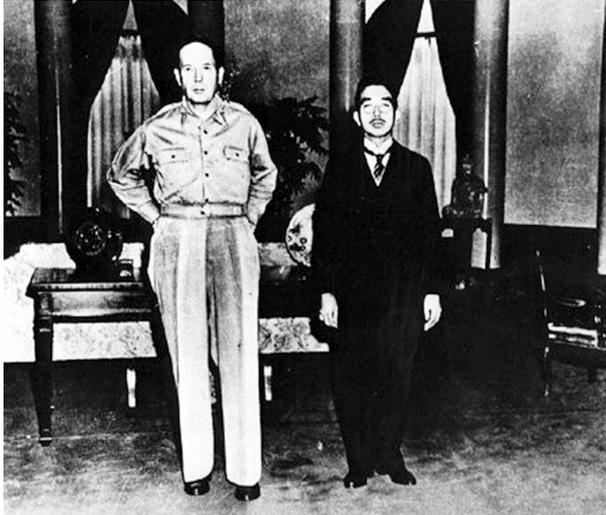
La construcción de un nuevo orden político había de afrontar dos problemas complicados: qué hacer con el emperador y cómo modificar la Constitución. MacArthur actuó con prudencia: tras advertir que el monarca estaba dispuesto a dejar de ser el centro neurálgico del imperio y que había renunciado a su carácter sagrado en la alocución de Año Nuevo de 1946, defendió con vehemencia su figura frente a los que querían tratarle como a un criminal de guerra. Adujo que era imprescindible para mantener la estabilidad y legitimar las reformas y que su persecución podía llevar a un escenario catastrófico.

"Creo que toda esperanza de introducir los métodos de la democracia moderna desaparecerá [...] Es bastante posible que se necesite un mínimo de un millón de soldados, que tendrán que quedar estacionados un número indefinido de años. Además habrá que reclutar y poner en marcha todo el servicio civil, seguramente unos cuantos centenares de miles de hombres."

Citado por: K. Pyle (1996). *The Making of Modern Japan* (pág. 216). Lexington: Heath.

Para demostrar de un modo palpable que las cosas se estaban moviendo, amnistió a más de 2.000 presos políticos –muchos de ellos socialistas y comunistas– y garantizó derechos civiles básicos como la libertad de prensa y de reunión. E informó al gobierno que la reforma de la Constitución de 1889 era un objetivo prioritario.

Hirohito y MacArthur, 25-9-1945



Fuente: http://en.wikipedia.org/wiki/File:Macarthur_hirohito.jpg

Tras unos meses de trabajo, en febrero de 1946 el comité formado para este propósito presentó sus conclusiones, que fueron rechazadas debido a su conservadurismo. Por ello, el SCAP encargó a su equipo legal que tomara el relevo y elaborase un documento-guía ante el temor de que las deliberaciones de los expertos nipones se eternizaran. Poco más de un mes después el emperador aprobaba un texto en el que las reminiscencias de los grandes momentos del constitucionalismo americano eran evidentes, tanto por el tono como por los conceptos. Promulgada oficialmente en noviembre del mismo año entró en vigor en mayo de 1947. La nueva carta magna:

- a) Transfería la soberanía del emperador a la nación. El monarca, símbolo del Estado y de la unidad del pueblo, pasaba a ejercer de jefe de Estado con funciones representativas.
- b) Establecía que el poder legislativo residía en una Dieta, elegida por sufragio universal de todos los ciudadanos mayores de 20 años. Formada por dos cámaras, de los Representantes y de los Consejeros, cedía la iniciativa a la primera.
- c) Otorgaba el poder ejecutivo a un gabinete dirigido por el primer ministro, responsable ante la Dieta.
- d) Garantizaba y extendía las libertades individuales.
- e) Daba una mayor autonomía a los poderes locales, que pasaban a ser electos.
- f) Creaba un poder judicial independiente e instituía el derecho de apelación.
- g) Y, finalmente, en su famoso artículo 9º proveía que el pueblo nipón renunciaba a la guerra y al mantenimiento de unas fuerzas armadas.

Pese a que convulsionaba completamente la vida política japonesa, la nueva Constitución recibió un amplio apoyo de las distintas facciones, apoyo que se mantuvo durante las décadas siguientes. En aquellos momentos, los partidos se estaban redefiniendo tras las purgas y la amnistía. Los distintos gabinetes del bienio 1946-48 fueron transitorios e inestables (tabla 5).

Tabla 5. Gabinetes, 1945-1955

Año	Primer ministro
1945 (AG-O)	Higashikuni Naruhiko
1945-46	Shidehara Kijuro
1946-47	Yoshida Shigeru
1947-48	Katayama tetsu
1948 (M-O)	Ashida Hitoshi
1948-54	Yoshida Shigeru
1954-55	Hatoyama Ichiro

3.1.2. Reforma agraria y legislación antizaibatsu

Entre las órdenes recibidas por el SCAP destacaba también la necesidad de romper los corsés económicos que atenazaban la sociedad nipona. Desde el punto de vista anglosajón, la concentración de la propiedad de los medios de producción en unas pocas manos había propiciado la continuación de unas relaciones semif feudales entre los actores productivos que habían lastrado la aparición de una verdadera clase media, el pilar de un sistema liberal-democrático. Había pues que acabar con esa situación y redistribuir de un modo mejor la riqueza. La experiencia del New Deal, la voluntad de aliviar la carga de los grupos sociales más desfavorecidos, actuó como modelo de las políticas a seguir.

La principal actuación en este sentido fue la reforma agraria: para que la semilla de la libertad creciera era nefasto que la mitad de los campesinos subsistieran a base de aparcerías. Si no conseguían independencia económica era muy difícil que lograsen ser políticamente autónomos. Para subsanar esta circunstancia se puso en marcha un programa legislativo destinado a acabar con los grandes terratenientes absentistas, que hubieron de ceder al Estado la mayor parte de sus tierras para que éste pudiera venderlas a los agricultores. Puesto que los precios fueron especialmente favorables para los compradores, en realidad se trató de una inmensa expropiación destinada a beneficiar al común de la población del mundo rural. Gracias a esta operación, a los subsidios y al bajo nivel impositivo floreció un gran grupo de pequeños propietarios, con

fincas de 1 ha. El campo japonés empezó a experimentar la prosperidad y se inclinó a favor del nuevo sistema. Uno de los granjeros beneficiados por las medidas recordaba años después:

"Antes de la Guerra trabajabas y trabajabas y jamás conseguías ahorrar dinero, jamás podías probar alimentos deliciosos, jamás comías lo suficiente. Ahora incluso sin matarte a trabajar tienes dinero más que suficiente – bueno, quizás no más que suficiente pero si al menos el necesario como para no sentirte en la pobreza – y nuestra vida cotidiana es lujosa en comparación con lo que solía ser."

Citado por: J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 548). Nueva York: Norton.

El porcentaje de tierras explotadas en régimen de aparcería bajó a un 10% de la superficie cultivada y surgieron más de seis millones de nuevos propietarios. Los equilibrios sociales del paisaje agrario nipón cambiaron su fisonomía de un modo radical.

El segundo objetivo económico de los planificadores estadounidenses fue la disolución de los zaibatsu. Había que descentralizar la economía desmontando estos inmensos holdings que, debido a su tendencia a concentrar capital, trabajadores cualificados y tecnología punta, impedían el acceso de nuevos participantes al juego del libre mercado y habían incentivado el despliegue imperial. Los ocupantes focalizaron su atención en los mayores conglomerados lanzando al mercado los valores de más de 600 compañías: en menos de dos años cambiaron de manos más de un millón de acciones. Al mismo tiempo, las purgas hicieron presa en los principales ejecutivos de las firmas y la Dieta aprobó un paquete de medidas legales antimonopolistas.

Pero estos avances no escondían una realidad más profunda dado que en este terreno encontraron obstáculos difíciles de remover. La burocracia que había de poner en marcha el proceso era la misma que había trenzado estrechos lazos con los zaibatsu para salir de la Gran Depresión y movilizar al país para la guerra. Consideraban que el planteamiento estadounidense pecaba de un exceso de candidez y contaban con el mundo de los grandes negocios para recuperar el tono económico. Los nuevos líderes políticos compartían esta visión de modo que el conjunto del proyecto discurrió con una gran lentitud.

3.1.3. Transformar la sociedad: sindicatos, educación y emancipación femenina

Tanto Washington como el SCAP estaban convencidos de que el programa de reformas sólo se consolidaría si lograban cambiar los valores de la sociedad nipona, demasiado corporativa y gregaria. Para ello era importante atacar los fundamentos del antiguo sistema ideológico y plantar las semillas del individualismo democrático. Uno de los temas más espinosos era el del shinto estatal. MacArthur consideraba al emperador imprescindible para mantener la estabilidad pero había que disociar su figura de un culto que se asociaba al

expansionismo belicista que había conducido a la guerra. El emperador dio el primer paso en el mensaje de Año Nuevo de 1946 afirmando que los lazos entre él y su pueblo,

"[...] no se basan en meras leyendas y mitos. No se asientan en la falsa concepción que el Emperador es divino, que el pueblo japonés es superior al resto de las naciones y que su destino es gobernar el mundo."

Citado por: M. Jansen (2000). *The Making of Modern Japan* (pág. 668). Harvard: Harvard University Press.

Para toda una generación educada en la obediencia ciega a la sagrada persona del monarca el impacto fue devastador. Los meses siguientes las autoridades de ocupación diseñaron una campaña de humanización de Hirohito, quien empezó a hacer apariciones públicas para animar a la población en los difíciles días de la posguerra.

Más allá de la supresión del shinto estatal, el SCAP empezó a trabajar en varios terrenos que consideraba cruciales: el mundo de las relaciones laborales, el sistema educativo y la equiparación de sexos. En 1947 nació el Ministerio del Trabajo. Con una legislación basada en el New Deal se estimuló la creación de un importante movimiento sindical entre cuyos líderes se encontraban algunos de los militantes socialistas y comunistas amnistiados tras la ocupación. Derecho a la organización, a la negociación colectiva, a la huelga; mejora del entorno laboral, seguro de desempleo, procedimientos para la resolución de conflictos laborales..., los sindicatos vivieron un breve momento de esplendor propiciado por las autoridades hasta la llamada a la huelga general de 1947 y el inicio de la guerra fría.

Por lo que respecta a la educación, los estadounidenses creían que había que reemplazar un sistema cuyos objetivos prioritarios eran el adoctrinamiento y la reproducción de elites. La ley de 1947 suponía varios cambios fundamentales: se garantizaba la libertad académica; se establecía un periodo mínimo de nueve años de formación; se uniformizaba el acceso a la enseñanza superior siguiendo el patrón estadounidense; se creaba una red de universidades a nivel prefectural; y se apostaba por el fin de la segmentación por sexos. Por otra parte, se reducían las competencias del todopoderoso ministerio de educación de la preguerra mediante la descentralización de sus funciones y el aumento de la participación popular en el proceso de toma de decisiones –contratación de profesores, elección de libros...– a través de consejos escolares a nivel local. El SCAP halló pocas simpatías para este último tema cuya implementación fueron demorando los sucesivos gobiernos.

Finalmente, había que acabar con el opresivo sistema patriarcal que regía la sociedad japonesa. El primer paso fue facilitar el acceso de las mujeres a la comunidad política. La "Constitución de la Paz" preveía el sufragio universal y la igualdad de derechos de modo que en abril de 1946 más de 13 millones de mujeres votaron por primera vez y una treintena obtuvieron un escaño. En los

años siguientes se avanzó en la equiparación en cuestiones como la propiedad, la herencia y el matrimonio, y el Código Civil de 1948 recogió parte de la reivindicaciones del incipiente feminismo nipón del periodo Taishō.

3.2. El peso de la guerra fría, 1948-1952

A mediados de 1947, entre las autoridades de ocupación reinaba la sensación de haber culminado un proyecto. Unos meses después, sin embargo, el enturbiamiento progresivo de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS y la inminente llegada al poder de los comunistas chinos obligó al Departamento de Estado estadounidense a modificar sus objetivos para las islas. Parecía ahora que el SCAP tenía que deshacer parte del camino recorrido los años anteriores:

"El celo reformista del SCAP, sin embargo, duró pocos años. Hacia 1950 gran parte de las medidas legislativas y administrativas implementadas para lograr los objetivos iniciales de la Ocupación, sobre todo la desmilitarización y la democratización de Japón, habían sido o estaban a punto de ser significativamente modificadas o incluso abandonadas. Durante los últimos meses de la Ocupación se intensificó una 'marcha atrás' que continuó con los gobiernos japoneses subsiguientes, en respuesta a las crecientes tensiones asociadas a la Guerra Fría."

H. Fukui (1988). "Postwar politics, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 158). Cambridge: Cambridge University Press.

3.2.1. Marcha atrás

El nuevo batir de los tambores de guerra había cambiado las prioridades. Se empezó revisando lo relativo a la defensa del país. Japón dejó de estar considerado sólo un enemigo vencido: había que pensar en él como en un posible aliado. No tenía ya sentido que fuera débil y pacifista, de modo que, al poco de iniciarse el conflicto de Corea en 1950, se impulsó la formación de un cuerpo paramilitar de 75.000 hombres para relevar a las tropas estadounidenses en la seguridad interna. Puesto que la Constitución no permitía hablar de ejército se denominó Reserva Policial Nacional. Años después se convertiría en las Fuerzas de Autodefensa.

El sindicalismo democrático dejó de ser un objetivo prioritario para convertirse en un objetivo a reprimir. El interés se centraba ahora en la rápida recuperación de la economía y para ello había que atenuar el activismo reivindicativo de los trabajadores y dedicarse a controlar la inflación. Ante la posibilidad de una huelga en los transportes en 1948 se privó a los empleados del Estado de este derecho. Y poco después se lanzó una nueva purga, pero esta vez dirigida a descabezar a los sindicatos izquierdistas y situarlos bajo un mayor control gubernamental. La región del Pacífico controlada militarmente por los americanos pasó a ser fundamental para los intereses de Washington, después de los hechos que se precipitaron tanto en China como en Corea. Por lo tanto, era absolutamente necesario contar con una industria potente en Japón que asegurara los suministros e hiciera crecer el mercado en la llamada región de

Bibliografía

Para profundizar en esta cuestión, ved:

H. Fukui (1988). "Postwar politics, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 154-216). Cambridge: Cambridge University Press.

R. Finn (1992). *Winners in Peace: MacArthur, Yoshida, and Postwar Japan*. Berkeley: University of California Press.

Asia-Pacífico (un concepto inventado por los americanos en aquel momento), que después de la guerra vivía en una situación de escasez de productos (como las Filipinas o Indonesia).

En cambio, la desactivación del mundo de los grandes negocios quedó en el olvido. Los grandes complejos empresariales pasaron a percibirse como instrumentos útiles para recobrar el dinamismo económico de modo que el lento programa de disolución se detuvo definitivamente. De los más de 1.200 expedientes iniciados se habían cerrado menos de treinta, aunque el núcleo central de los antiguos holdings sí se había visto afectado. Los grandes bancos, sin embargo, resistieron el acoso y se convirtieron en instrumentos privilegiados de la reactivación al reagrupar las antiguas empresas que habían pertenecido a cada conglomerado. Contaron para ello con el beneplácito de la alta burocracia del Estado con la que reiniciarían una estrecha colaboración.

3.2.2. El fin de la ocupación

En este nuevo contexto, la clase política japonesa, mayoritariamente conservadora, recobró nuevo vigor y ganó en estabilidad. El Partido Liberal (Jiyûtô), heredero del Seiyukai, asumió el gobierno con Yoshida Shigeru, un veterano burócrata, como principal protagonista. Realista, elitista y nacionalista, fue aceptado por las autoridades de ocupación por su oposición a los militaristas durante la guerra. Durante seis años (1948-1954) dirigió el país, y con gran habilidad, aprovechando la urgencia que sentían los estadounidenses tras el estallido de la conflagración coreana, alcanzó su logro principal, la recuperación de la soberanía nacional por el Tratado de Paz de San Francisco en 1951. Tras arduas negociaciones, durante las que se configuró lo que más adelante se conocería como la "doctrina Yoshida", Japón reconocía la independencia de Corea, renunciaba a sus derechos sobre Taiwán, las Pescadores, las Kuriles, la mitad meridional de Sakhalin y al mandato sobre sus territorios en Oceanía. No se establecieron reparaciones de guerra pero sí que se mantuvieran negociaciones al respecto con los distintos países afectados. Aun así, algunos países clave, como China o la India no participaron y la URSS rechazó firmar el tratado.

La ocupación de Japón terminó oficialmente en abril de 1952 pero ello no significó la salida estadounidense de las islas. El polémico Tratado de Seguridad Estados Unidos-Japón firmado también en la cumbre californiana convertía al país en poco menos que un protectorado, además de un gran portaviones frente a las costas de Asia oriental. Garantizaba el mantenimiento de las bases militares y otorgaba a los estadounidenses: 1) el derecho de veto a la presencia de tropas de otros países en las islas; 2) el derecho a intervenir para sofocar desordenes domésticos; 3) el derecho a usar las bases contra terceros países sin necesidad de consentimiento; y 4) el derecho de extraterritorialidad para sus civiles y militares. El acuerdo, firmado por tiempo indefinido, mantenía la ocupación de Okinawa y las Ryukyus y, además, Dulles, el negociador estadounidense, urgía el reconocimiento del gobierno de Taiwán como legítimo

gobierno chino. Pese a la dureza de las condiciones y las feroces críticas a que fue sometido, Yoshida creía que lo más conveniente para Japón en aquellos momentos era ocupar un lugar subordinado en el marco de la *Pax Americana*, definir los objetivos nacionales en términos económicos y concentrar las energías de la población en una mejora constante de los niveles de vida. Tras un duro periodo de confusión social y de fragilidad política parecía que la peor parte del trayecto hacia la reconstrucción había pasado.

El balance de la ocupación estadounidense resultó, pues, ambiguo. Se habían efectuado grandes cambios pero una parte importante del viejo orden imperial aún estaba en su sitio. Como apunta Andrew Gordon,

"Los ocupantes trataron de destruir los zaibatsu, vistos como los financieros del militarismo, y el control centralizado ejercido por la burocracia sobre parcelas clave como la educación y la policía. Quisieron purgar para siempre a los militaristas de la vida pública, tanto a los que pertenecían a las fuerzas armadas como a los civiles que les apoyaban, políticos, empresarios o intelectuales [...] Pero a principios de los años 50 las empresas subsidiarias de los zaibatsu se estaban reagrupando, esta vez en torno a los bancos; los antiguos partidos habían sobrevivido para dominar de nuevo la Dieta y el gabinete; y la burocracia era tan fuerte como antes sino incluso más. Estos aspectos de la vida política y económica son lo que un historiador ha denominado la 'travesía' de la vieja guardia desde los tiempos de preguerra a la postguerra."

A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 242). Oxford: Oxford University Press.

4. Las décadas del milagro japonés, 1952-1973

En 1952 Japón retornaba a la comunidad internacional convertido en poco menos que un paria: su territorio e influencia se habían reducido y estados vecinos como Taiwán, la República Popular China, Corea del Norte y Corea del Sur contaban con ejércitos mucho más potentes que las Fuerzas de Auto-defensa. Sin embargo, veinte años después, en 1973, el poderío económico de Japón no tenía parangón en la región y sus vecinos trataban de imitar sus políticas de desarrollo.

Siguiendo las consignas de Yoshida Shigeru, el país se había centrado en el desarrollo económico y la mejora del nivel de vida de la población y había aceptado una participación pasiva en la política internacional, de la mano de un liderazgo compartido por burócratas y paladines de los negocios. Porque, pese a los grandes cambios introducidos por la ocupación estadounidense, hubo también grandes continuidades en la sociedad nipona: algunos dirigentes, valores y prácticas institucionales sobrevivieron al vendaval y continuaron ocupando una posición central en la posguerra, retomando las políticas de crecimiento que ya habían demostrado ser efectivas anteriormente.

Emergió de este modo una sociedad de consumo de masas, urbana y cosmopolita, muy influida por modelos culturales ajenos, capaz de proyectar una imagen de modernidad y calidad gracias a la organización de grandes eventos mundiales como los Juegos Olímpicos de 1964 o la Exposición Universal de 1970. La oleada pacifista desencadenada por el trauma de la guerra y el pragmatismo de la elite política conservadora habían permitido dedicar todos los esfuerzos de la nación a la reconstrucción, sin desviar recursos humanos ni materiales a operaciones geoestratégicas. En suma, Japón se había situado en una posición envidiable.

4.1. La doctrina Yoshida

Yoshida Shigeru fue primer ministro de Japón entre 1948 y 1954, como ya hemos comentado. Sin embargo, su influencia en la política japonesa se proyectó durante más de cuarenta años por lo que su figura y sus propuestas merecen un tratamiento un poco más detallado. En los sombríos días que siguieron a la derrota su capacidad para comprender el contexto internacional y tomar las decisiones más adecuadas a las potencialidades del pueblo japonés permitió resurgir a las islas del marasmo al que habían sucumbido, convirtiendo un horrendo descalabro en un potencial espléndido futuro. Percibió claramente que las disputas entre los triunfadores de la guerra podían ser usadas en beneficio del vencido pueblo nipón y actuó atendiendo a dos prioridades: la estabilización de la situación política interna y la recuperación del prestigio internacional.

La actuación de las autoridades de ocupación había decapitado a la clase dirigente japonesa pero había dejado a una de las facciones no sólo indemne sino en una posición dominante: la burocracia. Siguiendo la tradición inaugurada en tiempos de Itô ésta no sólo se entregó a reconstruir el sistema de partidos conservador sino que copó los puestos de liderazgo. Antiguo servidor del Estado él mismo, Yoshida incorporó al Partido Liberal a experimentados funcionarios en los que el SCAP estaba delegando la administración del país y fue capaz de tejer la denominada "tríada de gobierno", la trama de relaciones recíprocas entre el partido conservador, la burocracia y la combinación del mundo de los negocios y el electorado rural, que había de dominar la vida política durante las décadas siguientes. Y a esta nueva alianza le procuró un empeño con el que forjar un nuevo consenso nacional: el crecimiento económico.

Una vez empezada la guerra fría y contrastado el giro a la derecha de Washington, Yoshida supo leer el escenario internacional y acomodar las necesidades estadounidenses a los intereses nacionales nipones. Tras ser sometido a fortísimas presiones para remilitarizar el país en las negociaciones del Tratado de Paz y el Acuerdo de Seguridad, supo eludir aquello que contravenía a su visión de futuro y consiguió que los pactos alcanzados, por humillantes que pudieran parecer, respondieran a su agenda y no a la de la diplomacia estadounidense, encabezada por John Foster Dulles. De modo que, si bien Japón permitió a Estados Unidos que mantuviera indefinidamente sus bases, el gobierno estadounidense se veía obligado a garantizar la seguridad de las islas y dejaba que el país concentrara todas sus fuerzas en la recuperación económica. A estas premisas iniciales les añadirían los epígonos de Yoshida en años posteriores, a modo de corolario, varias adendas en forma de renunciaciones: a participar en operaciones exteriores, a convertirse en una potencia nuclear, a dedicar a los gastos de defensa más del 1% del PNB y a exportar armas. En suma, como apunta Pyle, la doctrina se basaba en tres postulados,

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

H. Fukui (1988). "Postwar politics, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 154-216). Cambridge: Cambridge University Press.

R. Finn (1992). *Winners in Peace: MacArthur, Yoshida, and Postwar Japan*. Berkeley: University of California Press.

"1) La rehabilitación económica de Japón ha de ser el objetivo nacional prioritario. La cooperación económica con los Estados Unidos de América es necesaria para este propósito.

2) Japón debe mantener un bajo potencial militar y evitar cualquier implicación en problemas político-estratégicos de alcance internacional. Esta postura encaminará las energías de la nación hacia el incremento de la productividad industrial y además evitará las disensiones internas.

3) Para garantizar su seguridad a largo plazo, Japón tiene que ceder bases al Ejército, la Armada y las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América."

K. Pyle (1996). *The Making of Modern Japan* (pág. 235). Lexington: Heath.

En el haber de este planteamiento quedan la estabilidad doméstica y el paso inmaculado del país por un periodo de importantes conflictos en la región como los acontecidos en Corea o Vietnam. A nivel interno labraba una posición de compromiso entre la izquierda pacifista y las preocupaciones de seguridad de la derecha. En el plano internacional dejaba en manos de Estados Unidos la defensa de las islas y reservaba a Japón una contribución a la guerra fría en forma de producción industrial. Una lucrativa contribución, puesto que las grandes industrias japonesas supieron aprovechar las necesidades del ejército norteamericano haciendo que el Gobierno de Washington se gastara una suma de 3.000 millones de dólares solo mientras duró la guerra de Corea.

4.2. La evolución del sistema político de posguerra

La restauración de la soberanía acabó de perfilar el sistema político de posguerra, permitiendo el retorno a la vida pública de los dirigentes purgados. En 1954 el Partido Liberal de Yoshida pagaba en las urnas el carácter corrosivo e individualista de su líder y era apartado del poder por otro partido conservador, el Partido Democrático (Minshutô), el equivalente del Minseitô. Se inició entonces un proceso general de reorganización de la escena política que a finales de 1955 daría al sistema de partidos su forma casi definitiva, con el Partido Liberal Democrático (PDL) como gran dominador.

4.2.1. La izquierda del espectro político

Las primeras fuerzas políticas en mover pieza fueron las de izquierda. En 1947, con sus activistas recién llegados del exilio o salidos de las cárceles, habían formado parte de un breve gobierno pero tras el inicio de la guerra fría sus líderes políticos y sindicales habían perdido la confianza del SCAP. Apartados del poder por el auge de los partidos conservadores, en 1955 las distintas formaciones de centro-izquierda e izquierda, con la excepción de los comunistas, decidieron unirse en el Partido Socialista (PS). Con sus bases reclutadas en la intelectualidad urbana, el movimiento del trabajo y el mundo de los jóvenes universitarios, tenía como objetivo conseguir la neutralidad en la guerra fría e instituir reformas progresistas en el terreno doméstico. Se movilizó contra las armas nucleares, por el fin de las bases estadounidenses y el Acuerdo de Seguridad, y a favor de la China continental. Fue el principal defensor de la

Bibliografía

Para profundizar en las cuestiones tratadas en este subapartado, ved:

R. Sims (2001). *Japanese Political History since the Meiji Renovation, 1868-2000*. Nueva York: Palgrave.

G. D. Allinson (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.

P. Bayley (1996). *Postwar Japan, 1945 to present*. Oxford: Blackwell.

J. Gravereau (1993). *Le Japon au XXème siècle*. París: Éditions du Seuil.

forma original de la Constitución de 1947 y asumió la denuncia de la cara oscura del crecimiento: la existencia de sectores marginados y los costes medioambientales que suponía.

Sin embargo, sus esperanzas electorales se vieron pronto frustradas ya que, presionados por los grandes negocios, temerosos de la reestructurada fuerza de la izquierda, los partidos conservadores se unieron para formar el Partido Liberal Democrático (PLD) que monopolizaría el gobierno durante las décadas siguientes. El Partido Socialista se mostró incapaz de mantener un frente unido, presa de las disputas ideológicas entre sus integrantes que llevaron a una escisión en 1959. Su posición como principal fuerza de la oposición fue minada, además, por la aparición en 1964 del Komeito (Partido del Gobierno Limpio) –brazo político de la formación budista Soka Gakkai, que reunió un gran número de adeptos durante los años cincuenta y sesenta– y por el auge que vivió el Partido Comunista a principios de la década de 1970 en las administraciones locales.

4.2.2. Los sectores ultranacionalistas

La extrema derecha encontró pocos adeptos en la generación de posguerra y hubo de contentarse con un papel testimonial. Sin el apoyo de los militares ni de las grandes finanzas se concentró en campañas en favor de los grandes símbolos nacionales de antaño, como la bandera o el templo de Yasukuni, uno de los pilares del shinto estatal dado que acogía los restos de los caídos en la guerra. El asesinato de un líder socialista en 1960 demostró que aun podía tratar de desestabilizar la situación, aunque sus distintos intentos para recuperar una presencia importante en la sociedad condujeron a situaciones poco menos que anecdóticas, pese a su dramatismo. Buen ejemplo de ello fue el suicidio ritual (seppuku) del escritor Yukio Mishima en 1970, ante la indiferencia de los soldados a los que había intentado levantar en armas contra el gobierno.

4.2.3. El Partido Liberal Democrático (PLD)

La refundación de los conservadores en 1955 les permitió controlar el poder las décadas siguientes, en general de la mano de los epígonos de Yoshida. Asentado en el poder de la Tríada y con un papel central de la burocracia, tenía su vivero de electores en el campo –al que recompensaba en forma de subsidios y asignaciones– y la financiación de la comunidad de negocios –que en retorno obtenía legislación proteccionista, préstamos favorables y políticas de desarrollo–. Algunos analistas occidentales calificaron, no sin ironía, esta malla de intereses como "Japan, Incorporated".

Sin embargo, por su funcionamiento interno el PDL parecía más una alianza de facciones que un partido político disciplinado. El conflicto entre personalidades fue una constante y puesto que el liderazgo en la formación abría las puertas de la dirección del gabinete, se produjeron encarnizadas luchas para

recabar apoyos en las convenciones. Entre 1955 y 1960 el poder estuvo en manos del sector más derechista del partido, opuesto a la subordinación a Estados Unidos y a la focalización en el crecimiento económico. Se mostraban partidarios de modificar la Constitución, iniciar un programa de armamento y renegociar el Acuerdo de Seguridad. Su figura más relevante, Kishi Nobusuke, conocido por su colaboración con Tojo y purgado e investigado por el SCAP, generaba una gran desconfianza en buena parte de la población. Ante la inminente revisión del tratado en 1960, el PS activó sus fuerzas y mediante una campaña de denuncia en los medios de comunicación y de movilización en las calles consiguió la dimisión del primer ministro. La población demostró que se oponía al rearme y mandó un mensaje al PDL: si se empeñaba en mantener la nueva agenda se preludiaban importantes conflictos.

De modo que los conservadores recuperaron las premisas de Yoshida, de la mano de dos de sus antiguos colaboradores, Ikeda Hayato (1960-1964) y Sato Eisaku (1964-1972) (tabla 6). El primero puso en marcha un ambicioso plan para doblar el nivel de las rentas en un plazo de diez años, que obtuvo una gran popularidad, y el segundo reelaboró los principios antinucleares de la doctrina. Al mismo tiempo Japón empezó a recuperar su imagen a nivel internacional. Ya desde 1954 había ido reanudando las relaciones con los países vecinos y en 1956, tras superar el veto soviético, fue admitido en la ONU. A partir de este momento se abrieron las puertas de las distintas organizaciones de desarrollo económico de la región y de los foros de los países más avanzados del bloque occidental, el GATT y la OCDE. Las relaciones con la China continental se mantuvieron a un nivel informal hasta 1972. Pese al malestar creado por la guerra de Vietnam, el Acuerdo de Seguridad volvió a renovarse sin demasiados problemas en 1970, una vez que Tokio recuperara la soberanía sobre las islas Bonin y se acordara la devolución de las Ryukyus para 1972, aunque se mantendrían las bases de Okinawa.

Tabla 6. Gabinetes del PLD 1955-1972

Años	Primer ministro
1954-6	Hatoyama Ichirô
1956-7	Ishibashi Tanzan
1957-60	Kishi Nobusuke
1960-4	Ikeda Hayato
1964-72	Satô Eisaku

Aunque el periodo distó de ser políticamente tranquilo, la sensación predominante en la sociedad japonesa era de satisfacción:

"Con la excepción del relativamente breve gobierno de Ikeda, el periodo se caracterizó por las continuas trifulcas y las tensiones políticas. Los gobiernos del PLD y sus directrices estuvieron sujetos a virulentas críticas y ataques. Paradójicamente, sin embargo, fue también un periodo de una gran estabilidad en cuanto a los resultados electorales en la Dieta. La clave de esta contradicción cabe encontrarla en los masivos cambios socioeconómicos de estos dieciocho años. [...] La satisfacción con las condiciones de vida atravesaba fronteras partidistas, generacionales y ocupacionales. Al final del periodo el 80 % de los seguidores del PDL, el 75 % de los del PSJ y del PSD, el 70 % del PCG y el 65 % del PCJ estaban satisfechos con sus condiciones de vida."

H. Fukui (1988). "Postwar politics, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 188, 207). Cambridge: Cambridge University Press.

A principios de los años setenta el PDL quizás estaba más agobiado por sus competidores y se mantenía en el gobierno gracias a una ley electoral que mantenía sobrerrepresentadas a las circunscripciones rurales (tabla 7), pero la agenda política que había de encarar ya no era la de un país que pugnaba por reconstruirse sino la de una sociedad opulenta.

Tabla 7. Evolución del porcentaje del voto del PLD, 1958-72

Años	% de votos	% de escaños
1958	57,8	61,5
1960	57,6	63,4
1963	54,7	60,7
1967	48,8	57
1969	47,6	59,2
1972	46,8	55,2

Fuente: adaptado de A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 338-9). Oxford: Oxford University Press.

4.3. El milagro económico japonés

Tras la derrota, los indicadores económicos de Japón en 1945 caen a niveles anteriores a 1914. Una década después, tras haber crecido a un ritmo superior al 10% anual, alcanza los niveles previos a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1955 y 1970 la tasa de crecimiento se mantiene trepidante, especialmente entre 1965 y 1970 cuando alcanza niveles superiores al 12% anual (tabla 8). Al mismo tiempo, la estructura de la economía japonesa se modifica: el sector primario empieza a retroceder de modo continuo pero no es sustituido por un secundario de bajo nivel, dominado por el textil como antes de la guerra, sino por un variado y cada vez más sofisticado sector productor de bienes de consumo al que se une la industria de alta tecnología en campos como la óptica, la construcción naval, la química...

Tabla 8. Evolución del PNB de las cuatro principales economías, 1951-1970 (en miles de millones de dólares)

Año	Japón	Estados Unidos	RFA	GB
1951	14,2	328,4	28,5	41,4
1955	22,7	398,1	43,1	53,9
1960	39,1	503,8	70,7	71,9
1965	88,8	688,1	115,1	100,2
1970	203,1	992,7	184,6	124

Fuente: adaptado de A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 248). Oxford: Oxford University Press.

La combinación de crecimiento sostenido y maduración productiva cambiará el conjunto de la sociedad japonesa (tablas 9, 10, 11 y 12). Pero, ¿cómo explicar esta progresión tan espectacular? Sin duda por un conjunto amplio de factores, alguno de ellos fortuito, y por la generación de dinámicas positivas dirigidas a "vencer la paz".

Tabla 9. Evolución de la población activa, 1950-1970* (en %)

Año	Sector primario	Sector secundario	Sector terciario
1950	48,5	20,4	30,1
1955	39,2	24,2	35,3
1960	30,4	27,3	40,3
1965	23,5	30,9	43,6
1970	17,4	35,2	47,3

* Estimada hasta 1965. Excluye las actividades consideradas inclasificables
Fuente: adaptado de Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 503). Cambridge: Cambridge University Press y Japan Statistical Yearbook, 2009

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 494-540). Cambridge: Cambridge University Press.

T. Nakamura (1981). *The Postwar Japanese Economy: Its Development and Structure*. Tòquio: University of Tokyo Press.

I. Insker (2001). *Japanese Industrialization: Historical and Cultural Perspectives*. Londres: Routledge.

K. B. Pyle (1992). *The Japanese Question: Power and Purpose in a New Era*. Washington D. C.: American Enterprise Institute.

C. Johnson (1982). *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*. Stanford: Stanford University Press.

Tabla 10. Evolución de la producción industrial, 1950-1970 (producción en miles de millones de yenes)

Año	Industria pesada	Industria ligera
1950	2,570	2,293
1955	4,053	2,956
1960	11,786	4,905
1965	21,624	8,757
1970	55,772	17,718

Fuente: adaptado de Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 524). Cambridge: Cambridge University Press.

Tabla 11. Exportaciones, 1950-70 (centenares de millones de yenes)

Producto	1950	1960	1970
Textiles sintéticos	–	116	2252
Farmacéutica	3	45	1436
Hierro y acero	260	1397	10237
Televisores	–	10	1382
Radios	0,3	521	2501
Motocicletas	0,3	29	1381
Automóviles	2	281	4815
Instrumentos de precisión	28	346	2261
Relojes	4	13	466

Fuente: adaptado de Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 525). Cambridge: Cambridge University Press.

Tabla 12. Evolución de la inflación, 1946-1970 (1 = precios de 1936)

Año	Índice de precios al por mayor	Incremento anual
1946	16.2	–
1950	246.8	97.3
1955	343.0	6.8
1960	352.1	0.5
1965	359.4	0.4
1970	399.9	2.2
1973	463.3	5.0

Fuente: adaptado de Y. Kosai (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". A: P. Duus (ed.). *The Twentieth Century. The Cambridge History of Japan* (vol. 6, pág. 500). Cambridge: Cambridge University Press.

4.3.1. La trastienda del crecimiento

Podemos tratar de aislar el variado conjunto de factores que se encuentran detrás del impresionante crecimiento económico nipón desde 1945:

1) En primer lugar, el consenso político para focalizar en el crecimiento económico el esfuerzo de la nación. Coadyuvó a limitar el conflicto político y social al establecerse una colaboración continuada entre el gobierno y los empresarios, y entre éstos y el mundo del trabajo al hacerle progresivamente partícipe de los beneficios del crecimiento. El Estado creó un hábitat adecuado a las realidades productivas del país a través del Ministerio de Industria y Comercio Internacional. Impulsó la creación de riqueza mediante un amplio abanico de medidas, desde la estabilización del sistema bancario y los beneficios fiscales a los préstamos a bajo interés, pasando por la modificación de la legislación antimonopolista. Estos nuevos ministerios fomentaron la industria pesada, que había sido dominada tradicionalmente por las grandes corporaciones: estas obtenían financiación barata y acceso a maquinaria de última tecnología, en general importada de Estados Unidos. Además, sus gastos de defensa nunca superaron el 1% del PNB. El mundo empresarial respondió a estos estímulos con una renovación en los liderazgos, nuevas técnicas de gestión y una cultura corporativa con un patrón único en las relaciones entre trabajo y capital, basado en las experiencias de la preguerra y destinado a fidelizar al trabajador: empleos vitalicios, salarios basados en la antigüedad, sindicatos de empresa y un amplio espectro de provisiones sociales. Se formaron de nuevo grandes grupos empresariales, los keiretsu, –Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo, Nissan, Toyota, Hitachi, Matsushita, Sony– que actuaron como punta de lanza del tejido productivo.

2) En segundo lugar, una política industrial que enlazaba las necesidades y potencialidades del mercado interior y la eficiencia en los foros internacionales. La consecución de este objetivo se apoyó a) en la innovación tecnológica, facilitada por la destrucción masiva de la estructura productiva durante la guerra y el libre acceso a la tecnología más avanzada que los acuerdos con Estados Unidos permitían; b) en altas tasas de inversión empresarial, potenciadas por favorables condiciones de financiación y la masa monetaria disponible por la gran capacidad de ahorro de la población; c) en la presencia de una fuerza de trabajo abundante, motivada y bien cualificada, cuya productividad superó ampliamente sus costes; d) en un entorno internacional favorable, debido al crecimiento del comercio mundial, la demanda de productos de consumo y la situación especial de las islas, con acceso sin limitaciones al mercado estadounidense conservando la capacidad de implementar aranceles proteccionistas. Esta combinación de medidas proteccionistas (excepto para aquellos productos estratégicos, como la tecnología y los bienes de equipamiento) y subsidios a la exportación (la llamada industrialización mediante el fomento de las exportaciones) sería el modelo económico que seguirían después los tigres asiáticos y la misma China de Deng Xiaoping unas décadas más tarde.

3) En tercer lugar, el peso del pasado reciente, con una burocracia acostumbrada a planificar e intervenir en la economía. Con una estructura industrial compleja, con grandes empresas alimentadas por una red de subcontratas. En este sentido, hay que destacar el peso de la construcción por medio de concesiones públicas, que cubrió el país de infraestructuras, como aeropuertos, carreteras y vías de tren: Japón se convirtió en un "estado en construcción", o *doken kokka*. Y con una masa laboral acostumbrada a adaptarse a contextos de rápida innovación técnica.

4) Y por último, el papel del azar: la guerra fría y el estallido de la conflagración en Corea aceleraron la autonomía política del gobierno y la recuperación económica que permitiría sentar las bases del desarrollo posterior. Una década después, la guerra de Vietnam también benefició la industria japonesa, con lo que se daba la paradoja de que uno de los países más declaradamente pacifistas fue económicamente el gran beneficiado de las guerras en Asia.

Así, pues, nos encontramos con una combinación de Estado, mercado, consenso, contexto internacional, dinámicas ya aprendidas en el pasado, suerte y autoexigencia. Una combinación que, pese a su éxito final, con la aparición de una sociedad que se sentía satisfecha con sus logros,

"La mayoría de hombres y mujeres estaban satisfechos con los resultados. Como el granjero que había declarado que su vida era 'lujosa' comparada con la de los años de guerra, cuando 'jamás podías probar alimentos deliciosos, jamás comías lo suficiente', casi todos los japoneses se beneficiaron de unos niveles de confort - e incluso de opulencia - sin precedentes en los últimas décadas de la era Showa."

J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 583). Nueva York: Norton.

también tendría que pagar sus costes:

"La experiencia del crecimiento rápido tuvo también sus costes. Los trabajos eran, a menudo, agotadores, con jornadas muy largas bajo un férrea disciplina. Los beneficios se repartieron de modo desigual entre la ciudad y el campo, entre hombres y mujeres, y entre empleados en grandes o pequeñas factorías. El daño medioambiental fue inmenso."

A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 245). Oxford: Oxford University Press.

4.3.2. Nacionalismo económico

La era de crecimiento rápido tuvo un protagonista principal, el ciudadano japonés común, que se autoexplotó y fue explotado hasta que el país resurgió de sus cenizas. Pero hubo también una clase dirigente coordinada para canalizar las energías en pos de una idea, la misma que obsesionaba al mundo nipón desde 1868: alcanzar a Occidente. Gobierno y empresas trabajando juntos en una interacción recíproca con redes de comunicación y negociación bien establecidas. Capitalismo "embridado" o "intermediado" para resituar el archipiélago nipón en la escena mundial no como gran potencia militar sino como gigante económico. En palabras de un experimentado funcionario,

"El Japón de posguerra se definía a sí mismo como un estado cultural que sostenía los principios del liberalismo, la democracia y la paz, pero en realidad se trataba solo de cuestiones superficiales (tatemaie); el objetivo fundamental era concentrar todas nuestras energías en el crecimiento económico."

Amaya Naohiro citado por: K. B. Pyle (1992). *The Japanese Question: Power and Purpose in a New Era* (pág. 36). Washington D. C.: American Enterprise Institute.

4.4. Una sociedad en transformación

La consecuencia más importante del crecimiento económico fue la aparición de una sociedad de consumo en la que casi el 90% de sus miembros se consideraban de clase media. Casa propia, universidad de prestigio para los hijos y bienes duraderos para el hogar fueron los anhelos de la mayoría de las familias (tabla 13).

Tabla 13. Autopercepción de situación socioeconómica, 1955-1975 (en %)

Año	Clase baja	Clase media	Clase alta
1955	57,4	42,5	0,2
1960	43,4	56,3	0,4
1965	21,8	77	1,2

Fuente: adaptado de A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 268). Oxford: Oxford University Press.

Pero bajo esta fachada circulaban corrientes más profundas, corrientes que afectaban a la natalidad, a la distribución de la población, a los hábitos culturales y al papel que los sexos debían representar en el espacio social. Sorprende que, pese a la importancia y rapidez de los cambios, se mantuviera una gran estabilidad en lo político, en lo laboral, en las dinámicas familiares. Aunque en algún momento surgieron movimientos sociales contestatarios –contra la renovación del Tratado de Seguridad en 1960, contra la contaminación urbana a principios de los setenta– fueron domeñados sin demasiada dificultad.

La familia, la escuela y la empresa perpetuaron una socialización en la que los valores predominantes eran el consenso y el compromiso, el bien colectivo, de modo que la presencia autoritaria del Estado fue rara vez necesaria. Parecía que la mejora en la esfera de lo material no implicaba tener que contagiarse de la denominada "enfermedad americana": alta tasa de divorcios y desestructuración familiar, delincuencia juvenil..., aunque para ello hubiera que sacrificar buena parte de la independencia de los individuos.

4.4.1. Evolución demográfica

La población japonesa empezó a crecer a un ritmo mucho más lento que en décadas anteriores. Tras un ligero aumento de la natalidad en la inmediata posguerra ya desde 1950 empezó a apreciarse un descenso estimable del número de nacimientos (del 28 al 18 por mil al final del periodo). Aumentaron las familias nucleares, se extendieron los controles de natalidad, se pospuso

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved:

G. D. Allinson (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.

A. Waswo (1996). *Modern Japanese Society 1868-1994*. Oxford: Oxford Paperbacks.

la edad de matrimonio en favor de la formación académica y el empleo, y entre las parejas aumentó la preocupación por el futuro de los retoños y por su propio nivel de bienestar. Por ejemplo, la edad de los alumbramientos se concentró entre los 25 y los 28 años para que más adelante la mujer pudiera incorporarse al mundo laboral y contribuir a los costes de la educación, del consumo doméstico y de una vejez posiblemente solitaria (tablas 14 y 15).

Tabla 14. Población japonesa, 1930-1970 (en miles)

Año	Población	Tasa de variación*
1930	64.450	7,9
1935	69.254	7,5
1940	73.114	5,6
1945	71.998	-0,7
1950	84.114	6,5
1955	90.076	7,1
1960	94.301	4,7
1950	99.209	5,2
1970	104.665	5,5

* Respecto al censo anterior

Fuente: adaptado de *Statistics Bureau, The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=000000030001>). Consultado el 5-7-2009)

Tabla 15. Evolución de la tasa de fecundidad, 1920-1970

Año	Hijos por mujer
1920	5,24
1930	4,71
1940	4,11
1947	4,54
1957	2,04
1970	2,13

Fuente: adaptado de C. Totman (2005). *A History of Japan* (pág. 466). Oxford: Blackwell.

Es remarcable el peso en esta tendencia del gasto en escolarización: el sistema de enseñanza nipón era extremadamente competitivo, con el examen de ingreso en la universidad –el llamado "examen infernal"– marcando el horizonte. El acceso a las mejores universidades marcaba la futura carrera laboral de un individuo de modo que las familias destinaban una parte nada despreciable de sus ingresos a conseguir la mejor formación posible para su descendencia. Ello repercutía necesariamente en el número de hijos que podían mantener. Sin embargo, las posibilidades de la población femenina seguían siendo limitadas,

lastradas por el peso de las convenciones sociales. Los jóvenes de ambos sexos accedían por igual a los estudios superiores pero mientras los varones optaban por el ciclo universitario largo, las muchachas en general se decantaban por los cortos, que eran vistos como un prelude para el matrimonio (tabla 16). Otros indicios nos indican que el progreso de la emancipación femenina fue lento: la tasa de aceptación de herencias o la de divorcios no amistosos no registró grandes variaciones después de la aprobación del código de 1947.

Tabla 16. Ingresos en *colleges* y *junior colleges*, 1955-1975 (cifras aproximadas, en miles)

Año	Colleges		Junior Colleges	
	hombres	mujeres	hombres	mujeres
1955	450	50	20	30
1975	1.375	380	35	300

Fuente: adaptado de C. Totman (2005). *A History of Japan* (pág. 468). Oxford: Blackwell.

Asimismo, el mercado de trabajo las relegaba a trabajos temporales, con salarios y posibilidades de promoción muy inferiores a los de los hombres. El único lugar en el que se les permitía un papel protagonista era la gestión del hogar:

"La mujer tenía en general un gran poder y autonomía en la gestión del hogar y la educación de los niños, y era, a menudo, la cuidadora de los miembros más ancianos de la familia. Con frecuencia el marido de clase media le daba su salario al completo, y era ella la responsable del presupuesto, los ahorros y la organización de las finanzas domésticas."

K. Pyle (1996). *The Making of Modern Japan* (pág. 262). Lexington: Heath.

4.4.2. El crecimiento urbano

El descenso en la natalidad repercutió en la distribución de la población, que sufrió un importante trasvase del campo a la ciudad cuando en los núcleos industriales se dejó sentir la escasez de brazos. Las urbes pasaron de acoger el 38% del censo a superar el 70% entre 1950 y 1970. Tokio se convirtió en una megalópolis de más de 11 millones de habitantes que encarnaba la quintaesencia de lo metropolitano: poder económico, político y alta cultura. Uno de cada cuatro japoneses vivía en el corredor que enlazaba la capital con Osaka (tablas 17 y 18).

Tabla 17. Población rural y urbana, 1930-1970 (en %)

Año	Rural	Urbana
1930	76	24
1935	67,3	32,7
1940	62,3	37,7
1945	72,2	27,8

Fuente: adaptado de Statistics Bureau, *The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=000000030001>). Consultado el 5-7-2009).

Año	Rural	Urbana
1950	62,7	37,3
1955	43,9	56,1
1960	36,7	63,3
1965	32,1	67,9
1970	27,9	72,1

Fuente: adaptado de *Statistics Bureau, The Population of Japan* (<http://www.e-stat.go.jp/SG1/estat/NewListE.do?tid=000000030001>). Consultado el 5-7-2009).

Tabla 18. Población de Tokio, 1900-1970

Año	Rural
1900	2,01
1935	6,36
1940	7,35
1945	3,49
1962	10,18
1965	10,87
1970	11,41

Fuente: adaptado de *Population of Tokyo - Tokyo Metropolitan Government* (<http://www.metro.tokyo.jp/ENGLISH/PROFILE/overview03.htm>). Consultado el 5-7-2009).

La ciudad ofrecía innumerables atractivos para el ocio y el consumo pero pronto se convirtió en el foco de nuevos problemas: contaminación, falta de equipamientos públicos –plazas, parques, jardines...– y, sobre todo, de viviendas adecuadas. Surgieron también conflictos de identidad –el impacto de la cultura estadounidense se hizo palpable y creciente y generó frecuentes choques generacionales–, de género –fue el escenario de los limitados avances en la equiparación de sexos– y evidenció la discriminación a la que estaban sometidos todavía grupos minoritarios como los coreanos o los burakumin, descendientes de los antiguos descartados de la era shogunal.

Pese a todo se considera que el tránsito de la vida rural a la urbana fue menos traumático que en Europa o Estados Unidos. Al perder población, el campo se mecanizó y aumentó su productividad. En 1973 los niveles de renta de las familias rurales superaban en un 7% a sus equivalentes urbanos.

"Las familias granjeras, recién llegadas a la prosperidad, participaron con pleno entusiasmo de la vibrante sociedad de consumo japonesa. Conducían los mismo Toyotas, preferían los mismos tejanos, construían sus hogares a la moda y almacenaban la misma variedad de accesorios eléctricos que sus primos de clase media de la ciudad.[...] Las estadísticas de educación indicaban que un número creciente de hijas y de segundos y terceros hijos buscaban su futuro en la universidad y en el confort de los trabajos urbanos. En apariencia muchas de las familias del campo aprobaron este cambio de vida, incluso sabiendo que acceder a estudios superiores implicaba que sus hijos encontrarían trabajo y matrimonio lejos de su hogar."

J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 590-1). Nueva York: Norton.

5. Estancamiento y redefinición en Japón, 1973-2000

Desde 1973 Japón tuvo que afrontar el reto de redefinirse. El fin de la energía barata provocado por la crisis del petróleo terminó de golpe con la era de crecimiento rápido, pero el país no sólo supo superarlo, potenciando la apuesta por la exportación de bienes de alto valor añadido, sino que se convirtió en la superpotencia económica por excelencia durante los años ochenta gracias a su eficiencia industrial, a su capacidad de ahorro y a la fortaleza del yen. Sin embargo, la muerte del emperador Showa en 1989, al tiempo que terminaba la guerra fría, abrió un periodo que indujo una necesidad más perentoria de repensar el papel a ocupar en la escena internacional. Occidente ya había sido alcanzado e incluso superado y el entorno geopolítico se estaba transformando, del mismo modo que lo hacía una sociedad cada vez más conectada a los ritmos globales. El reino Heisei ("conseguir la paz en todas partes") se inició con una década perdida de crisis política y económica y parece marcar un nuevo punto de inflexión en la trayectoria de las islas.

5.1. De la crisis del petróleo a la recesión de los noventa

Al inicio de los años setenta la economía japonesa se encontraba ya entre las más importantes del mundo. Durante las tres décadas siguientes sufrió varios vaivenes sin que ello menguase su peso en el escenario global: como el resto de potencias tuvo que adaptarse a las dinámicas cambiantes de los flujos internacionales. Podemos distinguir tres etapas bien diferenciadas: a) la crisis de los setenta b) la consolidación como superpotencia económica en los ochenta y c) el estancamiento de los años noventa.

a) La crisis de los setenta

En 1973 la economía japonesa se detuvo en seco: con una dependencia energética absoluta del petróleo del Próximo Oriente, el embargo, primero, y la cuadruplicación de los precios, después, terminaron con dos décadas de crecimiento espectacular. Junto con el agotamiento de la reserva de mano de obra rural, la revalorización del yen respecto al dólar de 1971 y los avances tecnológicos, la crisis de petróleo provocó que la competitividad de su industria pesada –construcción naval, producción de aluminio, fertilizantes...– declinase. La inflación se disparó y aumentaron las tensiones sociales. Ante esta constatación de fragilidad, Japón trató de integrarse de un modo más eficiente en las redes de intercambio globales, diversificando sus mercados y sus proveedores de materias primas, y apostando por el desarrollo de fuentes energéticas alternativas al crudo –nuclear, hidroeléctrica, eólica, mareomotriz, geotérmica...– para atenuar su dependencia. Potenciar los bienes de alto valor añadido destinados a la exportación fue su apuesta principal de modo que se desarrollaron esfuerzos importantes en los campos de la robótica, la maquinaria de preci-

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

H. Patrick; H. Rosovsky (eds.) (1976). *Asia's New Giant*. Washington D. C.: Brookings Institute.

E. J. Lincoln (1993). *Japan's New Global Role*. Washington D. C.: Brookings Institution.

D. Smith (1995). *Japan since 1945: The Rise of an Economic Superpower*. Nueva York: St. Martin Press.

I. Insker (2001). *Japanese Industrialization: Historical and Cultural Perspectives*. Londres: Routledge.

M. Blomström (2001). *Japan's New Economy, Continuity and Change in the Twenty-first Century*. Oxford: Oxford University Press.

W. W. Grimes (2001). *Unmaking the Japanese Miracle: Macroeconomic Policies*. Ithaca: Cornell University Press.

OCDE (2008). *Economic survey of Japan 2008*. París: OCDE.

sión, la biotecnología... Además, el prohibitivo precio de la gasolina les abrió las puertas del mercado automovilístico estadounidense gracias a su dominio en la fabricación de coches pequeños y de bajo consumo. Toyota y Nissan se situaron entre las principales marcas del mundo (tabla 19).

Tabla 19. Producción de automóviles, 1960-1983

Año	Producción	% Exportado
1960	481.551	8,1
1965	1.875.614	10,4
1970	5.289.157	20,5
1973	7.082.757	29,2
1980	11.042.884	54
1983	11.111.659	51

Fuente: adaptado de J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 577). Nueva York: Norton.

El modelo Toyota se acostumbra a comparar con el modelo Ford, que dominó la industria automovilística desde principios del siglo XX. Toyota cambió radicalmente la mecánica de la fábrica, creando equipos coordinados (y no individuos que simplemente trabajaban en la cadena de montaje), que respondían inmediatamente a la demanda, de forma que fabricaban la cantidad de coches que el mercado pedía en un momento dado. Este espíritu corporativo, con pocas diferencias salariales dentro de la fábrica, compitió con éxito contra la industria norteamericana, mucho más individualista y jerarquizada.

b) La consolidación como superpotencia económica en los ochenta

Los agitados años setenta, pues, resultaron positivos para el tejido productivo nipón: durante los años ochenta el país se convirtió en el ejemplo a seguir de la economía mundial. Sus exportaciones de coches, acero de calidad, óptica de precisión, productos electrónicos... daban a las islas una balanza de intercambios favorable respecto a Europa occidental y Estados Unidos. Esta situación dio lugar a un aumento de las denuncias sobre las prácticas comerciales japonesas, más proteccionistas que las de sus competidores, de modo que el gobierno inició una progresiva liberalización de sus mercados. Tras los Acuerdos del Plaza (Nueva York) de 1985 el yen se apreció respecto al dólar y se estimuló el consumo interno mediante la disminución de los impuestos, la reducción de los tipos de interés y las facilidades de acceso al crédito. Pero estas medidas no hicieron más que incrementar la potencia de la economía de las islas. La robustez del yen le permitió acceder a mejor precio a las materias primas y potenció aún más las exportaciones (tablas 20 y 21).

Tabla 20. Crecimiento comparado del PNB en Japón, Estados Unidos y RFA, 1980-1989 (en tasas de incremento anual)

Año	Japón	Estados Unidos	RFA
1980	4,3	0,2	1,5
1981	3,7	1,9	0,0
1982	3,1	2,5	-1
1983	3,2	3,6	1,9
1984	5,1	6,8	3,3
1985	4,9	3,4	1,9
1986	2,5	2,7	2,3
1987	4,6	3,7	1,7
1988	5,7	4,4	3,6
1989	4,9	3	4

Fuente: adaptado de A. Gordon (2003). *A Modern History of Japan* (pág. 299). Oxford: Oxford University Press.

Tabla 21. Balanza comercial de Japón con Estados Unidos y RFA, 1970-1990 (saldo comercial en millones de dólares)

Año	Japón/Estados Unidos	Japón/RFA
1970	+ 380	-67
1980	+ 6959	+ 3255
1990	+39953	+ 6295

Fuente: adaptado de J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 610). Nueva York: Norton.

Estas circunstancias, unidas a la gran capacidad de ahorro de las familias, convirtieron al país en un exportador de capitales: la inversión directa y los préstamos al exterior se multiplicaron.

"De 1986 a 1991 las inversiones japonesas en el exterior sumaron más de 200.000 millones de dólares. Sony Corporation pagó una suma fabulosa para adquirir Columbia Pictures, y Matsushita compró MCA, convirtiendo estas dos compañías en orgullosas competidoras en el mercado del entretenimiento global. Al mismo tiempo Honda y otros fabricantes de automóviles abrieron plantas de producción en los EUA y las firmas inmobiliarias niponas levantaron campos de golf y hoteles de lujo en Hawaii y California."

J. L. McClain (2002). *Japan: A Modern History* (pág. 601). Nueva York: Norton.

Japón se convirtió en el principal acreedor del mundo, con un interés especial en reforzar sus lazos con los nuevos países industrializados (NPI) –Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong–. En el interior, con una situación de pleno empleo, altos salarios e inflación controlada, se desató un clima de euforia que multiplicó por tres el índice Nikkei entre 1986 y 1989 y disparó el precio de la vivienda.

c) El estancamiento de los años noventa

A la entrada de los noventa la burbuja especulativa explotó: al conocerse que la combinación de las dificultades de los países desarrollados de Occidente y la competitividad de los productos de los nuevos países industrializados habían provocado una disminución de los beneficios de las principales corporaciones, se desató el pánico. La banca tuvo que restringir el crédito y se encontró con una contabilidad que escondía grandes pérdidas en el sector inmobiliario, hecho que motivó la inyección de dinero público para evitar la quiebra de los bancos. El precio del suelo urbano cayó hasta un 70% y la economía entró en un proceso de deflación y de aumento de la deuda pública.

Entre diciembre de 1989 y agosto de 1992 el referente bursátil nipón perdió el 65% de su valor, el mercado inmobiliario se colapsó y las grandes compañías pospusieron sus planes de expansión. Se inició un periodo de estancamiento: disminuyó el consumo, se ralentizaron las reformas económicas y volvieron a exacerbarse las tensiones comerciales a nivel internacional (tabla 22).

Tabla 22. Tasa de variación del Nikkei 225 y del índice del precio del suelo edificable urbano, 1980-1994 (valor 0 = 1982)

Año	Nikkei 225	Precio suelo edificable urbano
1985	31	7
1988	61	47
1991	-40	7
1994	31	-27

Fuente: Estimaciones a partir de S. Shigenori "Asset Price Bubble in Japan in the 1980s: Lessons for Financial and Macroeconomic Stability" IMES DISCUSSION PAPER SERIES, Discussion Paper No. 2003-E-15, p. 19. (<http://www.imes.boj.or.jp>. Consultado el 5-7-2009).

Sin embargo, se mantuvo el excedente comercial y una nueva revalorización del yen aumentó las inversiones en el exterior pese a que durante toda la década el crecimiento fue anémico y la crisis del bath en 1997 acabó de empeorar la situación. En 1998 se produjo un descenso del 2% del PIB y la tasa de desempleo superó la barrera del 5% en el año 2000, algo inaudito tras varias décadas de pleno empleo (tablas 23 y 24).

Tabla 23. Evolución de la tasa de variación interanual del PIB, 1989-2007

Año	Tasa	Año	Tasa
1989	5,3	1999	-0,1
1990	5,2	2000	2,9
1991	3,4	2001	0,2
1992	1,0	2002	0,3

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Año	Tasa	Año	Tasa
1993	0,2	2003	1,4
1994	1,1	2004	2,7
1995	2,0	2005	1,9
1996	2,7	2006	2,4
1997	1,6	2007	2,1
1998	-2,0		

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Tabla 24. Evolución de la tasa de paro (% de la población activa)

Año	%
1950	1,2
1960	1,1
1970	1,2
1980	2,0
1990	2,1
2000	4,7
2007	3,9

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Durante los primeros años del siglo XXI la economía japonesa se recuperó parcialmente, al menos desde el punto de vista macroeconómico. Sus índices tornaron a ser positivos aunque avanzaron de un modo renqueante, al igual que el descenso del paro. Los analistas occidentales siguen demandando una mayor obertura de los mercados, reformas fiscales y del mercado de trabajo pero los avances en este sentido son lentos dadas las grandes resistencias a modificar el modelo productivo. Pese a que la crisis de los noventa no afectó demasiado los niveles de bienestar de la mayoría de la población, en los últimos años ha aumentado la precariedad laboral y se han agudizado las desigualdades de renta. Este hecho, unido a las repercusiones del envejecimiento de la población en la fuerza de trabajo disponible, supone uno de los problemas a resolver de cara al futuro (tabla 25).

Tabla 25. Evolución de ingresos y gastos de una familia de trabajadores, 1990-2007 (en miles de yens)

Año	Ingresos	Gastos
1990	521,7	331,5
1995	570,8	349,6

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Año	Ingresos	Gastos
2000	562,7	341,8
2005	524,5	329,4
2007	527,7	323,4

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

5.2. La fortaleza del PLD

Los costes de la era de crecimiento rápido amenazaron con pasar factura al PDL a principios de los años setenta, pero su capacidad para asimilar las dimensiones internas y del conjunto del cuerpo social le permitieron superarlas sin dificultad. Tras sortear la crisis del petróleo y situar al país a la cabeza de la economía mundial, su posición volvió a ser cómoda y no fue hasta el estallido de la burbuja especulativa a principios de los noventa cuando empezó a sufrir los reveses acontecidos a finales del verano de 2009.

En 1993 perdió por primera vez el gobierno aunque su capacidad de recuperación y la escasa credibilidad de sus oponentes en el frente político le permitieron regresar al poder en una sonada coalición con el PSJ en 1994 y a encabezar el ejecutivo de nuevo en 1996. Desde entonces no lo ha abandonado hasta septiembre del año 2009. A lo largo de estas tres décadas predominaron los gobiernos cortos e inestables, con un número creciente de denuncias por corrupción y una espiral de escándalos que parece no tener fin. Sin embargo merece la pena destacar a algunas de las figuras que, por su fuerte personalidad, dejaron una impronta importante en la escena pública.

El primero de ellos fue el denostado Tanaka Kakuei, primer ministro entre 1972 y 1974 y condenado por soborno en 1983. En palabras del escritor Ishihara Shintarô,

"Tanaka Kakuei es, para mí, el símbolo de la confusión y la ruina de los asuntos en Japón. No conozco otro ejemplo de un político cuyo carácter epitomice tanto a una sociedad [...] El éxito económico e industrial después de la guerra se produjo como resultado de la racionalidad y la suerte, combinadas con la especulación afortunada. El genio de Tanaka habría sido espectacular en esas circunstancias, precisamente debido a su habilidad para hacer elecciones certeras. Pero aquel tiempo ha pasado y su genio ya no puede ofrecer un fundamento para los principios morales necesarios hoy en día."

Citado por: J. L. Huffman (2004). *Modern Japan. A history in documents* (pág. 192). Nueva York: Oxford University Press.

Hombre hecho a sí mismo, su capacidad para manipular los movimientos críticos de finales de los sesenta –anticontaminación, prorreforma urbana– le permitieron alterar los equilibrios de la Tríada y otorgar una mayor capacidad de maniobra a los políticos en detrimento de la burocracia. Esta circunstancia aumentó la lucha de facciones en el interior del partido y lo hizo más suscep-

Bibliografía

Para profundizar en los temas tratados en este subapartado, ved:

G. D. Allinson (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.

P. Bayley (1996). *Postwar Japan, 1945 to present*. Oxford: Blackwell.

R. Sims (2001). *Japanese Political History since the Meiji Renovation, 1868-2000*. Nueva York: Palgrave.

"Le Japon". *Questions internationales* (núm. 30, 2008). París: La Documentation Française.

L'État du Monde (vol. 2000-2009). París: La Découverte.

tible a las presiones del mundo de los negocios para financiar las campañas y asegurar la correspondiente red clientelar. Desde ese momento la formación se hizo aun más difícil de controlar.

Quizá el más notable de los gobernantes japoneses de este periodo fue Nakasone Yasuhiro, que se mantuvo al frente del país entre 1982 y 1987. Su relevancia no radica tanto en sus logros políticos efectivos como en el hecho de apreciar los cambios que se estaban produciendo en el escenario internacional a principios de los ochenta. Desde entonces el debate sobre la necesidad de reformar las estructuras del país ha sido una constante, aunque los pasos en esta dirección no han avanzado en exceso. También destacó en este sentido, ya entrado el siglo XXI, Koizumi Junichiro, primer ministro entre 2001 y 2006, que alcanzó el poder tras una tremenda crisis interna del PLD. Ambos compartieron vocación liberalizadora y reformista, aunque ello no debe engañar sobre el nacionalismo que guió sus decisiones: Nakasone escandalizó a los gobiernos de Asia oriental al visitar el templo de Yasukuni en 1985 y Koizumi hizo lo propio con sus sucesivas visitas a este simbólico espacio destinado a honrar a los caídos en la guerra. Una de sus decisiones más polémicas fue el envío de tropas de apoyo al conflicto iraquí entre 2003 y 2006. Desde 1992 las tropas japonesas se desplegaban en misiones de ayuda humanitaria, pero nunca en una conflagración, de modo que esta operación puede ser el preludeo a una reforma en profundidad del artículo 9 de la Constitución.

No parece arriesgado apuntar, entonces, que desde 1955 el PLD ha actuado de pivote central en la vida política nipona pese a los últimos reveses padecidos a finales del verano de 2009 y hasta diciembre de 2012.

"[...] aunque los ideólogos del crecimiento económico indefinido se retuercen las manos ante la evidencia del 'fracaso' de Japón – y pese a que algunos de los segmentos menos afortunados de la sociedad realmente lo están pasando mal – para la mayoría de los japoneses las cosas siguen donde estaban antes de la inflexión Heisei. Las disparidades de riqueza sin precedentes que caracterizan la sociedad estadounidense y que provocan considerables niveles de amargura y alienación, no afectan a Japón."

C. Totman (2005). *A History of Japan* (pág. 549). Oxford: Blackwell.

Vale la pena destacar, por su importancia simbólica, que en la agitada coyuntura de 1993-1996 llegó por primera vez a la presidencia de gobierno una mujer, la socialista Murayama Tomiichi. Entre junio de 1994 y enero de 1996 encabezó el ejecutivo tras una inesperada coalición entre PSJ y PLD. Hubo de afrontar momentos de gran tensión como el terremoto de Kobe y el ataque terrorista con gas sarín en el metro de Tokio por miembros de la secta AUM Shinrikyo. Pero destacó también por explicitar ante la Cámara de Representantes su remordimiento sincero por el comportamiento nipón durante su etapa imperialista:

"Los miembros de esta cámara quieren expresar su más profundo remordimiento tras reflexionar solemnemente sobre las distintas instancias del gobierno colonial y los actos agresivos en la moderna historia del mundo y reconocer que Japón ha cometido estas acciones en el pasado infringiendo dolor y sufrimiento a los ciudadanos de otros países, especialmente en Asia."

Citada por: J. L. Huffman (2004). *Modern Japan. A history in documents* (pág. 203-4). Nueva York: Oxford University Press.

Ningún primer ministro se había expresado hasta ese momento con tal grado de rotundidad.

5.3. Tendencias de una sociedad opulenta

Durante las últimas décadas la sociedad japonesa siguió con las tendencias iniciadas en el periodo anterior y avanzó hacia mayores niveles de urbanización y terciarización. En el año 2000 sólo el 1,7% de la población vivía en localidades con menos de 5.000 habitantes mientras el 60,7% lo hacía en municipios con más de 100.000 habitantes (*Japan Statistical Yearbook* 2003: 36). A su vez, el sector primario, que a principios de los años ochenta aún ocupaba al 10% de la población activa, ha visto reducido su porcentaje a menos del 4,5% en el año 2007. Estas circunstancias han acentuado la caída de la natalidad de modo que, desde hace veinte años, la población está prácticamente estancada, con crecimientos anuales menores del 0,5% y unos índices de fecundidad cada vez más próximos a 1 (hijos por mujer en edad fértil) (tablas 26 y 27).

Tabla 26. Evolución de la población activa, 1970-2007 * (en %)

Año	Sector primario	Sector secundario	Sector terciario
1970	17,4	35,2	47,3
1975	12,7	35,2	51,9
1980	10,4	34,8	54,6
1985	8,8	34,3	56,5
1990	7,2	33,6	58,7
1995	5,7	32,9	61,0
2000	5,1	30,7	63,7
2005	4,4	27,0	67,4
2007	4,2	26,8	67,7

* Excluye las actividades consideradas inclasificables
Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009

Tabla 27. Evolución de la tasa de fecundidad, 1970-2007

Año	Hijos por mujer
1970	2,13

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved:

G. D. Allinson (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.

A. Waswo (1996). *Modern Japanese Society 1868-1994*. Oxford: Oxford Paperbacks.

M. I. White (2002). *Perfectly Japanese: Making Families in an Era of Upheaval*. Berkeley: University of California Press.

R. Goodman y otros (eds.) (2003). *Global Japan*. Londres: Routledge.

L'État du Monde (vol. 2000-2009). París: La Découverte.

Año	Hijos por mujer
1980	1,75
1990	1,54
2000	1,36
2007	1,27

Fuente: Japan Statistical Yearbook, 2009.

Congestión urbana, costes de la educación y la vivienda, disminución del número de matrimonios y aumento de la edad de llegada al mismo, mejora de las medidas contraceptivas son algunos de los factores que ayudan a explicar este fenómeno que ha provocado un envejecimiento neto de la población, que, además, es la que cuenta con una esperanza de vida más alta del planeta. El reto demográfico, tanto por lo que respecta a la distribución como a la reproducción, es uno de los temas candentes del Japón actual.

Como también lo es el acceso al bienestar: pese a contar con una de las rentas per cápita más altas y bien redistribuidas a nivel mundial, en los últimos años se ha apreciado un aumento en las desigualdades, sobre todo tras la crisis de los años noventa, momento en el que empezó a crecer el número de 'freeters' –aquellos que encadenan pequeños trabajos precarios– y los 'neets' –Not in Education, Employment or Training–. Sin embargo, los altos niveles de consumo se han mantenido relativamente estables:

"Además los niveles de ingresos familiares han declinado solo modestamente desde que la recesión empezó y la tendencia se expresa principalmente en menores tasas de ahorro y una reducción de los gastos en comida muebles o ropa. Pero tanto el comercio interior como el internacional han aumentado. Las ventas al menor continúan creciendo lo mismo que los empleados en este sector. Las ventas de libros y las suscripciones a revistas o la televisión mantienen su expansión. El número de propietarios y el uso de automóviles no se detiene, lo mismo que sucede con los hogares y su tamaño. Es chocante la expansión de los teléfonos móviles, que vuelan de los estantes: 62.103 líneas en 1985; 868.078 en 1990; 60.940.000 en el año 2000. Otros adminículos electrónicos se siguen vendiendo como rosquillas y el consumo de electricidad evoluciona acorde a esta disposición: 578.000 millones de kwh generados en 1980; 857.000 millones en 1990; 1,091 billones en 2000."

C. Totman (2005). *A History of Japan* (pág. 548-9). Oxford: Blackwell.

Asimismo, han proseguido los modestos avances por lo que respecta a la equiparación de sexos y el trato dado a las minorías. Que se han hecho más diversas ya que, al igual que en el resto de los países avanzados, durante los últimos años se ha producido la llegada de inmigrantes destinados a cubrir las ocupaciones despreciadas por la población autóctona (tablas 28 y 29).

Tabla 28. Evolución del número de residentes extranjeros, 1982-2006 (en miles)

Año	Inmigrantes	% Población
1982	802,4	0,68

Fuente: Ministerio de Justicia de Japón (<http://www.moj.go.jp/ENGLISH/IB/ib-01.html>). Consultado el 5-7-2009)

Año	Inmigrantes	% Población
1987	884,02	0,72
1992	1281,6	1,03
1997	1482,7	1,18
2002	1851,7	1,45
2006	2084,9	1,63

Fuente: Ministerio de Justicia de Japón (<http://www.moj.go.jp/ENGLISH/IB/ib-01.html>. Consultado el 5-7-2009)

Tabla 29. Residentes extranjeros por origen, 2006 (en %)

País	%
Corea	28,7
China	26,9
Brasil	15
Filipinas	9,3
Perú	2,8
Estados Unidos	2,5
Otros	14,8

Fuente: Ministerio de Justicia de Japón (<http://www.moj.go.jp/ENGLISH/IB/ib-01.html>. Consultado el 5-7-2009)

Cómo responderá una sociedad étnicamente muy homogénea a este hecho es otro de los interrogantes para las décadas a venir. Y más en un marco en el que alguno de los valores centrales de la vida social, como la jerarquización por nivel de educación y orígenes familiares, empieza ser cuestionado por parte de la juventud urbana mediante mecanismos como la indisciplina escolar, la personalización del consumo o el auge de modas extravagantes que, pese a su carácter anecdótico, son suficientes para que los más apegados a la tradición se sientan amenazados. En un planeta de intercambios globales sienten que la esencia de la identidad japonesa está aún más en peligro tras cincuenta años de masiva influencia de la cultura estadounidense.

5.4. ¿De la doctrina Yoshida al internacionalismo?

En los años ochenta Japón tomó conciencia de su nuevo papel como superpotencia económica. Se inició entonces un debate entre la elite nipona que aún no se ha dilucidado: una vez alcanzado y superado el nivel de desarrollo de los países occidentales, ¿tenían que seguir con las prudentes premisas que había establecido Yoshida en los años cincuenta o había llegado el momento de cambiar, de asumir nuevas responsabilidades para poder mantener el estatus conseguido?

Entre los primeros que apostaron por el internacionalismo hay que destacar al equipo encabezado por Nakasone entre 1982 y 1987. Sus analistas consideraban que había que definir los intereses nacionales de un modo más amplio debido a los cambios que apreciaban en el contexto internacional y al meteórico ascenso del país en el mismo. Esbozaron un programa de reformas –Constitución, enseñanza, instituciones económicas...– que no pudo llevarse a cabo más que muy parcialmente. Desde entonces los acontecimientos han avanzado con gran rapidez. ¿Cuáles son los argumentos que esgrimen los partidarios de las reformas? Básicamente tres:

1) La crisis del capitalismo japonés tras el colapso de la burbuja económica a principios de los noventa señaló el fin del modelo de desarrollo nipón concebido en la posguerra. Por ello habría que optimizar las estructuras del país para mantener una posición preeminente en la era de la globalización.

2) El cambio en el orden internacional una vez terminada la guerra fría implicó un aumento de las presiones de Estados Unidos para que el país asumiera mayores compromisos en la seguridad internacional y no se limitara a participar activamente en los foros económicos –FMI, Banco Mundial u OMC– y a cubrir sus indecisiones mediante la diplomacia del cheque –como en la primera guerra del Golfo o mediante el despliegue de apoyo logístico y humanitario en misiones de paz de la ONU en zonas no bélicas–. El Acuerdo de Seguridad mantiene a las islas bajo el paraguas nuclear y miles de soldados estadounidenses continúan acantonados en Okinawa, pero cada vez parece más perentorio proceder a una redefinición de las relaciones entre ambos países y una mayor autonomía exterior de Japón. Un simbólico avance en ese sentido fue el envío de tropas al escenario iraquí entre 2003-2006, causa de importantes debates.

3) La rápida modificación del contexto regional, en el que han hecho su aparición dos grandes actores con aspiraciones globales, China e India, y Corea del Norte amenaza recurrentemente con convertirse en una potencia nuclear agresiva. Pese a que se han restablecido y mejorado las relaciones con la mayoría de países vecinos, las actuaciones japonesas durante el periodo imperialista despiertan aún variados recelos. Ello obliga a Tokio a volver a calcular su estrategia a largo plazo y recalibrar sus instituciones.

Bibliografía

Para ampliar la información sobre este subapartado, ved:

K. B. Pyle (2007). *Japan Rising: The Resurgence of Japanese Power and Purpose*. Nueva York: Public Affairs.

M. Green (2001). *Japan's Reluctant Realism: Foreign Policy Changes in a Era of Uncertain Power*. Nueva York: St. Martin's Press.

E. J. Lincoln (1993). *Japan's New Global Role*. Washington D. C.: Brookings Institution.

Los cambios que se plantean son, pues, profundos y por ello han generado amplias resistencias. Durante estas tres décadas los partidarios de no modificar el statu quo han conseguido ralentizar los proyectos de los internacionalistas. Burócratas reacios a ceder sus prerrogativas en la regulación, empresarios poco partidarios de variar sus modelos de gestión o de producción y nacionalistas culturales que sienten como una agresión la incorporación de patrones de conducta occidentales, se mantienen a una gran distancia respecto a los internacionalistas. Consideran que la crisis de los noventa responde a una mala gestión macroeconómica y no a factores estructurales, que es necesario mantener la prudencia en política exterior y que los modelos japoneses habrían de ser exportados y no modificados. Ante una situación tan controvertida y a falta de liderazgos fuertes el país parece encontrarse en una situación de impasse: como opinaba un académico nipón hace más de treinta años,

"El consenso no es difícil de conseguir cuando la naturaleza de los problemas es simple. A menudo, por ejemplo, los japoneses se han adaptado a fuertes y decisivas presiones del exterior. Pero cuando la situación es confusa se encuentran con problemas."

Citado por: K. B. Pyle (2006). "Profound Forces in the Making of Modern Japan". A: *The Journal of Japanese Studies* (32.2: 415).

A principios del siglo XXI la sociedad japonesa debe valorar, al menos, tres grandes desafíos particulares: la medida en que quiere participar en la escena mundial, si sigue conformándose con representar el rol de gigante económico pero enano político o va a tratar de equilibrar su potencial; el modo de integrarse más efectivamente en la economía globalizada; y el grado de dilución cultural que está dispuesta a aceptar. Ante la incertidumbre, nos parece apropiado terminar este recorrido con las palabras de uno de los analistas más profundos del mundo nipón contemporáneo, el profesor Kenneth B. Pyle:

"Nadie puede estar seguro de como estos cambios evolucionarán [...] lo que parece claro es que después de más de medio siglo de retirada de la política internacional, Japón está [...] preparándose para regresar como un actor principal en las confrontaciones estratégicas del siglo XXI."

K. B. Pyle (2007). *Japan Rising: The Resurgence of Japanese Power and Purpose* (pág. 17). Nueva York: Public Affairs.

Bibliografía

a) Obras generales

- Bailey, Paul** (2002). *China en el siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Cartier-Bresson, H.** (1964), *China as photographed by Henri Cartier-Bresson*. Nueva York: Bantam.
- Gordon, A.** (2003). *A Modern History of Japan*. Oxford: Oxford University Press.
- Hane, M.; Perez, L.** (2009). *Modern Japan. A historical Survey*. Boulder, Col.; Westview Press.
- Hsu, Emmanuel** (2000). *The Rise of Modern China*. Oxford: Oxford University Press.
- Jansen, M.** (2000). *The Making of Modern Japan*. Harvard: Harvard University Press, 2000.
- McClain, J. L.** (2002). *Japan: A Modern History*. Nueva York: Norton.
- Pyle, K.** (1996). *The Making of Modern Japan*. Lexington, Mass.: Heath.
- Roberts, J. A. G.** (1998). *Modern China: An Illustrated History*. Phoenix Mill: Sutton.
- Spence, Jonathan** (1991). *The Search For Modern China*. Nueva York: Norton.
- Totman, C.** (2005). *A History of Japan*. Oxford: Blackwell.

b) Bibliografía específica

- Allinson, G. D.** (1997). *Japan Postwar History*. Ithaca: Cornell University Press.
- Bachman, D.** (1991). *Bureaucracy, Economy and Leadership in China: The Institutional Origins of the Great Leap Forward*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Baum, R.** (1994). *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*. Princeton: Princeton University Press.
- Bayley, P.** (1996). *Postwar Japan, 1945 to present*. Oxford: Blackwell.
- Bix, H. B.** (2001). *Hirohito and the Making of Modern Japan*. Nueva York: Harper Collins.
- Blomström, M.** (2001). *Japan's New Economy, Continuity and Change in the Twenty-first Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Brugger, Bill** (1981). *China: Liberation and Transformation, 1942-1962*. Londres: Croom Helm.
- Cohen, Th.** (1987). *Remaking Japan: The American occupation as New Deal*. Nueva York: The Free Press.
- Domenach, J. L.** (1995). *The Origins of the Great Leap Forward: The Case of One Chinese Province*. Boulder: Westview Press.
- Dower, J. W.** (1999). *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*. Nueva York: W.W. Norton.
- Eastman, Lloyd E.** (1984). *Seeds of Destruction: Nationalist China in War and Revolution, 1937-1949*. Stanford: Stanford University Press.
- Esherick, Joseph W.; Pickowicz, Paul G.; Walder, Andrew G.** (eds.) (2006). *The Chinese Cultural Revolution as History*. Stanford: Stanford University Press.
- Finn, R.** (1992). *Winners in Peace: MacArthur, Yoshida, and Postwar Japan*. Berkeley: University of California Press.
- Fukui, H.** (1988). " Postwar politics, 1945-1973 ". En: Duus P., ed., *The Twentieth Century*, págs. 154-216, vol. 6 of *The Cambridge History of Japan*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gardner, J.** (1982). *Chinese Politics and the Succession to Mao*. Londres: Macmillan.

Gilley, B. (1998). *Tiger on the Brink: Jiang Zemin and China's New Elite*. Berkeley: University of California Press, 1998.

Goodman, R. y otros (eds.) (2003). *Global Japan*. Londres: Routledge.

Gordon, A. (ed.) (1993). *Postwar Japan as History*. Berkeley: University of California Press.

Gravereau, J. (1993). *Le Japon au ème siècle*. París: Éditions du Seuil.

Green, M. (2001). *Japan's Reluctant Realism: Foreign Policy Changes in a Era of Uncertain Power*. Nueva York: St. Martin's Press.

Grimes, W.W. (2001). *Unmaking the Japanese Miracle: Macroeconomic Policies*. Ithaca: Cornell University Press.

Harding, H. (1981). *China's Second Revolution: Reform After Mao*. Washington: Brookings Institution.

Huffman, J.L. (2004). *Modern Japan. A history in documents*. Nueva York: Oxford University Press.

Insker, I. (2001). *Japanese Industrialization: Historical and Cultural Perspectives*. Londres: Routledge.

Japan Statistical Yearbook (2009). Tokyo: Nihon Tokei Kyokai, Mainichi Shinbunsha.

Johnson, Ch. (1982). *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*. Stanford: Stanford University Press.

Joffe, Ellis (1987). *The Chinese Army After Mao*. Harvard: Harvard University Press.

Kosai, Y. (1988). "The Postwar Japanese Economy, 1945-1973". En: Duus P., ed., *The Twentieth Century, vol. 6 of The Cambridge History of Japan*. Cambridge: Cambridge University Press.

L'État du Monde, vols. 2000-2009, París: La Découverte.

"Le Japon", en *Questions internationales*, núm. 30, 2008. Paris: La Documentation Française.

Lincoln, E. J. (1993). *Japan's New Global Role*. Washington D.C.: Brookings Institution.

MacFarquhar, R. (1991). "The Succession of Mao and the End of Maoism", en MacFarquhar y Fairbank (eds.), *Cambridge History of China*, vol. 15, *the People's Republic*, págs. 305-341. Cambridge: Cambridge University Press.

Macfarquhar, Roderik; Schoenhals, Michael (2009). *La revolución cultural china*. Barcelona: Crítica.

Mao Zedong (1966). *Quotations from Chairman Mao Tse-tung*. Beijing: Foreign Languages Press.

Mao Zedong [Mao Tse-tung] (1974). *Escritos sociológicos y culturales*. Barcelona: Laia.

Meisner, Maurice (1999). *Mao's China and After: A History of the People's Republic*. Nueva York: Free Press.

Nakamura, T. (1981). *The Postwar Japanese Economy: Its Development and Structure*. Tokio: University of Tokyo Press.

Nathan, A. J. (1989). *Chinese Democracy*. Berkeley: University of California Press.

Nathan, A. J. (2004). *Los nuevos dirigentes de China*. Barcelona: Ediciones del Bronce.

OCDE (2008), *Economic survey of Japan 2008*. París: OCDE.

Ollé, M. (2007). *Made in China: El despertar social, político y cultural de la China contemporánea*. Barcelona: Destino.

Patrick, H.; Rosovsky, H. (eds.) (1976). *Asia's New Giant*. Washington D.C.: Brookings Institute.

Pyle K. B. (2006). "Profound Forces in the Making of Modern Japan" En: *The Journal of Japanese Studies* 32.2 (2006), págs. 393-418.

Pyle K. B. (2007). *Japan Rising: The Resurgence of Japanese Power and Purpose*. Nueva York: PublicAffairs.

Pyle K. B. (1992). *The Japanese Question: Power and Purpose in a New Era*. Washington D.C.: American Enterprise Institute.

Samuels R. J. (2007). *Securing Japan: Tokyo's Grand Strategy and the Future of East Asia*. Ithaca: Cornell University Press.

Short, Philip (2003). *Mao*. Barcelona: Crítica.

Shue, Vivienne (1980). *Peasant China in Transition: The Dynamics of Development Towards Socialism, 1949-1956*. Berkeley: University of California Press.

Sims, R. (2001). *Japanese Political History since de the Meiji Renovation, 1868-2000*. Nueva York: Palgrave.

Smith, D. (1995). *Japan since 1945: The Rise of an Economic Superpower*. Nueva York: St. Martin Press.

Spence, Jonathan (2001). *Mao*. Barcelona: Mondadori.

Spence, Jonathan; Chin, Annping (1996), *The Chinese Century. A Photographic History*, Londres: Harper & Collins.

Wasserstrom, J.; Liu, Xinyong (1995). "Student Associations and Mass Movements", en Davis, D.; Kraus, R; Naughton, B.; Perry, E. (eds.). *Urban Spaces in Contemporary China*, págs. 363-393. Cambridge: Cambridge University Press.

Waswo, A. (1996). *Modern Japanese Society 1868-1994*. Oxford: Oxford Paperbacks.

White, G. (1993). *Riding the tiger: The Politics of Economic Reform in Post-Mao China*. Basingstoke: Macmillan.

White, M. I. (2002), *Perfectly Japanese: Making Families in an Era of Upheaval*. Berkeley: University of California Press.

White, T. (1994). "The Origins of China's Birth Planning Policy", en Gilmartin, C.; Hershatter, G.; Rofel, L.; White, T. (eds.), *Engendering China: Women, Culture and the State*. Cambridge: Harvard University Press.

Wong, Siu-lun (1984). "Consequences of China's New Population Policy", en *China Quarterly*, núm. 98, págs. 221-240.

Yan, Jiaqi; Gao, Gao (1996). *Turbulent decade: a history of the cultural revolution*. Honolulu: Hawaii University Press.

Yang, Dali (1996). *Calamity and Reform in China: State, Rural Society and Institutional Change Since the Great Famine*. Stanford: Stanford University Press.

